

PR 5306

T2

V. 3

C. 1

010770



1080022142



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



EL

TALISMAN,

ó el rey Ricardo

EN PALESTINA :

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS,

POR SIR WALTER SCOTT.

Traducción del inglés al castellano

POR DON J. DE MORA.

TOMO TERCERO.

PARIS,

LIBRERIA AMERICANA

CALLE DEL TEMPLE, 69.

1837

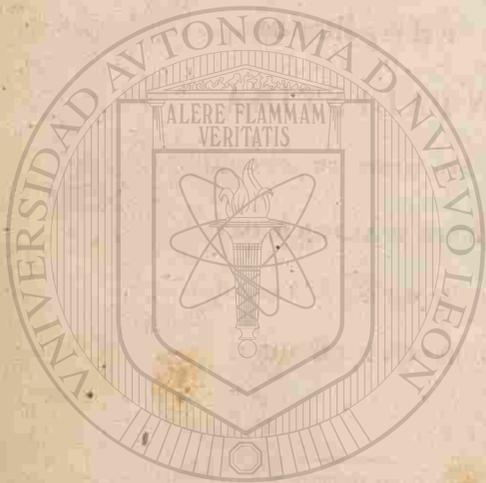
Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

46397

PR 5306

T2

V.3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL TALISMAN.

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

UANL

CAPITULO PRIMERO.

Cuando el rey de Inglaterra se separó del de Francia, después del ruidoso suceso que había turbado su tranquilidad, se encaminó á sus reales, y se entregó al descanso, con aquella seguridad que debían inspirarle su

010770

indómito brio y el triunfo que acababa de conseguir en presencia de toda la hueste cristiana; porque sabia que la humillacion del Austriaco alcanzaba á otros muchos enemigos secretos, y lisonjeaba su orgullo la idea de que con un solo golpe, habia posturado y deshecho una coalision entera de antagonistas.

Despues de un lance tan crítico, y en que tan á cara descubierta se presentaron la malevolencia y la envidia, cualquier otro monarca hubiera doblado sus guardias, y puesto sobre las armas á la mitad de sus tropas. Pero Corazon de Leon despidió á los alabarderos que custodiaban la puerta de su pabellon, y mandó que se diesen á los tercios de Inglaterra algunos cueros de vino, para beber alegremente á la salud de la bandera de san Jorge; y cierto que los cuarteles de los soldados ingleses hubieran presentado aquella noche la imágen del desorden y del descuido, si el baron De Vaux, el conde de Salisbury, y otros caudillos del ejército no hubiesen tomado grandes precau-

ciones para conservar la subordinacion y la disciplina.

El fisico árabe estuvo asistiendo al rey desde que se retiró hasta pasada media noche: dos veces, durante este tiempo, le administró una medicina calmante, de que tanta necesidad tenian su sangre y sus nervios, despues de tanta efervescencia y agitacion, cuidando siempre de observar, antes de dar el remedio, el aspecto de la luna, y el sitio que ocupaba en el firmamento, pues segun los principios científicos que habia aprendido en los libros de los escritores de su nacion, el influjo de aquel astro determinaba el bueno ó mal efecto de sus brebages. Cuando habian pasado tres horas despues de media noche, El Hakim se retiró de la tienda del rey hácia una inmediata que se le habia destinado para su alojamiento, y el de las personas que componian su séquito. Mas antes de recogerse, creyó conveniente pasar al alojamiento de sir Kenneth del Leopardo, para informarse del estado de su primer paciente, el viejo Straucham, fiel escudero del

Escoces. Entró en efecto, y tuvo deseos de ver al mismo sir Kenneth, cuya ausencia extrañó en aquella hora avanzada de la noche. Supo que se le había dado el honroso encargo de guardar la insignia de Inglaterra, y probablemente esta noticia movió su curiosidad, y le indujo á pasar al monte de San Jorge, donde como ya hemos visto en el capítulo precedente, halló al infeliz cruzado en tan lamentable y peligrosa situación.

Empezaban á despuntar los rayos del sol por el horizonte, cuando se oyeron unos pasos lentos que se dirigian hácia la tienda del rey, y el ruido que al mismo tiempo hacia la armadura del que los daba: y antes que De Vaux, que dormia junto á la cama de su amo, y que el rumor de una mosca solia despertar, tuviese tiempo de alzarse y decir — ¿Quién vive? entró en la tienda el caballero del Leopardo, inclinada la cabeza, y abatidas sus miradas, y no ya con el denuedo que ordinariamente se notaba en su porte, y facciones.

— ¿Qué significa esta entrada repentina?

preguntó el baron, con su natural aspereza y prontitud, aunque moderando la voz, á fin de no interrumpir el sueño de Ricardo.

— Ola, De Vaux, no te enfades, dijo el rey que en aquel instante despertaba. Sir Kenneth viene á dar parte de su guardia, y en estos casos mi tienda está siempre abierta á los valientes que me sirven. Sentóse al decir esto en la cama; apoyóse en el codo, y fijando sus expresivas miradas en el Escoces, habla sir Kenneth, le dijo: ¿qué ha ocurrido esta noche? Supongo que has sido centinela fiel y vigilante, y que has desempeñado honsoramente tu encargo. ¿No es así? El ruido que la bandera de Inglaterra hace en los aires bastaba para defenderla de mandrines, aunque no la hubiera guardado un caballero, al que pocos hay que puedan compararse en los tercios de la cruzada.

— No pocos, señor, respondió sir Kenneth; decid mas bien ninguno. Mi guardia no ha sido vigilante, ni honrosa. El estandarte de Inglaterra ha sido arrebatado.

— ¿Y tú vives todavía? dijo Ricardo,

chanceándose como quien está dudando si creerá ó no creerá lo que oye. ¿ Dónde estan las heridas que has recibido? Pero ¿ qué! ¿ no respondes? ¿ Estas mudo? Sábeta que no se debe jugar con los reyes; te perdono sin embargo si has mentido.

— ¡ Mentir, señor! contestó el malaventurado caballero, con enfático orgullo, y una mirada penetrante y expresiva, rápida como la chispa que despide el frio guijarro. No he mentido, señor, y tal es mi situación que aun á este nuevo ultraje debo someterme. La verdad he dicho.

— Por Dios y por san Jorge! exclamó el rey, estallándole ya la cólera, que sin embargo refrenó con extraña prontitud. De Vaux, corre á la plataforma... ese hombre tiene la misma calentura que su escudero... no puede ser lo que dice. Su valor no se ha desmentido jamas... es imposible... sir Thomas, no te detengas, ó envia alguno si no quieres ir.

Sir Enrique Neville entró en aquel momento, y cortó la palabra al rey, diciéndole

que habian robado la bandera, y que el caballero que la guardaba habia cedido á fuerza superior, ó quizas perecido en su defensa, puesto que se veia alguna sangre en el sitio.

— Pero ¿ qué es lo que veo? dijo Neville, percibiendo de pronto al caballero del Leopardo.

El Escoces estaba inmóvil, descolorido, sin morrion ni otra defensa alguna en la cabeza, bajos los ojos, y quizas encomendándose á Dios, en aquel trance que contaba como el último de su vida. Enfrente de él, y á distancia de poderle alcanzar con la maza, Ricardo, medio desnudo, empuñó aquel arma formidable que ya iba á dirigir al cuitado Escoces, cuando la bajó de pronto, diciendo á Neville: ¿ Habia sangre en el sitio? ¿ Qué ha sido esto, Escoces? Valiente eres, como yo mismo lo he visto en mas de una ocasion. Dime que has despachado tres ó cuatro de esos perros que atacaron mi estandarte... uno solo... dime si quiera que has dado un tajo en defensa del

honor de Inglaterra, y te dejo ir con vida, aunque no te pueda lavar de tu infamia.

— Me habeis tratado de embustero, respondió sir Kenneth, y en eso me habeis hecho agravio. Sabed que no ha habido mas sangre vertida en defensa del pendon de Inglaterra, que la de un pobre alano, mas fiel que su dueño, puesto que supo defender el puesto en que habia quedado.

— Por san Jorge, exclamó Ricardo, y alzó el brazo para descargar el golpe de su venganza; pero De Vaux se arrojó entre el rey y el objeto de su enojo, y hablando con la dureza propia de su carácter: — Eso, dijo, no debe hacerse aquí, ni por vuestras manos. Hartas locuras fueron las de ayer tarde, y la mayor de ellas haber confiado á un Escocés la perla de las huestes Inglesas. ¿ No he dicho yo mil veces á vuestra magestad que todos ellos son falsos y desleales ?

— Lo has dicho, de Vaux, respondió el rey; lo has dicho y con razon: lo confieso. La culpa es mia en no haberlos conocido, aun despues que el zorro de Guillermo me

ha jugado tan brava pieza con esta de la cruzada.

— Señor, dijo sir Kenneth, Guillermo de Escocia no sabe engañar, ni jamas engañó á vuestra magestad. Si no ha concurrido con sus tropas á esta empresa, las circunstancias se lo han estorvado.

— Calla, hombre sin vergüenza, dijo el rey, y no profanes el nombre de un soberano, que tus labios no son dignos de pronunciar. De Vaux, este hombre me saca de tino, me vuelve loco. Cobarde es y traidor, pero ¿ no le acabas de ver impávido y sereno, cuando le amenazaba el golpe de mi furia, como si fuera á recibir de mi mano el espaldarazo de la orden de caballería? Si hubiera dado el menor síntoma de miedo; si una sola vez hubiese pestañeado, ó temblado alguno de sus miembros, le habria hecho trozos la cabeza como una copa de cristal. Pero ¿ qué he de hacer con un hombre que ni teme ni resiste ?

A estas palabras del rey, sucedió un profundo silencio.

— Señor.... dijo sir Kenneth.

— ¡ Y qué! exclamó Ricardo; has recobrado el habla? Pide perdon al cielo, mas no me lo pidas á mí, que yo no perdono á quien ha deshonrado á Inglaterra, y si fueras mi propio hermano, tampoco te perdonaria.

— A ningun hombre mortal he pedido yo ni pediré perdon, repuso el Escoces; vuestra magestad me conceda ó me niegue el tiempo necesario para disponerme á morir como cristiano. Si no lo consigo, el rey de los cielos, que es mas poderoso que Ricardo, me dará la absolucion que pido á su santa Iglesia. Pero sea que muera ahora mismo, ó dentro de media hora, lo que os pido encarecidamente es que me concedais un momento de audiencia, para hablaros sobre cosas que atañen á vuestra real persona, y á vuestra fama como rey cristiano.

— Habla, dijo el rey, creyendo que sir Kenneth iba á referir cuanto habia ocurrido aquella noche, ó alguna otra circunstancia relativa á la pérdida de la bandera.

— Lo que yo tengo que decir, continuó sir Kenneth, es cosa que solo concierne á vuestra magestad, y solo debe llegar á sus oidos.

— Retiraos, caballeros, dijo el rey á Neville, y á De Vaux.

Neville obedeció el mandato del rey; pero sir Tomas se mantuvo á su lado.

— Habeis confesado, dijo, que yo tenia razon, y lo que se hace con un hombre que tiene razon, es dejarle hacer lo que quiera. Yo no os dejo á solas con este hombre.

— ¡ Cómo, sir Tomas! exclamó Ricardo, con ademanes de enojo y de impaciencia. ¿ No te atreves á dejarme solo con un traidor?

— No, señor, respondió sir Tomas, y en vano son todos esos ademanes de cólera. Estais enfermo, y él está sano; estais desnudo, y él está armado de punta en blanco.

— No importa, dijo el del Leopardo, ni creais que busco pretextos para ganar tiempo, ó vivir algunos minutos mas. Hablaré en presencia del lord de Gilsland, á

quien conozco por bueno y leal caballero.

— Hace media hora que hubiera yo dicho otro tanto de tí, contestó el baron en tono de pena y como si se avergonzase de verse elogiado por un traidor.

— Rey de Inglaterra, falsías hay en torno de tí continuó sir Kenneth.

— Puede ser cierto lo que dices, respondió Ricardo, y no ha mucho que tú me has dado una prueba positiva de ello con tu ejemplo.

— Traicion, continuó el Escoces, hay en torno de tí, mas injuriosa mil veces á tu honor y á tu corona que la pérdida de cien estandartes. La... la... sir Kenneth tembló al pronunciar estas sílabas; al fin haciendo un esfuerzo, lady Edit dijo...

— ¡Ah! dijo el rey, alzándose de pronto y fijando los ojos en el Escoces con severidad y al mismo tiempo con curiosidad y atencion. ¿Qué dices de lady Edit? ¿qué tiene ella que ver con el ultraje del pendon de Inglaterra?

— Señor, dijo sir Kenneth, en el campa-

mento de los príncipes cristianos se está fraguando á la hora esta un plan que no puede redundar sino en mancilla de vuestro real linage, en desdora de vuestra diadema, y en ofensa de la religion de Cristo. Hay quien trata del enlace de lady Edit con el soldan sarraceno, y de negociar, á costa de vuestra honra, una paz vergonzosa á la cristiandad, por medio de una alianza vergonzosa á Inglaterra.

Las palabras del caballero escoces produjeron un efecto contrario al que él se habia prometido. Ricardo Plantagenet era uno de aquellos hombres francos hasta en la enemistad, que no aceptan de los que aborrecen, ningun servicio, por grande é importante que sea. La impresion que hacian en su alma las noticias y los consejos, no dependia de su verdadero valor, sino del aprecio que hacia del órgano que se los comunicaba. Al oír el nombre de aquella noble doncella, se acordó de las osadas pretensiones de sir Kenneth, y si las habia condenado como audaces y termerarias cuando el caballero no

habia desmerecido su título, en su condicion presente le parecieron afrentosas y criminales. Por lo que el nombre de su parienta en boca de aquel desventurado, despertó en él toda la cólera que en su índole precipitada é irritable cabia.

— Sella el labio, atrevido, le dijo; por la luz que brilla en los cielos, que te haré arrancar la lengua con tenazas de hierro hechas ascua, si otra vez pronuncias el nombre de una dama noble y cristiana. Sábeta, mal nacido traidor, que no se me ocultaba el objeto en que habias osado poner tus miras, y que si sufrí tamaña insolencia, cuando me engañabas con las apariencias del honor y de la sumision, porque eres un compuesto de engaños y falsías, era por no desanimarte en la carrera de la gloria. Mas ahora tus labios han confesado tu vilipendio, y no sabré consentir que manches con ellos á quien tan de cerca me toca. ¿Qué te va á tí en ello? ¿Qué te importa que sea sarraceno ó cristiano el esposo que se le destina? ¿Seria tan extraño que yo buscasse el honor y la lealtad

en la persona de Saladino, cuando estoy rodeado de príncipes cobardes de dia, y ladrones de noche, y cuando veo á un caballero cruzado mas infame y mas cobarde que el mas vil de los Arabes del desierto?

— Nada por cierto me interesan las cosas del mundo, respondió sir Kenneth, puesto que tan próximo estoy á dejarle; pero tendré la cuerda al cuello, y no cesaré de decir que tu fama y tu conciencia peligran; y dígotte mas, rey Ricardo, que si tan mal aconsejado procedes, que consientas en que la mano de lady Edit.

— No la nombres, ni por un instante pongas en ella tu pensamiento, respondió Ricardo, echando otra vez mano á la maza, y relajando poco á poco el impulso con que habia hecho este movimiento.

— ¡No nombrarla, ni pensar en ella! respondió sir Kenneth, en quien el abatimiento con que habia empezado su conversacion con el rey, sucedió la energía y la decision de la pasion verdadera, oyendo un mandato mas doloroso para él que la sentencia que le

aguardaba. ¡ No nombrarla, ni pensar en ella! Por la cruz santísima, en que cifro toda mi esperanza, que su nombre será la última palabra que mis labios pronuncien, y su imágen la última que se presentará á mi alma, antes de separarse para siempre de este valle de lágrimas.

— ¡ Qué hombre es este! exclamó el rey sin poder contener la admiracion que sir Kenneth le causaba, en medio del horror con que miraba su delito.

Iba sir Tomas á mediar en la conversacion, pareciéndole oportuno que terminase allí, cuando se oyó algun ruido en la antecámara, y las voces de los gentileshombres que anunciaban la entrada de la reina.

— Detenla, detenla, sir Tomas, dijo el rey, que no se presente aquí. No es esta escena para mugeres. Avergüenzome que un traidor me haya sacado de este modo fuera de mí mismo. Quitale de mi presencia, le dijo inmediatamente al oido; sácale por la entrada trasera del pabellon... cuidado con

él... tu cabeza responde de la suya. Dentro de poco recibirá el castigo de su traicion; que se le proporcione un sacerdote, y no matemos al mismo tiempo el cuerpo y el alma. Que no haya degradacion en su suplicio; muera con espuelas y tahalí, como caballero. Su traicion es mas negra que el infierno; pero su impavidez es la del mismo Satanas.

De Vaux, satisfecho interiormente con que terminase la conversacion, sin que Ricardo hubiese cometido la locura de manchar sus glorias con la muerte de un indefenso, sacó á sir Kenneth del pabellon, por donde el rey habia mandado, y le condujo á una tienda separada, donde fué desarmado y puesto en cadenas. El prevoste y sus subalternos quedaron encargados de su custodia, y el baron no pudo ver estos preparativos sin lanzarle una mirada de compasion, refrenada por el horror que le inspiraba la presencia de quien habia desobedecido al rey, y abandonado tan cobardemente el precioso depósito que se le habia confiado.

Terminadas todas las precauciones que el preoste juzgó oportunas, sir Tomas dijo con vos grave, y mesurado continente al malhadado caballero: — Es la voluntad del rey mi amo, que vayais al suplicio sin degradacion de vuestros honores, ni infamia de vuestras armas, y que no sea mutilado vuestro cuerpo, despues que el hacha del ejecutor os haya separado la cabeza de los hombros.

— Harto benigno ha andado su magestad en esa disposicion, respondió sir Kenneth, con indicios de recibir un favor inesperado y casi penetrado de agradecimiento. Mi mancha no se comunicará á mi familia; O padre mio!; padre mio!

Esta exclamacion, primera señal de dolor que el caballero habia dado desde su triste aventura, no pudo menos de conmovier al baron ingles, el cual, como ya se ha dejado conocer en el curso de esta historia, era áspero de modales, y de semblante desapacible y brusco, pero no carecia de sentimientos humanos, ni gozaba cuando veia padecer á

los otros. Humedeciéronse sus ojos, y él los estregó prontamente, de miedo de parecer pusilánime y afeminado.

— Tambien quiere su magestad, continuó diciendo, que os visite un sacerdote, para que os pongais bien con Dios. Al venir á esta tienda he encontrado un religioso carmelita, que podrá conveniros para este arduo negocio. Ahí afuera aguarda, hasta que os halleis dispuesto á recibirle.

— Sea cuanto antes, dijo el del Leopardo, y doy gracias al rey Ricardo por este beneficio. Nunca puede venir ese buen padre en mejor ocasion que la presente, porque la vida y yo nos hemos despedido, como dos viajeros que caminan juntos hasta la encrucijada en que deben separarse.

— Está bien, dijo De Vaux, bajando la voz y demudándose algun tanto, y mejor es que asi esteis dispuesto, porque Ricardo quiere que se proceda al instante á la ejecucion.

— Hágase, dijo sir Kenneth, la voluntad de Dios y la del rey: que yo, ni niego Ia

justicia de la sentencia, ni deseo que se suspenda el golpe.

De Vaux se encaminó á la puerta de la tienda, pero deteniendo el paso, y vacilando en dudas é irresoluciones. De pronto se volvió al caballero, en cuyo rostro no aparecía ninguna de aquellas emociones que producen las cosas terrenas, sino el recogimiento y la insensibilidad de quien ha fijado sus pensamientos en la otra vida. El Ingles no estaba acostumbrado á presenciar otros males que los que trae consigo la guerra: así que, la presencia de un jóven valiente, próximo á perder la vida á sangre fria, y de un modo tan ignominioso, excitó en su alma toda la sensibilidad que en ella cabía. Acercóse apresuradamente al monton de esteras en que sir Kenneth estaba sentado, tomó una de sus encadenadas manos, y dijo con toda la blandura que su bronca voz podía expresar: — Sir Kenneth, en la flor de la vida estás, y padre tienes que espera hallar en tí un apoyo para el último tercio de la suya. Yo tengo un hijo, y si no fuera por el lance

de anoche, no le hubiera deseado otras prendas que las que en tí he conocido. Dime ahora con verdad. ¿No tienes nada que alegar en tu defensa?

— Nada, respondió tristemente sir Kenneth; he abandonado mi puesto; he dejado violar el honor de Inglaterra. Solo me toca presentar el cuello á la cuchilla.

— Dios tenga piedad de tu alma, dijo sir Tomas. De buena gana hubiera perdido el mejor de mis caballos, por haber estado la noche pasada en tu lugar, en el monte de San Jorge. Aquí hay un misterio que salta á los ojos, pero que no es fácil distinguir. Cobardía, no puede ser, que los cobardes no peleau como yo te he visto pelear. Traicion, tampoco: que los traidores no mueren con esa impavidez y fortaleza. ¿Quién te ha arancado al puesto del honor? ¿Alguna estratagema de la cual no has podido librarte! ¿Los lloros de alguna desventurada! ¿Las arterias de alguna sirena! Si así es, habla, y no te avergüences, que todos hemos pasado por esos mismos escollos. Abreme tu cora-

III.

2

zon. Ricardo es misericordioso, cuando se le pasa el primer arrebato. ¿Nada tienes que decirme?

El infeliz Escoces apartó la vista del buen sir Tomas, y respondió: — Nada.

Y De Vaux que habia agotado todos los recursos de su elocuencia, salió de la tienda, cruzados los brazos, y casi avergonzado de mirar como cosa de tanto momento la muerte de un Escoces. Sin embargo, reflexionó que si los Escoceses eran sus enemigos naturales en Cumberlandia, debian mirarse como hermanos en Palestina.

CAPITULO II.

La noble y esclarecida Berenguela, hija de Sancho, rey de Navarra, y esposa del héroe Ricardo, era una de las mas hermosas y cumplidas damas de su siglo. Eran breves y no muy mórbidas sus formas, pero arregladas á lindas proporciones, y modeladas

zon. Ricardo es misericordioso, cuando se le pasa el primer arrebato. ¿Nada tienes que decirme?

El infeliz Escoces apartó la vista del buen sir Tomas, y respondió: — Nada.

Y De Vaux que habia agotado todos los recursos de su elocuencia, salió de la tienda, cruzados los brazos, y casi avergonzado de mirar como cosa de tanto momento la muerte de un Escoces. Sin embargo, reflexionó que si los Escoceses eran sus enemigos naturales en Cumberlandia, debian mirarse como hermanos en Palestina.

CAPITULO II.

La noble y esclarecida Berenguela, hija de Sancho, rey de Navarra, y esposa del héroe Ricardo, era una de las mas hermosas y cumplidas damas de su siglo. Eran breves y no muy mórbidas sus formas, pero arregladas á lindas proporciones, y modeladas

con perfecta armonía. Distinguíase por su complexion de las damas españolas, pues su profusa cabellera rubia, y el porte juvenil de toda su persona representaban algunos años menos de los que realmente tenia, aunque es cierto que no pasaba de los veinti uno. Y este aparente atraso de la naturaleza correspondia al temple de su índole, pues sea por afectacion, sea porque en realidad la incitaban á ello sus inclinaciones, lo cierto es que en ella se notaba tanta desigualdad en las alternativas de su buen humor y de sus enojos, como prontitud y violencia en sus fantasías y caprichos: defectos que no parecian tales, sino mas bien amables prendas en quien tantos respetos merecia por su edad y por su elevacion. Mas no le bastaba ser respetada y servida; queria tambien ser admirada, y cuando hallaba quien le tributase este homenaje, debido mas bien á las dotes de la persona, y á las perfecciones del alma, que á la magestad del trono, nadie la igualaba en benignidad, llaneza y blandura, con cuyos medios ejercia

un imperio irresistible en los corazones, de que abusaba comunmente, como hacen todos los déspotas, cuando hallan esclavos en lugar de amigos. Algunas veces, cuando estaba completamente satisfecha esta ambicion, se le antojaba ponerse de pronto mala, ó se echaba en los almohadones de su estrado, quejándose de melancolía y abatimiento, y era de ver cuan afanados andaban entonces los médicos, inventando nombres y remedios para males imaginarios, y cuanto trabajaban las pobres damas de su corte en trazar juegos, pasatiempos y niñerías, para divertir y recrear á la paciente. El recurso mas eficaz de que en semejantes ocasiones echaban mano, era algun chasco pesado, de que alguna de ellas era víctima, y la reina que recobraba su alegría y su viveza si los efectos correspondian á la malignidad de la invencion, no se paraba en examinar si aquel deporte convenia á su clase, ó si la pena que de él resultaba á la infeliz que servia de juguete, podia servir de recreo á un corazon noble y generoso. Confiaba en el

favor de su marido, en su poderosa y encumbrada situacion, y en la aprobacion de las personas que la rodeaban, las cuales no hacian caso de la afliccion que padecia una inocente, con tal que la reina se hubiese divertido. En una palabra, sus solaces y festines eran como los retozos de la leona joven, que no sabe cuanto daño hacen sus garras, aun cuando solo las usa para jugar con sus compañeras.

Amaba Berenguela á su esposo con la passion mas vehemente; pero temia la prontitud de sus ímpetus, y su carácter altivo é indómito, y como sabia que los alcances intelectuales de Ricardo eran superiores á los suyos, le desplacia sobremanera que prefiriese á su conversacion la de Edit de Plantagenet; sin embargo de que Ricardo no tenia para ello otro motivo, sino encontrar un ingenio mas despejado, y mas elevacion de sentimientos y opiniones en su prima que en su esposa; por lo que aunque le divertia la conversacion de aquella doncella ilustre, no era de creer que padeciesen el

menor menoscabo sus afectos legítimos. Berenguela no aborrecia á Edit, ni le deseaba, ni hubiera querido en ningun caso irrogarle el menor perjuicio; porque no obstante algunos síntomas de egoismo que en su conducta se notaban, era buena, y de inocentes intenciones. Pero sus camareras y damas habian descubierto que nada restablecia tan eficazmente el espíritu lánguido y abatido de la reina, como alguna alusion maliciosa, alguna crítica amarga dirigida contra Edit, y desde que hallaron este específico, le aplicaban, con preferencia á otro cualquiera, cuando la ocasion lo requeria.

Ciertamente Berenguela no andaba muy generosa en esta disposicion poco amigable para con la parienta de Ricardo; la cual, segun se decia, era huérfana; y aunque usaba el nombre de Plantagenet, y otros la conocian con el de la linda doncella de Anjou; y aunque Ricardo la admitia á todas las prerogativas y fueros de las damas de su familia, y como tal aparecia en las ceremonias de palacio, nadie sabia ni se atrevia á

preguntar cuál era su parentesco con el rey ni quiénes eran, ni qué estados y feudos poseían sus padres. Eleonora, la célebre reina madre de Inglaterra, la trajo en su compañía, cuando se juntó en Mesina con Ricardo, y la presentó en la corte como una de las damas destinadas á acompañar á Berenguela, cuyas bodas estaban ya tratadas. Ricardo trató desde entonces á Edit con respetuosa cortesía, y Eleonora la tenía siempre á su lado, y la honraba con su confianza, á despecho de la envidia que suscitó su inesperada venida.

Las damas de Berenguela no tuvieron otra cosa que censurar en Edit al principio, sino tal cual desaliño en el tocado, tal cual mala elección en el color y adorno del vestido; materias en que ella misma confesaba ingenuamente su inferioridad. Por supuesto, no se les escapó el silencioso y reverente afecto del caballero del Leopardo; sus divisas, sus colores, sus libreas, los emblemas de sus armas en los torneos, y aun algunas veces sus tímidas miradas daban lugar á las

conjeturas y comentarios de aquellas astutas observadoras. Pero ocurrió después la romería de la reina Berenguela, y de todas las damas de su servidumbre á la capilla de Engaddi: jornada que la esposa de Ricardo había emprendido en cumplimiento de un voto por el restablecimiento del rey, y á la cual la había estimulado con obstinado empeño el arzobispo de Tiro, aparentando motivos de religion y piedad, pero movido en secreto por los fines de su política. Entonces fué, y en la capilla de aquel santo sitio, que comunicaba por su parte superior con un convento de monjas carmelitas, y por la interior con la cueva del anacoreta, cuando una de las camareras de Berenguela observó los dos pimpollos que se desprendieron de la mano de Edit, circunstancia de que dió cuenta inmediatamente á la princesa, considerándola como una prueba segura de la secreta inteligencia que con el caballero del Leopardo mantenía. La reina volvió de su piadosa excursion provista con aquel nuevo y admirable remedio para sus ataques

de melancolía y desabrimiento : á lo que se agregaba la preciosa adquisicion de los grotescos enanos, que habian pertenecido á la reina destronada de Jerusalem; tan contrahechos, tan ridículos y tan bufones, que podian pasar por las mas excelentes de cuantas alhajas de aquella especie adornaban á la sazón las cortes de Europa. Uno de los primeros usos que la reina habia hecho de estas dos desventuradas criaturas, fué su aparicion nocturna en la capilla, ante los ojos del caballero escoces, con lo que su festiva imaginacion se habia propuesto asustar á un guerrero intrépido, haciéndole creer que Luzbel le enviaba dos ministros de su corte infernal : mas la chanza no tuvo efecto como ya lo hemos visto. Despues habia aventurado otra prueba, cuyas consecuencias parecian mas graves y terribles.

Despues que sir Kenneth se hubo retirado del pabellon de la reina, adonde Nectabano le habia introducido, se volvieron á juntar las damas, como era de esperarse que lo hiciesen despues de un lance tan inesperado.

La reina al principio no hizo mucho caso de las quejas y lamentaciones de Edit, y se contentó con hacer algunas alusiones á su gazmoñería y aparente severidad; mas al fin dando rienda suelta á su humor, ridiculizó en tales términos el equipo, la nacion, y sobre todo la pobreza del caballero del Leopardo, que la pobre lady Edit, como el guerrero inexperto que no sabe como parar los golpes de un enemigo ágil y poderoso, abandonó el campo de batalla, y se retiró, llena de amargura y despecho á su aposento. Pero cuando, la mañana siguiente, Edit supo por una camarera á quien habia encargado la averiguacion de lo ocurrido aquella noche, que el estandarte de Inglaterra habia desaparecido, y que la centinela estaba encañonada se precipitó en la cámara de la reina, y con la mayor vehemencia le suplicó pasase inmediatamente á la tienda de Ricardo, y emplease cuantos medios estuviesen á su alcance, para evitar las funestas consecuencias que podia acarrear su capricho.

La reina, llena de sobresalto, echó la culpa

de su propio desacuerdo á las damas de su servidumbre, que es lo que solia hacer siempre que sus chanzas acarreaban disgustos y compromisos, y procuró tranquilizar á Edit, y disipar sus justos temores, con los mas frívolos y pueriles efugios. Dijo que era imposible que tan ligero accidente tuviese los resultados que se recelaban, que el caballero estaria quizas durmiendo, despues de haber velado toda la noche; que aundado caso que el pendon se hubiese perdido, todo se reducía á un pedazo de terciopelo bordado; que sir Kenneth era un guerrero oscuro, y por lo tanto no merecia que se diese gran importancia á su negligencia; en fin, que si en realidad estaba preso, seria por poco tiempo, y recobraría su libertad, cuando pasase el primer impulso del enojo de Ricardo.

Otras muchas cosas dijo, á cual mas inoportunas y triviales, con el objeto de persuadirse ella misma, y hacer creer á Edit, que su locura, de que tanto se arrepentía á la sazón, no podia en ningun caso dar ori-

gen á sucesos graves y de consecuencia. Mientras Edit procuraba en vano detener aquel torrente de palabras inútiles, entró en la pieza una de las damas de la servidumbre, en cuyas miradas se leían la aflicción y el terror. Con solo verla, Edit penetró todo cuanto ocurría, y hubieran desfallecido sus fuerzas, si no la hubiesen sostenido la misma urgencia de las circunstancias, y la elevación y firmeza de su carácter.

— Señora, dijo la dama recién venida, no perdais un tiempo preciosísimo. Salvadle la vida si podeis... si podeis, repitió oprimida por la angustia.

— Aun es tiempo, dijo lady Calista. El reo ha sido conducido á la presencia del rey, todavía no ha salido de la tienda; pero no tardará y Dios sabe... Al decir estas palabras, lady Calista, cuya conciencia le reconocía por la parte que habia tenido en el suceso, se abandonó al mas congojoso dolor.

— Ofrezco un candelero de oro al santo sepulcro, dijo la reina.

— Mas vale moverse que ofrecer, dijo lady Edit, y mas hacen diligencias que votos.

— Lady Edit tiene razon, dijo Calista. Vamos, señora. ¿En qué se detiene vuestra magestad? Vamos á la tienda de Ricardo, y no salgamos de ella sin haber salvado al caballero.

— Vamos, vamos, dijo Berenguela, trémula como la hoja del árbol. Levantóse con precipitacion, y ninguna de sus damas se hallaba en estado de presentarle la ropa, como lo hacian ordinariamente, y como su empleo exigia. Todas lloraban al mismo tiempo, y se movian en diferentes direcciones sin objeto. Solo Edit estaba inmóvil, aunque pálida como un espectro. Su dolor era profundo, pero dominado por la razon. Ella fué la que ayudó á la reina, supliendo la falta de las damas de la servidumbre.

— Bien me servis, señoras, dijo la reina, que ni aun en aquellas apuradas circunstancias podia olvidar las pequeñeces de la ceremonia. ¿Posible es que dejeis hacer estas

cosas á lady Edit? Edit, ya verás como no estoy pronta á tiempo. Mas vale enviar por el arzobispo de Tiro, él entiende mejor de estas cosas.

— No señora, de ningun modo, dijo lady Edit. Vos debeis ir en persona. Pues habeis hecho el mal, emplead todos vuestros esfuerzos en repararle.

— Vamos, pues, vamos, dijo la reina; pero si Ricardo está de mal humor, yo no desplego mis labios. Capaz es de matarme en un arrebato.

— No haya miedo, señora, dijo lady Calista, que conocia mejor que ninguna otra el temple de la reina. No hay leon en los desiertos que pueda mirar sin amansarse ese rostro y esas facciones. El rey es un amante tierno, un caballero leal y fiel, y una palabra de vuestra magestad basta para desarmar su cólera.

— ¿Crees tú eso, Calista? dijo la reina. ¡Ah si supieras cuanto te engañas! mas no importa... estoy resuelta. Vamos, pero ¿he de presentarme delante de Ricardo con este

trage verde que es un color que no puede ver delante de los ojos? Mejor será ponerme un manto azul... no... aquel manto de grana que vino en el rescate del rey de Chipre. Buscadle: en aquella caja de acero ha de estar.

— Señora, dijo Edit con indignacion, pensando estais en trages y mantos, y peligra la vida de un hombre. No hay paciencia humana que tanto sobrelleve. Qedaos en buen hora. Yo iré á ver al rey Ricardo: yo soy parte interesada.... veremos si el honor de una prima del rey de Inglaterra ha de ser indignamente violentado, y si es lícito abusar de su nombre para poner bajo la fatal cuchilla el cuello de un hombre de bien, y convertir la gloria de la nacion inglesa en hazmereir ejército de la cruzada.

Berenguela, tan atónita como turbada, oyó estas expresiones de Edit, y conoció cuan amargas podian ser las consecuencias que semejante resolucion podia acarrearle. Edit se aproximaba ya á la puerta, y parecia resuelta á poner en ejecucion su amenaza; la

reina dijo con voz desfalleciente á las otras damas: — Detenedla, detenedla.

— En verdad que no debeis dar este paso, lady Edit, dijo Calista, deteniéndola suavemente por el brazo, y vos, señora, no deis lugar con vuestra irresolucion á que lleguen las cosas al último extremo. Si lady Edit se presenta sola al rey ¿quién podrá contraestarse su enojo? ¿quién se pondrá al abrigo de su furia?

— Voy sin mas demora, dijo la reina, cediendo á la necesidad: y lady Edit se detuvo, aunque con repugnancia, aguardando que se pusiese en movimiento.

La reina se envolvió en un gran manto que ocultaba la negligencia de su ropage. Edit y las otras damas iban á su lado; precedíanla y seguíanla algunas gentes de armas y albarderos. Con esta comitiva se dirigió á pasos precipitados hácia la tienda de Corazon de Leon.



CAPITULO III.

Los gentileshombres que estaban de guardia en la antecámara de Ricardo no se atrevieron á dar entrada á su esposa, y en los términos mas comedidos y reverentes, le suplicaron que aguardase las órdenes de su magestad. Entre tanto pudo oír distinta-

mente la voz de Ricardo, que mandaba no dejar entrar á Berenguela.

— Ya vez, dijo esta, volviéndose hácia Edit, y tan desalentada como si se hubieran agotado todos los recursos de su intercesion. Es inútil cuanto hagamos: el rey no quiere recibirme; ya yo lo habia previsto.

Al mismo tiempo oyeron á Ricardo que hablaba aon alguno en lo interior del pabellon. — Anda, decia, y despacha lo mas pronto que puedas; porque en esto consiste toda la gracia que puedo hacer. Diez bezantes si no das mas que un golpe; y observa si mudan de color sus mejillas, ó si se turban sus ojos. No pierdas el menor movimiento de sus facciones. Yo gusto de saber como mueren los hombres de pro.

— Será el primero que haya visto la cuchilla sin temblar, respondió una voz bronca y asperísima, aunque parecia algun tanto suavizada por el respeto.

Edit no pudo guardar mas tiempo el silencio. — Si vuestra magestad, dijo á la reina, no se abre camino, yo sabré abrírsele; y si

vuestra magestad no se decide, entraré yo sola. Caballeros, añadió volviéndose á los de la servidumbre, la reina desea ver á su esposo, y no saldrá de aquí sin verle.

— Noble dama, respondió uno de los gentileshombres inclinando respetuosamente la pértiga de plata que denotaba su oficio, duéleme oponerme á vuestros deseos, pero el rey está ocupado en negocios de la mayor importancia.

— Negocios de grandísima importancia, respondió Edit, son los que conducen á este pabellon á la reina de Inglaterra. Señora, venid; y yo os daré paso, y al mismo tiempo, empujando al gentilhomme con una mano, levantó con la otra la cortina de terciopelo que colgaba en la puerta de la cámara de Ricardo.

— Haga vuestra magestad lo que guste, dijo el gentilhomme cediendo menos á la fuerza, que á los respetos que aquellas ilustres damas exigian. La reina y Edit se hallaron en presencia de Corazon de Leon.

Eataba el monarca extendido sobre el le-

cho, y á cierta distancia aguardaba, ó parecia aguardar sus órdenes, un hombre, cuya profesion no era difícil adivinar. Su trage se componía de una chaqueta de grana, abierta por el cuello, hasta los hombros, y con mangas cortas, que dejaban descubierta la parte anterior del brazo. Cuando iba á ejercer su terrible oficio, como sucedia en la ocasion presente, llevaba sobre la chaqueta, una cota ó sobreveste sin mangas, de cuero duro, adornado por delante con sobrepuestos y alamares de oscuro carmesí. Estas dos partes de su trage no pasaban de la rodilla, y descubrian su calzado, y gregüescos, que eran del mismo cuero que la cota. El tocado era una gorra de pelo, en que procuraba ocultar sus facciones, como la lechuza entre las molduras de un sepulcro arruinado. Oscurecia la parte inferior del rostro, una barba espesa enmarañada, y rojiza, con que se confundian sus desaliñadas melenas. Era hombre de corta estatura, rehecho y doble, y ancho en sus miembros y proporciones; su cuello era grueso en demasía, y sus bra-

zos desmedidamente largos y fuertes. Leíase en sus facciones la fria impassibilidad de un tigre, y el sobreceño, y torvo mal humor de un misántropo. Pendíale del lado izquierdo una espada cuya hoja podría tener sus cuatro pies y medio de largo, y cuya guarnicion de veinte pulgadas, pasaba sobre su cabeza, mientras él la empuñaba firmemente, en actitud de aguardar las órdenes del rey.

A la entrada inesperada y repentina de las damas, Ricardo que estaba apoyado en el codo, hablando con el ejecutor, y vuelto el rostro hácia la entrada de la cámara, se incorporó prontamente, con indicios de sorpresa y enojo, y se inclinó al lado opuesto, volviendo la espalda á la reina y á las damas, y envolviéndose en las colchas de su cama, que, por su propia eleccion ó quizas por un efecto de la audulacion de sus servidores, eran de pieles de leon, preparadas y sobadas por artífices venecianos, con tan extraordinaria destreza, que parecian tan flexibles y suaves al tacto como el terciopelo mas fino.

Berenguela, cuyo carácter hemos procurado dar á conocer á nuestros lectores, sabia lo que ninguna muger ignora, es decir, el medio mas seguro de vencer la resistencia, y de conseguir el triunfo. Despues de haber echado una mirada de terror, sin la menor reserva ni disimulo, al funesto depositario de los secretos de su esposo, se arrojó á su lecho, se reclinó de rodillas en uno de sus lados, y dejó caer el manto de los hombros, descubriendo el desórden de su larga y rubia cabellera, que se dilatava en toda su extension por la espalda, y demostrando en sus facciones una confusion mezclada de sobresalto, al través de la cual relumbraban sus hermosos ojos, como el sol, cuando rompe por entre las nubes que le oscurecen. Tomó la mano del rey, aquella mano que era el apoyo de la cristiandad y el terror del mahometismo, y inclinándose hácia ella la besó con cierto enagenamiento, pues la privó por algunos instantes de la facultad de hablar.

— ¿Qué significa esto, Berenguela? dijo

el rey, dejando la mano entre las de su esposa, y sin atreverse á poner los ojos en ella.

— Despachad antes de todo á ese hombre cuyas miradas me matan, dijo Berenguela.

— Vete, dijo el rey. ¿Qué aguardas?

— ¿Qué se ha de hacer con la cabeza? preguntó el hombre.

— Fuera de aquí, perro, respondió el rey, un entierro cristiano.

El hombre se retiró, no sin haber recreado sus miradas en la hermosura de Berenguela, con una expresion de admiracion, y con una sonrisa aun mas horribles que el odio á los hombres estampado, en sus ásperas facciones.

— Dí, pues, lo que deseas, desacordada muchacha, dijo entonces el rey, volviéndose lentamente hácia la afligida princesa.

Ricardo era admirador de la hermosura, y la apreciaba sobre todas las cosas humanas, despues del honor: pero aunque hubiese tenido un corazon desnudo de toda

sensibilidad y ternura, no le hubiera sido posible ver sin conmoverse la amargura de una persona tan perfecta como Berenguela, ni sentir sin estremecerse de compasion el calor de los besos y lágrimas, con que ella sellaba y bañaba las manos de su esposo. Poco á poco volvió enteramente hácia ella su magestuoso y varonil semblante, cuyas facciones; y hermosos y grandes ojos azules se habian ya dulcificado y enternecido tanto cuanto su índole indomable, y el hábito de mandar y combatir se lo permitian, Alzóse blandamente, acarició aquella linda cabeza, y estampó un beso de amor en las mejillas que agitaban tantos encontrados sentimientos. Su robusto y soberbio continente, su frente espaciosa, su brazo y espalda que anunciaban la plenitud del vigor, y las pieles de leon que le cubrian, formaban a lado de una muger débil y consternada un grupo admirable, que hubiera podido servir de modelo para representar á Hércules, reconciliándose después de una riña pasajera, con su esposa Deyanira.

— ¿Qué es lo que desea, dijo el rey, la dama de mi corazón, en la tienda de su caballero, á una hora tan desusada y temprana?

— Perdon, mi benigno soberano, perdon, exclamó la reina, cuyos sollozos cerraban el paso á las palabras.

— ¡Perdon! dijo el rey. ¿De qué?

— Lo primero, dijo Berenguela, por haber entrado de este modo en vuestra tienda.

— ¿Deberá pedir perdon el sol, dijo el rey por esparcir sus rayos benignos en el calabozo de un infeliz cautivo? Duéleme á la verdad que me hayas sorprendido en un negocio nada propio de damas, y sobre todo que expongas tu preciosa salud al rocío de la mañana, ahora que anda tan lista la enfermedad.

— ¿Y la vuestra? preguntó la reina, definiendo todavía la explicacion del motivo que allí la habia conducido.

— Capaz soy ya, dijo el rey de romper una lanza en el creston del primer desleal caballero que no te proclame y reconozca

por la dama mas hermosa, y mas cumplida de toda la cristiandad.

— Pues entonces, repuso Berenguela, no me negarás la gracia que voy á pedirte; una vida, una sola vida.

— ¡ Una vida! dijo el rey, arrugando las cejas.

— ¡ La vida de quién!

— La de ese infeliz caballero escoces, dijo la reina.

— No trateis de eso, señora, respondió el rey con firmeza; no me habéis de él; no me le nombreis siquiera. Debe morir y morirá.

— No, mi real esposo, mi amor, dijo Berenguela. ¡ Tanta severidad por un pedazo de seda que se ha perdido! Berenguela te dará uno bordado por sus manos, y será el mas rico y suntuoso que se haya jamas tremolado al viento. Todas las perlas de mis cofres le servirán de adorno, y cada perla irá bañada con una lágrima de agradecimiento y de cariño á mi generoso y magnánimo paladin.

— No sabes lo que dices, contestó Ricardo, interrumpiéndola con vehemente indignacion. ¡ Perlas! ¡ qué montan todas las perlas del Oriente comparadas al honor de Inglaterra! ¿ y qué lágrimas hay en el mundo que puedan lavar la mancha de la fama de Ricardo? Idos, señora, conoced la situacion que ocupa vuestro esposo, y que este tiene obligaciones en que vos no debeis ni podeis tomar parte.

— Ya lo oyes, Edit; le dijo la reina al oido. Está furioso.

— Estélo en buen hora, dijo lady Edit. Señor, yo que soy vuestra humilde parienta, imploro vuestra justicia que no ya vuestra conmiseracion, y los oidos de un monarca deben estar siempre abiertos al grito de la justicia, sin distincion de hora, sitio ni circunstancia.

— ¡ Oh prima! dijo el rey, sentándose de pronto, y extrañando el tono decidido de la doncella. Hablais como quien sois, y como quien soy os responderé, dando por cierto que vuestra demanda no sea indigna de vos ni de mí.

La hermosura de Edit era mas animada y despierta que la de la reina, aunque no tan brillante ni voluptuosa, pero la ansiedad y la impaciencia, moderadas por el natural orgullo que nunca se borraba de sus facciones, le dieron un aspecto de firmeza y gravedad que impuso silencio al rey, aunque importunado ya sobradamente por los ruegos de la reina.

— Señor, dijo Edit, ese buen caballero, cuya sangre va á ser derramada por orden vuestra, ha hecho, en otros tiempos, grandes servicios á la cristiandad. Ha faltado á su deber; ha dejado el puesto que vuestra magestad le habia confiado, de resultas de un artificio tramado, no con intencion de acarrearle daño ni vilipendio, sino por mero pasatiempo, y sin que sus autores pudiesen prever las fatales consecuencias que de ello iban á resultar. Se le envió un fingido mensaje en nombre de cierta persona que... pero, ¿porqué no ha de saber vuestra magestad toda la verdad del caso? el mensaje fué en mi nombre, y este nombre le indujo á dejar

por unos breves instantes su puesto. ¿Hay un solo caballero en el campamento que no hubiese hecho lo mismo? ¿Es tan fácil desobedecer el precepto de una dama, que aunque de prendas humildes, tiene en sus venas sangre de Plantagenet?

— ¿Y le visteis, por supuesto? repuso el rey, mordiéndose los labios de despecho.

— Le ví, en efecto, señor, respondió Edit, y no es tiempo ahora de referir dónde ni porqué. Yo no he venido aquí á disculparme, ni á culpar á nadie.

— ¿Dónde le visteis? preguntó el rey.

— En el pabellon de la reina Berenguela, respondió Edit.

— ¡ En el pabellon de mi augusta consorte! exclamó el rey. Por el cielo santo, y por san Jorge de Inglaterra, y por todos los santos que habitan el paraíso que ya es esta sobrada audacia. He observado adonde fijaba sus pensamientos ese atrevido; mas no creia que pasase de una muda admiracion, y no lo extrañé, á pesar de la elevacion de su objeto, pues tambien admiramos el esplendor

del sol, con estar tan alto, y tan superior á nuestra esfera. Pero ¡cielos! que le hayáis dado una cita, que esta cita haya sido de noche, y en el asilo sagrado de la esposa del rey de Inglaterra... por vida de mi padre...

Edit, que vais á pasar todo el resto de la vuestra en los cuatro muros de un monasterio.

— Señor, respondió Edit, mal se aviene con vuestra magnanimidad la tiranía. Ni mi honor ha padecido menoscabo en esta entrevista, ni el vuestro tampoco. Presente está la reina mi señora que puede atestiguar mi aserto. Pero ya he dicho que no he venido á vuestra real presencia á justificarme, ni á descubrir desacuerdos ajenos. Solamente vengo á implorar, en favor de uno cuya flaqueza está suficientemente disculpada por la fuerza del resorte empleado en seducirle, la misericordia que vuestra magestad, con ser un rey tan poderoso, tendrá que implorar un dia en otro tribunal y por culpas menos veniales.

— ¡Es esta Edit de Plantagenet! dijo el

rey, sin poder contener el enojo. ¡ Edit de Plantagenet, la recatada y la noble! ¡ O es una insensata, enfermiza de amor, que no se cura de su propia fama en parangon de la vida de su galan! Por el alma del rey Enrique, me falta poco para mandar que se ponga la cabeza de ese almibarado doncel en tu celda, para que te sirva de crucifijo.

— Y si así lo mandais, respondió Edit, no fijaré una sola vez la vista en ella sin decir: he aquí la reliquia de un buen caballero, cruel é indignamente sacrificado por uno de quien solo diré que debiera saber galardonar de muy distinto modo los altos hechos de caballería. ¡ Almibarado doncel le llamas! continuó, dando rienda suelta á la vehemencia de sus afectos. Era mi amante, sí, amante leal y rendido, y tan humilde como enamorado, y tan apasionado como modesto: amante que jamas osó declarar sus afectos, ni con voces ni con miradas, bastándole la admiracion y el respeto, como si el objeto de su pasion fuera un santo puesto en un altar. ¡ Y por esto debe morir!

¡ porque fué fiel, y valiente, y comedido!

— Por la virgen de la capilla de Engaddi, le dijo entonces al oído la reina, que no acabes de irritarle.

— Poco me importan sus iras, respondió en alta voz Edit; la virgen sin mancha no teme al leon furioso. Haga lo que quiera con ese buen caballero. Edit, por quien tan inocentemente, muere, sabrá llorar su memoria ínterin haya sangre en sus venas. Nadie me hable de hoy mas de alianzas políticas, á las cuales nunca servirá esta pobre mano. Ni queria, ni debia ser su dama, siendo tan grande la distancia que de él me separa; mas esto se entiende con el que vive. El sepulcro une al bajo y al alto, y ahora declaro delante del mundo entero que me considero esposa de ese desventurado, y como tal sabré ser fiel á su memoria.

Iba á responder Ricardo con la cólera que estas palabras debian engendrar en su corazón, cuando entró precipitadamente en la cámara del rey un carmelita, envuelto en su manto y capucha de grosero paño, y arro-

jándose sin detenerse á los pies del monarca, le suplicó, por los mas sagrados motivos que pudo alegar, mandase suspender la sentencia que contra sir Kenneth habia pronunciado.

— Por Dios santo, por san Pedro de Roma, exclamó el rey, que el mundo entero se ha conjurado para sacarme de mi acuerdo... locos, mugeres... frailes ¿qué significa esto?

— Poderoso señor, dijo el carmelita, he suplicado al lord de Gilsland que suspenda la orden que habia dado de conducir el reo al suplicio, hasta que vuestra magestad despues de haber oído...

— ¡ Y el baron De Vaux ha tenido el atrevimiento de acceder á tu demanda! dijo Ricardo. Accion es esta digna de su insensatez. ¿Y qué es lo que tienes que decir? Habla en nombre de Satanás.

— Augusto señor, respondió el fraile, soy depositario de un secreto de la mayor importancia; pero está sellado con inviolable sacramento de la confesion. Ni puedo decirle, ni aun murmurarle: pero juro por la

santa órden que profeso, y por el santo hábito que visto, y por el bienaventurado Elias, nuestro fundador, que fué trasladado á los cielos, sin pagar el amargo tributo de la mortalidad, que si me fuera lícito poner en oídos de vuestra real magestad, el negocio que ese malhadado jóven me ha revelado, desistiríais sin vacilar del cruel y sangriento designio que abrigais contra él.

— Buen padre, respondió Ricardo, que yo reverencio la santa Iglesia, y obedezco y ejecuto sus preceptos, hien lo testifica la empresa á cuyo logro he consagrado mi brazo. Dadme á conocer ese secreto de que hablais, y procederé segun juzgue mas conveniente y debido. No creais empero que me dejo llevar por la mano en las tinieblas, ni creais que Ricardo de Inglaterra es hombre de aquellos que ceden á la voz de un eclesiástico, aun cuando le falte la luz del convencimiento.

El fraile entonces abrió el manto, y bajó la capucha que le cubria, y dejó ver su vestidura interior que se componia de pieles de

cabra, y un rostro tan acartonado y consumido por el clima, el ayuno y la penitencia, que mas parecia de un esqueleto animado que de un hombre vivo. Señor, dijo con acento reverente, pero enérgico y sostenido, veinte años hace que estoy macerando este miserable cuerpo en las cavernas de Engaddi, en penitencia y expiacion de un gran crimen. ¿Pensais que habiéndome despedido para siempre de este mundo frágil y perecedero, seria capaz de hacerme reo de una mentira? Rey de Inglaterra, en el alma de este pecador no hay mas que un solo deseo que se ligue á las cosas de este mundo, y es el restablecimiento de la Sion cristiana, y ¿creeis que podré hacerme indigno de este piadoso sentimiento, revelando los secretos de la confesion? ¡Y mi alma, señor, y mi alma!

— ¡Con que eres, dijo Ricardo, ese ermitaño de quien tanto se habla! Confieso que mas que hombre mortal pareces un espíritu vomitado por el sepulcro; pero Ricardo no tiene miedo á fantasmas. Y tambien

eres tú, según creo, el que por medio de ese mismo Escoces, recibió una embajada de los príncipes cristianos, sobre no sé qué inteligencias con el soldan, mientras yo, que hubiera debido antes que otro alguno entender en el asunto, estaba postrado en la cama con la dolencia. Pues bien: ellos y tú podréis ver el caso que hago yo de esa clase de embajadores. Bueno soy para dejarme llevar por el escapulario de un Carmelita. Morirá, y morirá pronto, y basta que tú intercedas por él, para que muera.

— Dios tenga piedad de tu alma, dijo el ermitaño; hartas lágrimas te costará el daño que vas á hacer. Llegará el tiempo en que desees, á costa de un brazo, haberte detenido al borde del precipicio. Ciego, temerario mortal, perdona, perdona que aun es tiempo.

— Afuera con tanta importunidad, dijo el rey enfurecido. El sol ha alumbrado la deshonra de Inglaterra, y todavía no se ha vertido la sangre que la ha de lavar. Afuera damas, y frailes, y todos los que no quieren

oir la órden que van á pronunciar mis labios; porque, por san Jorge juro...

— No jures, dijo la voz de uno que entró á la sazón en la cámara.

— Ven, sabio Hakim, dijo el rey, ven á pedir la recompensa de tus servicios.

— Vengo, dijo el Arabe, á pedirte audiencia, sobre asunto del mayor interes.

— Antes de todo, respondió el rey, conoce á mi esposa, y ella conocerá á quien ha salvado la vida de Ricardo.

— No me corresponde, dijo el médico, cruzando los brazos sobre el pecho, é inclinándose respetuosamente con mesura y acatamiento oriental, no me corresponde fijar mis ojos en la hermosura que no está velada, y que se presenta vestida de todo su esplendor.

— Retírate, Berenguela, dijo el monarca; retírate tú tambien, Edit; no volvais á molestarne con súplicas. Lo único que puedo hacer es dejar la ejecucion hasta medio dia. Idos, y tranquilizaos; vete, amada Berenguela; Edit, añadió, lanzando una terrible

mirada que confundió á la animosa jóven; vete, y ten juicio.

Las damas se retiraron precipitadamente, sin observar las reglas y precedencias que la ceremonia de la corte exigia, como la bandada de tímidas aves, que el neblí descubre y persigue.

De allí se restituyeron al pabellon de la reina, donde se abandonaron á sus inútiles lamentaciones, y á la afliccion que debia producir en ellas la suerte del caballero, víctima de sus chanzas imprudentes. Edit era la única que se mantuvo serena, sin derramar una lágrima, sin lanzar un quejido, como si desdenara estos órganos comunes del dolor. Su firmeza y presencia de espíritu le permitió asistir á Berenguela, en cuyo delicado temperamento produjo la pena violentos espasmos, arrebatos convulsivos, y otros síntomas de hipocondría.

— Es imposible que Edit ame de veras á ese caballero, dijo Florisa á Calista, que era mas antigua en la servidumbre de palacio, y mas versada en las galanterías de la corte.

Nos hemos engañado completamente. Sin duda siente y deplora la suerte que le aguarda: mas solo porque su nombre está de por medio.

— Necia, respondió la astuta compañera; la familia de Plantagenet está amasada en orgullo, y ninguno de esta raza confieza ni deja ver sus debilidades. Cuando estan heridos de muerte, curan los araños que los otros han recibido. Florisa, hemos hecho un gran desaguisado: de buena gana diera yo el mejor joyel de mi cofre por no haber andado en semejante enredo.



CAPITULO IV.

El ermitaño salió también del pabellón del rey, siguiendo los pasos de las damas, como la sombra sigue el rayo del sol, cuando se disipan las nubes que ocultaban su disco. Pero apenas había dado algunos pasos, volvió atrás, se introdujo de nuevo en

la cámara del monarca, y extendiendo las manos, en actitud fiera y amenazante, exclamó: — ¡Ay del que desoye la voz de la iglesia de Cristo, y se abandona al divan de los infieles! Rey Ricardo, aun no he sacudido el polvo de mis sandalias; aun no he salido del campamento; aun no se ha descargado el golpe terrible; pero la espada pende de un cabello. Monarca altanero, no será esta la última vez que nos veamos.

— Sea así, orgulloso sacerdote, dijo el rey; mas soberbio en tus pieles de cabra, que los príncipes de la tierra en el oro, y en la púrpura.

El ermitaño se retiró de la tienda, y el rey continuó, dirigiéndose al Arabe: — ¿Son los dervises del Oriente, sabio Hakim, tan familiares con sus soberanos?

— El dervis, respondió Adonebec, es sabio, ó loco: no hay medio entre estos dos extremos para el que viste *Khirkhah**, y

* *Ehirkhah* significa literalmente el vestido roto, y es el nombre que dan los musulmanes al traje de los Dervises.

vela de noche, y ayuna de día. Por manera que no es responsable de sus acciones, puesto que ó no tiene razon para conducirse, ó tiene bastante sabiduría para hablar discretamente en presencia de los monarcas.

— Paréceme, dijo el rey, que los frailes cristianos han adoptado el partido de la locura: pero vamos al caso, amigo Hakim, ¿en qué puedo complacerte?

— Gran rey, dijo el médico, haciendo su acostumbrada reverencia, hable tu siervo una palabra, y viva. Séame lícito recordar á tu elevado espíritu, que debes á las inteligencias, y no á mí, que soy un mero instrumento de sus bondades, el tesoro inestimable de la vida.

— ¡Y por una vida que te debo, respondió el monarca, vienes á pedirme otra! ¿No es verdad?

— Tal es el humilde ruego que me atrevo á presentar á tu sabiduría, dijo el musulman; la vida que vengo á pedir al gran Melec Ric, es la de ese buen caballero, cuya falta no es otra que la que cometió el sultan

Adan, que nosotros llamamos Aboulbeschar, ó padre de todos los hombres.

— ¿Y no sabes que por esa misma falta el padre de todos los hombres perdió la vida? El rey pronunció estas palabras notablemente agitado y pensativo. Alzóse, y empezó á dar paseos por la cámara, diciendo, como si hablase consigo mismo: Conoci la intencion que traia, apenas le ví entrar por la puerta. Un hombre está condenado justamente á pagar con la vida su delito, y yo que he mandado destruir millares de hombres y que he despachado tantos con mi acero, no puedo deshacerme del criminal que ha manchado el honor de mis armas, el de mi casa, y el de la reina mi esposa. Por san Jorge, que el negocio merece mas risa que enfado. Por san Luis, que esto se parece al cuento de Blondel, de aquella torre encantada en que estaba condenado á entrar un caballero, y no pudo hacerlo porque se lo estorbaban las mas extrañas y horribles figuras, que sucesivamente se le presentaban á la puerta, y le cerraban el paso. Des-

aparecia una, y venia otra en pos. Muger, parienta, ermitaño, turco; uno se va y viene otro. ¡Tantos paladines contra uno solo! El rey se echó á reir á carcajadas, porque sus arrebatos de cólera eran demasiado violentos para durar mucho, y ya empezaba á ceder la que el lance de sir Kenneth le habia producido.

El físico al mismo tiempo le miraba con la mayor sorpresa, y no sin cierta dósis de desprecio, porque los pueblos de Oriente no conocen, ni saben perdonar esas mudanzas repentinas de humor, y porque ademas en la risa inmoderada ven un exceso que degrada la condicion del hombre, y solo corresponde á niños y mugeres. Aguardó que pasase aquella intempestiva jocosidad, y volvió á dirigir la palabra al rey, cuando le vió algun tanto mas compuesto.

— No está bien, dijo, que salgan palabras de muerte de los labios que rien. Tu servidor espera que le concedas la vida de ese hombre.

— Toma en lugar de esa vida la libertad

de mil cautivos, respondió Ricardo; devuelve á sus familias y á sus tiendas mil mahometanos. Consiento en ello sin dificultad. La vida de ese Escoces no puede ser útil á nadie. Debe morir, y morirá.

— Todos, dijo El Hakim, todos debemos morir, y moriremos: pero el gran acreedor es misericordioso, y no exige la duda con tiranía, ni por espíritu de venganza.

— No creo, dijo el rey, que puedas tener un interes muy particular en que este hombre frustré los fines de la justicia, que yo, como rey de Inglaterra, he jurado proteger.

— Tambien has jurado ejercer la misericordia, respondió el Sarraceno; pero sea lícito á tu servidor decir que no es la ejecución de la justicia lo que tu deseas, sino la de tu propia voluntad. Y en cuanto al interes que tengo en este negocio, baste decirte que muchas vidas dependen de la de ese buen caballero.

— Explica tus palabras, El Hakim, dijo Ricardo, pero no creas que pueden alucinarne falsos ni frívolos pretextos.

— Alá aparte semejante designio del alma de su servidor, dijo Adonebec. Sabe pues que la medicina, á cuyos maravillosos efectos, tú, gran rey, y otros muchos deben la vida, es un talisman compuesto bajo ciertos aspectos de los astros que solo se verifican cuando estan propicias y favorables al hombre las divinas inteligencias. Yo no soy mas que el pobre administrador de tan gran beneficio. Mi ciencia se reduce á ponerla en una copa de agua, observando antes la hora favorable de administrarla al paciente, y el talisman hace la cura.

— ¡ Maravillosa medicina por cierto! exclamó el rey, y no menos cómoda que eficaz. Bien podeis ahorraros el trabajo de cargar tantas caravanas de camellos con yerbas y brogas. Extraño que haya otros brebages en so.

— Escrito está, dijo El Hakim: no injurias trotero que te ha sacado de la batalla. Sabe que está fuera del alcance del hombre la comision de estos admirables talismanes: mas pocos son los que se han atrevido á poner-

los en práctica. El sabio que ha de aprovecharse de tan celeste remedio en beneficio de sus semejantes, ha de someterse antes á penitencias rígidas, á duros ayunos, á amargas privaciones, y á otras prácticas que no todos los mortales pueden sobrellevar. Si el que se halla en posesion del talisman, omite, por descuido, ó por apego á los apetitos sensuales, curar doce personas en el curso de cada luna, el talisman pierde su virtud, y el último paciente y el físico quedan expuestos á un pronto infortunio, y mueren en el término de aquel mismo año. Fáltame una vida para cumplir el número necesario.

— Si no es mas que eso, buen Hakim, dijo el rey, sal por ese campamento, y hartos infelices hallarás en quienes ejercer la virtud del talisman. Yo soy médico tambien, pero de otra especie de dolencias, y no conviene á un hombre de tu saber intervenir en mis curas. Además que no percibo la connexion que puede haber entre la vida de un criminal, y esas extraordinarias circunstancias que de tu medicina me refieres.

— Cuando puedas penetrar, dijo el Turco, la causa secreta en virtud de la cual un vaso de agua fria ha podido hacer en tu salud, lo que no han hecho los remedios de los sabios de Franchistan, podrás racionar sobre los otros misterios que en este celestial secreto estan encerrados. Yo no puedo harcelo hoy por mí mismo, por haber tocado esta mañana un animal inmundo. De nada sirve que hagas otras preguntas: baste saber que solo con dar la vida al buen caballero, te evitas una gran desventura, y evitas otra gran desventura á tu servidor.

— Basta, Adonebec, dijo el rey. Bueno es que los médicos se expliquen en términos oscuros, envuelvan su saber en la niebla de su gerigonza, y nos quieran hacer creer que aprendieron su ciencia en las estrellas: mas sabe que cuando hablas á Ricardo Plantagenet de las desventuras que le aguardan por haber omitido una ceremonia, ó por otro agüero de esta clase, no las has con un Sajon ignorante, ni con una vieja supersticiosa. Ricardo no abandona su propósito porque

encuentra una liebre en la vereda, ni porque oye graznar al cuervo, ú estornudar al gato.

— No puedo estorbar que pongas en duda mi dicho, repuso el Arabe, pero sepa el gran rey de Inglaterra que la mentira no manchó jamas los labios de su servidor. ¿Seria justo, seria digno de un alma grande privar al mundo, y á los desventurados que sufran de ahora en adelante la misma dolencia que iba arrebatarte la antorcha de la vida, de los beneficios de ese maravilloso talisman, solo por no conceder la suya á un pobre criminal? Considera, potente monarca, que aunque tú puedes matar millares de hombres, no te es dado curar la menor de las dolencias que afligen la humanidad. Los reyes tienen el poder de Satanás, que es el de atormentar; el sabio tiene el de Alá, que es el de dar la vida. No robes el bien que no puedes restituir; no apagues la lámpara que no puedes encender. Corta la cabeza de tu semejante cuando te sea dado curar un dolor de muelas.

— ; Qué insolencia es esta! exclamó Ricardo erguiéndose con altivez á medida que Adonebec hablaba con mas decision y firmeza. Te he admitido como médico y no como consejero. Trata de mi salud, y deja en paz mi conciencia.

— ; Y este es el modo con que el mas famoso de los príncipes de Franchistan satisface y recompensa los beneficios hechos á su real persona! Esto dijo El Hakim, alzándose de la humilde postura en que hasta entonces habia estado, y hablando como si diera una orden á alguno de los de su comitiva. Sábetelo pues, añadió, que voy á denunciarte como desleal y desagradecido á todas las cortes de Europa y de Asia; al musulman y al Nazareno; al caballero y á la dama; do quiera que resuenen arpas, y se esgriman aceros; do quiera que sea encomiado el honor, y detestada la infamia; á todas las regiones de la tierra. Y si hay alguna en su vasto circuito que no haya oido la fama de las proezas de Melec Ric, en ella resonará la execracion de su ingratitud.

— ¿ Así hablas á Ricardo de Inglaterra, vil infiel ? prorumpió el rey, en cuyo pecho ya no cabia el enojo. ¿ Estás cansado de la vida ?

— Vengate, dijo El Hakim ; tus propios hechos te atormentarán mas que mis palabras, aunque cada una tuviera un aguijon mas penetrante que el de la abeja.

Ricardo se volvió de espaldas al musulman ; cruzó los brazos ; se volvió á pasear por la tienda, y de pronto exclamó : — ¡ Ingrato y desleal me has llamado ! Valiera tanto llamarme infiel y cobarde. Hakim, sea en buen hora : has conseguido lo que deseabas, aunque mas valiera que me hubieras pedido los joyeles de mi corona. Soy rey y debo obrar como rey. La vida del Escocés es tuya. El prevoste te entregará su persona, con que le presentes este papel.

Dijo, y se sentó, y escribió dos renglones, y dió el papel al físico : — Dispon de él, añadió, segun tu voluntad ; esclavo tuyo es ; haz de él lo que quieras. Solo te encargo que no vuelva á presentarse ante mi vista.

Prudente y sabio eres : ten cuenta. ¿ Sabes hasta dónde ha llegado su atrevimiento ? Hasta la region de aquellas á cuyos bellos ojos y débil juicio confiamos nosotros el depósito del honor, como vosotros guardais vuestros tesoros en arcas de filigrana mas frágil y sutil que lo s hilos que teje la oruga.

— Tu servidor entiende la palabra del rey, dijo el sabio, volviendo á inclinarse reverentemente, como lo habia estado al principio de la conversacion. Cuando cae una mancha en la rica alfombra de Estamboul, el necio la indica con el dedo, y el sabio la oculta con el manto. He oido las palabras de mi señor, y oír es obedecer.

— Está bien, dijo el monarca. Que piense ese hombre en su seguridad, y no aparezca nunca á los ojos de Ricardo. ¿ Hay otra cosa en que pueda Ricardo complacer á su médico ?

— La bondad del rey, dijo El Hakim, ha llenado la copa hasta los bordes. El raudal de su generosidad ha sido como la fuente que brotó en medio del campamento

de los hijos de Israel, cuando tocó la roca la vara de Muzas Ben Amran.

— Sí, dijo el rey, sonriéndose, pero ha sido necesario golpear con fuerza la roca, como en el desierto. Holgárame de poder contentarte con algo que saliera naturalmente de mi voluntad, como el agua de los manantiales que enriquecen el Nilo.

— Déjame tocar la mano victoriosa, dijo el sabio, en prenda de que si Adonebec El Hakim demanda otra gracia á Ricardo de Inglaterra, no será desatendido su ruego.

— Mano y guante te lo aseguran, dijo Ricardo. Solo te advierto que si puedes acordar las virtudes del talisman hecho por las celestes inteligencias con la pena que merece el culpable, cumpliré de mejor tante mi oferta.

— Sean multiplicados tus dias, dijo El Hakim, y salió prontamente del pabellon, despues de haber hecho su profundo y acostumbrado acatamiento.

El rey le siguió con sus miradas, como

si no estuviera arrepentido de lo que acababa de suceder.

— ¡Extraña obstinacion! exclamó, ¡y mas extraño aun el empeño que toma un infiel en estorbar que un monarca cristiano castigue al que lo ha merecido! Viva el caballero escoces, puesto que asi lo ha querido la suerte, y habrá un hombre valiente de mas en el mundo. Pensemos ahora en el Austriaco. ¡Ola! ¿Está ahí afuera el baron de Gilsland?

Sir Tomas de Vaux, que aguardaba en la antecámara, oscureció muy en breve con su voluminosa persona la luz que entraba por la puerta del cuarto del rey. Detras de él, sin que nadie anunciase ni estorbese su entrada, se introdujo el selvático ermitaño de Engaddi, sin otro ropage que su túnica de pieles de cabra.

Ricardo, sin hacer caso de este último, dijo en alta voz al baron: — Sir Tomas de Vaux, de Lanerscot y de Gilsland, toma heraldos y trompetas, y marcha inmediatamente á la tienda de ese á quien llaman ar-

chiduque de Austria, y procura que sea cuando haya á su lado mas numeroso acompañamiento de cortesanos y caballeros. Ahora es excelente ocasion, puesto que ese animal almuerza antes de oír misa; entra en su presencia con el menor acatamiento posible, y acúsale en nombre del rey de Inglaterra de haber arrebatado, en la noche pasada, de su sitio, por su mano propia, ó por mano agena, el noble pendon de san Jorge. Y dile que por tanto es mi placer y voluntad, que dentro del término de una hora, restituya la bandera con la debida reverencia, presentándose él mismo en el sitio, con sus principales barones, todos descubiertos, y sin los trages de honor, y que al mismo tiempo, humille con una mano la bandera de Austria, como la que merece esta ignominia, por haber sido deshonrada con vilanía, felonía y robo, y en la otra tenga una lanza, clavada en su punta la cabeza del que le aconsejó ó ayudó en este infame desacato; y dile por último que una vez que se haya sujetado en todos sus pun-

tos á este mi real mandato, en cumplimiento del voto, que como caballero cruzado he hecho, y por los respetos de la santa tierra en que estamos, le serán generosamente perdonados por mí sus otros desaguisados.

— ¿Y qué es lo que vuestra magestad me manda hacer en caso que el archiduque de Austria niegue haber sido el autor del delito? preguntó sir Tomas de Vaux.

— Dile entonces, contestó el rey, que le probaré con las armas en la mano haber sido él quien profanó el honor del estandarte de Inglaterra, y que lo acreditaré aunque vengan con él los dos mas valientes campeones de sus tercios, á pie ó á caballo, en el campo ó en el desierto, en el tiempo y sitio, y con las armas que quiera escoger.

— Pensad, señor, dijo el baron de Gilsland, en la paz de Dios, y de la santa Iglesia nuestra madre; en la paz que debe reinar entre príncipes que pelean juntos en la cruzada.

— Piensa tú, dijo el rey, en ejecutar mis mandatos. ¿Piensas tú que es de hombres

mudar á cada paso de pensamiento, como la golondrina muda de direccion? ¿Quién piensa en alterar la paz de la Iglesia? La paz entre cruzados implica guerra contra Sarracenos, con quienes ahora estamos en treguas. En paz estaremos cuando empecemos á pelear contra los infieles. ¿No ves ademas que cada uno de los príncipes que se hallan en el campamento trabaja por sus intereses particulares? Yo tambien tengo los míos, y por ellos trabajo. Honor busco, y honor tendré mal que les pese á mis enemigos. Por honor he venido á estos remotos climas, y no permitiré que falte en un ápice al respeto que me es debido ese duque ó archiduque ó lo que sea, aunque lo apoyen y sostengan todos los príncipes juntos de la cristiandad.

De Vaux volvió la espalda al rey, para obedecer sus mandatos, encogiéndose de hombros, y muy persuadido, á pesar de la cortedad de sus alcances, de que aquella era una de las mayores locuras que habia hecho en su vida Ricardo de Inglaterra. Pero el ermitaño de Engaddi se presentó en aquel ins-

tante en la tienda, con la actitud del que viene encargado de órdenes superiores á las de los monarcas de la tierra. Su traje de peludos cueros, su barba y cabellera desgreñadas y ásperas, sus torvas, macilentas y desapacibles facciones, y el casi insano fuego que se veia centellear por entre sus largas pestañas, le daban el aspecto de uno de aquellos hombres de Dios de que habla la Escritura, que bajaban de cuando en cuando de las rocas y cavernas en que vivian en abstraccion y soledad, y se presentaban denodadamente, en nombre del Eterno, á los reyes de Judá ó de Israel, para abatir el poder humano en su mas sublimado orgullo, y lanzar contra él las terribles maldiciones de la magestad divina, como la nube descarga los torrentes de fuego de que está preñada, sobre los pináculos y torres de los castillos y de los palacios. En medio de sus ímpetus coléricos, Ricardo respetaba la Iglesia y sus ministros, y aunque le ofendió la inesperada aparicion del anacoreta en su morada, le recibió con comedimiento

y suavidad, haciendo seña al mismo tiempo á sir Tomas de Vaux que no se detuviese en la ejecucion de su encargo.

Pero el ermitaño le prohibió con gesto, miradas y palabra que diese un paso adelante, y volviéndose al rey, y sacando de su grosero manto un brazo en que se veian señales evidentes de los estragos del ayuno, y de las maceraciones del azote, alzó la voz, y en tono que expresaba el sentimiento profundo de que estaba animado, y el alto carácter de que se creia revestido, habló al rey de esta manera:

— En el nombre de Dios, y en el del vicergerente de la Iglesia cristiana en la tierra, prohibo este profano, sangriento y brutal duelo, entre dos príncipes cristianos, cuyos pechos estan santificados con la señal de la cruz, y cuyos labios han jurado fraternidad y union, por esta señal de nuestra salud. ¡Ay de aquel que ose infringir mi mandato! Ricardo de Inglaterra, retracta inmediatamente las palabras de que quieres que sea portador ese caballero. El peligro y la

muerte estan cerca de tí. La daga está ya amenazando tu garganta.

— El peligro y la muerte, dijo el rey, con orgullo, son juguetes para Ricardo, y el que ha arrostrado el furor de tantos aceros, no se estremecerá al ver junto á su cuello una daga.

— El peligro y la muerte estan cerca, repitió el ermitaño, añadiendo en voz terrificá y sepulcral, y despues de la muerte, el juicio.

— Buen padre, respondió Ricardo, yo reverencio tu persona y tu santidad...

— No me reverencies, dijo el anacoreta, puesto que mas reverencia merece el vil insecto que se arrastra en las playas del mar Muerto, y se alimenta de su fango maldito. Reverencia, y acata, y humíllate ante aquel en cuyo nombre estoy hablando; ante aquel cuyo sepulcro has jurado rescatar. Respeta el juramento de concordia que has pronunciado, y no rompas el vínculo de union y de fidelidad por cuyo medio te has ligado á los otros príncipes de esta confederacion.

— Buen padre, dijo el rey, pareceme, aunque lego é ignorante, que los ministros del altar no deben poner el pie fuera del círculo de sus atribuciones. A ellos atañe sin duda dirigir nuestras conciencias, y Dios me libre de estorbárselo; mas la custodia de nuestro honor es cosa muy diferente.

— ¡Y qué son los ministros del altar, dijo el ermitaño, sino la campana que obedece á la cuerda, y la trompeta que comunica el sonido de quien la alienta! Mírame á tus pies: aquí imploro tu misericordia. Ten piedad de la cristiandad, de Inglaterra y de tí mismo.

— Alza, alza, dijo Ricardo, obligándole á ponerse en pie. Rodillas que tan frecuentemente se doblan ante la divinidad, no deben clavarse en tierra en honor de un hombre. ¿Cuál es ese peligro que me amenaza, reverendo padre? ¿Cuándo estuvo tan humillado el poder de la Inglaterra, que fuese parte á poner miedo á su monarca el destemple y el vano ruido de ese recién hecho duque?

— Yo he mirado, respondió el anacoreta, desde las cúspides empinadas de las montañas, la hueste estrellada del firmamento, y he oído la armónica sabiduría de su inefable circuito, que á pocos es dado entender. Yo he visto escrito en caracteres de oro el adorable decreto del que dispuso los giros de los astros, y esparció luz en sus globos cristalinos. Hay un enemigo en la casa de la vida... enemigo de tu fama y de tu bienestar; emanacion de Saturno, que te amenaza con pronto y sangriento peligro, y que te confundirá, como la piedra en el Océano, si pones el pie fuera de la senda de tu obligacion.

— Basta, dijo el rey: esa es ciencia de paganos, que los cristianos no practican, y á que no dan crédito los cuerdos. Anciano... tú deliras.

— No deliro Ricardo, contestó Engaddi, no me es dada esa ventura. Aun me han quedado algunas centellas de la antorcha de la razón, sino para guiarme á mí, para guiar á los otros en el camino de la cruz.

Yo soy el ciego que lleva la linterna, para que otros se aprovechen de la luz de que él puede gozar. Háblame de cuanto concierne al bien de la religion, y de esta santa cruzada, y mis palabras serán vida y sabiduría. Háblame de mi flaco y deleznable ser, y no oirás de mis labios sino el desacuerdo de un insensato.

— No quiera Dios, dijo Ricardo, que yo rompa la cadena de paz que debe unir á los príncipes de la cruzada : pero decidme, buen padre, añadió mitigando la voz : ¿ qué satisfaccion pueden darme por la ofensa é insulto que he recibido ?

— Poderes tengo, dijo Engaddi, y preparado estoy á hablarte de ese punto en nombre del consejo, que, reunido apresuradamente por órden de Felipe de Francia, lo ha tomado ya en consideracion, y se dispone dejar tu honor ileso.

— Extraña cosa es por cierto, exclamó Ricardo, que otros tomen á su cargo reparar las injurias hechas al honor del rey de Inglaterra.

— Lo que desean los monarcas del ejército de la cruz, dijo el ermitaño, es prevenir tu demanda. Estan unánimemente de acuerdo en que se vuelva á colocar la bandera de Inglaterra en el monte de San Jorge; en que se pregone por bando al malhechor ó malhechores que cometieron el delito, y en ofrecer una cuantiosa recompensa al que los entregue vivos ó muertos, á fin de librar sus cuerpos á los lobos y á los cuervos.

— ¡ Y Austria ! preguntó el rey. ¡ Austria, sobre quien recaen tantas fuertes sospechas y que todos acusan del atentado !

— Para evitar discordia entre las huestes de Cristo, continuó Engaddi, el archiduque de Austria se someterá á la prueba que el patriarca de Jerusalem le imponga.

— ¿ No seria mejor la prueba del combate ? preguntó el rey.

— Su juramento se lo prohíbe, respondió el ermitaño, y ademas el consejo de los príncipes...

— No quiere ni querrá nunca, dijo Ricardo, que haya combates ni contra Moros,

ni contra cristianos. No se hable mas en el negocio, buen padre; tú me has hecho ver cuan desatinado era el partido que habia abrazado. Mas fácil es encender una antorcha cuando la lluvia cae á raudales, que sacar una centella de valor de un frio y mísero cobarde. No se puede adquirir honor con quien no le tiene. Consiento en lo que el consejo propone, y no cesaré de insistir en que se verifique el juicio de Dios *. ¡Cómo he de reirme á carcajadas cuando oiga chirriar sus dedos al agarrar la bola de hierro hecha ascua! ¡Cómo he de burlarme de sus contorsiones cuando le vea atragantarse al querer comulgar la santa hostia!

— Ricardo, dijo el ermitaño, por caridad,

* Llamábanse juicios de Dios las pruebas que se hacian con un reo, para averiguar si era ó no culpable. Las habia de muchas clases. Unas veces el reo se obligaba á tomar en la mano un hierro hecho ascua, y si se quemaba, era condenado como delincuente; otras comulgaba en presencia de los jueces y del acusador, pues se creía que en caso de haber cometido la culpa de que se le acusaba, se le anudaria la garganta y moriría al tragar la forma.

si ya no por vergüenza, cesa tan abominables jocosidades. ¿Quién honrará y obedecerá á los príncipes que se insultan y calumnian entre sí con tanto encarnizamiento? ¡Ah rey de Inglaterra! ¡Qué lástima que una criatura tan noble como tú; tan exaltada y generosa en obras y palabras; tan capaz de honrar con sus hechos á la cristiandad, cuando la sabiduría modera sus ímpetus; tenga la furia brutal y sangrienta del leon, unida á la dignidad y al brio del rey de la soledad!

Al terminar estas palabras se detuvo absorto en sus meditaciones, y fijos sus ojos en la tierra: despues prosiguió: — Los cielos que conocen nuestra naturaleza frágil y quebradiza, aceptan la obediencia imperfecta, y han suspendido el golpe sangriento contra tu agitada vida. El ángel destructor se ha detenido, como lo hizo en los tiempos antiguos á la puerta de Aracina, el Jebusita; mas la espada brilla en su mano... la espada que ha de humillar el orgullo de Ricardo Corazon de Leon al nivel del mas desamparado de los mendigos!

— Si la espada está desnuda, dijo Ricardo, no está lejos el golpe. Mas poco importa: sea breve mi vida, con tal que sea gloriosa.

— ¡Ay de mí! exclamó el solitario, y sus secos y enturbiados ojos se humedecieron con desusadas lágrimas; breve, y desventurada; en el camino que te conduce al sepulcro, que ha abierto ya su lóbrego seno para recibirte, no crecen mas que calamidades y humillaciones y cautiverio. Llegarás al término espantoso, sin linage que te suceda; sin que rieguen tu losa las lágrimas de un pueblo atormentado por tus guerras; sin haber ilustrado la mente de tus súbditos, ni aumentado su bienestar.

— Pero no sin fama ni nombradía, contestó Ricardo; no sin el llanto de la dama de mi amor. Estos consuelos que tú no sabes conocer ni apreciar, acompañarán á Ricardo hasta la huesa.

— ¡No sé yo conocer ni apreciar el amor de una muger, ni los loores de los que profesan la gaya ciencia! exclamó el ermitaño, djeando el tono habitual de tristeza que rei-

naba en su conversacion, y entusiasmándose al par de Ricardo. Rey de Inglaterra, continuó, descubriendo de nuevo el descarnado brazo, la sangre que hierve en tus azuladas venas no es mas noble que la que ya se ha helado en las mias. Pocas y frias son las gotas que de ella quedan; pero es sangre de Lusñan, del santo, heróico y augusto Godofredo. Yo soy... quiero decir: yo era en el mundo, y el mundo me llamaba Alberik Mortemar.

— ¡Tú! ¡Dios mio! prorumpió el rey. ¡Tú, el guerrero cuyo nombre ha propagado por toda la cristiandad el clarín de la fama! ¡Cómo pudo eclipsarse tan brillante astro en el horizonte de la caballería! ¡Cómo han podido ignorar los hombres, durante tanto tiempo, el paradero de quien los asombró con sus hazañas!

— No soy astro eclipsado, dijo el anacoreta; fui metéoro pasajero, que solo esparció en su breve carrera una luz incierta y nebulosa. Ricardo, si pensara que con alzar el horrible y sangriento velo que cubre el se-

creto de mis infortunios, podria lograr de tí que te detuvieses á la orilla del abismo, y doblases el cuello á la disciplina de la Iglesia, aun tendria vigor mi lengua para referirte lo que hasta ahora he ocultado con escrupuloso esmero, y sepultado en lo hondo de mi corazon. Oye pues, Ricardo, la historia que sale por primera vez de mis labios. ¡Ojalá sirvan de ejemplo á tu elevado y generoso espíritu el dolor y el remordimiento que de nada sirven ya á estos míseros vestigios de lo que antes fué hombre! Voy á renovar las dolorosas heridas de mi crimen y de mi desventura, aunque me haga perder la vida la sangre que por ellas vierta.

El rey Ricardo, que en sus juveniles años habia oido con el mas vivo interes la historia de Alberik de Mortemar, cuando los trovadores recitaban en los suntuosos convites de su padre las curiosas leyendas de los caballeros de la Tierra Santa, escuchó con respeto la imperfecta, vaga y oscura relacion de unos hechos, que indicaban suficientemente la causa de la insania que aquejaba algunas ve-

ces á aquel singular y desventurado personaje.

— No necesito recordarte, dijo el hombre de la soledad, que fuí noble en nacimiento, próspero en fortuna, sabio en el consejo y fuerte en los combates. Todo esto fuí, y mientras las mas hermosas é ilustres damas de Palestina engalanaban mi yelmo con guirnaldas de flores, y mientras todas se disputaban mi corazon y mis obsequios, obsequios y corazon se fijaron en una doncella de clase muy inferior á la mia. Su padre, que habia servido en otros tiempos bajo las banderas de la cruz, echó de ver la pasion que habia hecho de dos almas una sola; y conociendo cuan grande era la distancia que nos separaba, no encontró mas asilo para el honor de su hija que la reclusion de un monasterio. Volví de una expedicion remota cubierto de gloria, y cargado de ricos despojos, pero hallé frustradas mis esperanzas, perdida mi ventura, y apagada la antorcha que me iluminaba en el sendero de la vida. Tambien me acogí á la sombra del claustro, y Satanás,

que me habia designado para ser víctima de sus asechanzas, sopló en mi débil corazon el hálito pestilente de una soberbia espiritual, que solo pudo tener su origen en las regiones infernales. Subí en los honores de la Iglesia, como antes habia subido en los del estado. Los elogios y la veneracion de la turba me hicieron creer, y lo creí en efecto, que la sabiduría habitaba en mi corazon, y que mi alma, superior á la humanidad, no podia contaminarse jamas con sus miserias y descarríos. Fuí el alma de los concilios; el director de los prelados. ¿Qué obstáculos podia hallaren tan altas y encumbradas regiones? ¿Que tentaciones podian acometerme? ¡ Cuitado de mí! En un convento retirado y ejemplar, cuyas religiosas habian puesto sus conciencias bajo mi direccion, hallé á la que tanto habia amado; á la que tantas veces habia llorado como perdida. ¿Cómo podré referirte la catástrofe á que este descubrimiento dió origen? Basta que sepas que la profanada vírgen, que castigó su culpa clavándose un puñal en el seno, yace en las

bóvedas de Engaddi, y que sobre su sepulcro gime, y solloza una criatura, á quien la Providencia no ha dejado mas uso de su razon, que el que ha menester para descubrirle lo negro de su crimen, y lo espantoso de su suerte.

— ¡ Hombre sin ventura! exclamó Ricardo, ya no extraño nada de lo que se cuenta sobre tus maceraciones y penitencias. ¿Y cómo has podido evitar el castigo que los cánones fulminan contra tamaño exceso!

— Los que solo conocen los senderos del mundo, respondió el ermitaño, te dirán que los respetos personales, y las consideraciones debidas á la sangre ilustre de Lusiñan han embotado la cuchilla de la ley. Pero yo te diré, Ricardo, que la voluntad divina me ha preservado para iluminar al que se extravia, como el fanal que indica al marinero en las tinieblas de la noche, las rocas que guarnecen la procelosa orilla. Gastados estan mis miembros, y encorvado mi cuerpo bajo el peso del crimen; pero en esta frágil y ca-

duca armazon, moran dos espíritus, tan opuestos entre sí, como el resplandor del día y la niebla de la noche. El uno es activo, emprendedor, incansable en promover la santa causa de la iglesia de Jerusalem: el otro misero, postrado, mezquino, que solo me dicta anhelo por castigar la carne rebelde, y celo y vigilancia en la custodia de la santa reliquia, en que no debo ni puedo fijar los ojos. No me compadezcas; que sería mengua de tu grandeza extender tu piedad á este vil gusano de la tierra. No te apiades de mí; pero aprovéchate de mi ejemplo. Alta es tu condicion; la mas alta que un príncipe cristiano puede ocupar: mas por esto mismo es mas peligrosa. Tu corazon es soberbio; disoluta tu vida; sanguinaria y exterminadora tu mano. Arroja de tu seno esos tres pecados, que tú miras y acaricias como hijas tiernas. Destierra de tu alma esas tres furias, tu soberbia, tu disolucion y tu sed de sangre.

— Se le ha vuelto el juicio, dijo Ricardo, volviéndonos á sir Thomas De Vaux, y mani-

festando que le habia hecho una dolorosa impresion la violenta acusacion que acababa de oír. Despues, dirigiendo la palabra al anacotera, y con una sonrisa amarga entre enojada y burlona, reverendo padre, le dijo, muchas hijas son esas, para quien hace tan poco tiempo que se ha casado. Pero puesto que es preciso separarme de las tres doncellas, justo será, que como buen padre, les busque partidos decentes y ventajosos. Por tanto doy mi soberbia á los nobles canónigos de la cristiandad; mi disolucion á los frailes de tu órden, y mi sed de sangre á los caballeros templarios.

— ¡ O corazon de acero y mano de hierro, dijo el anacoreteta, para quien nada sirven escarmientos, ni ejemplos ni lecciones! Vuelvete á Dios, hazte agradable á sus ojos, y vivirás y serás perdonado. Yo te dejo, y me vuelvo á llorar mis pecados. *Kyrie Eleison*. Yo soy aquel por quien pasan los rayos de la gracia divina, como los del sol por un cristal convexo, cuando se concentran y se dirigen á un objeto, y le queman y aniqui-

lan, en tanto que el cristal permanece frio y entero. *Kyrie Eleison*. El mendigo debe ser llamado, puesto que el rico desprecia el banquete. *Kyrie Eleison*.

Dicho esto, salió precipitadamente, de la tienda, lanzando gritos agudísimos.

— Ese hombre está loco, dijo Ricardo, de cuyo ánimo habian borrado las fanáticas exclamaciones del ermitaño, la impresion que le habian hecho los varios y lamentables sucesos de su vida. Sigue sus pasos, sir Tomas, y cuida de que no le hagan daño alguno las tropas del campamento, porque á pesar de que seguimos la bandera de la cruz, nuestros soldados miran con mas respeto un yugar que un sacerdote, y quizas podrán insultarle, ó ponerle alguna señal de escarnio.

El baron salió á obedecer la órden que le habia dado el rey, y este quedó solo, reflexionando en los sucesos de aquella mañana, y especialmente en las profecías ominosas del solitario de Engaddi, cuyas voces resonaban aun en sus oidos, y cuyas miradas penetrantes, y animadas por el fuego de la

inspiracion, no podian borrarse de su fantasía. — ¡ Morir pronto y sin linage! decia á sus solas, ¡ y sin que me lamenten mis vasallos! Dura sentencia, y formidable oráculo, si merecieran fe los labios que le han pronunciado. Pero los Saracenos, que tan versados son en ciencias místicas, dicen que aquel en cuyos ojos la sabiduría del sabio no es mas que locura, inspira saber y espíritu profético en el destemplado cerebro del loco: y ese ermitaño tambien lee y estudia las estrellas, que es arte muy practicado en estas tierras, donde las antorchas del firmamento son objetos de especial idolatría. Quisiera haberle consultado acerca de la pérdida de la bandera, porque ni su santo fundador pudo haber manifestado nunca un fuego mas sobrenatural en sus ojos, ni mayor imperio y soberana unción en sus palabras... De Vaux ¿ qué noticias me traes del loco?

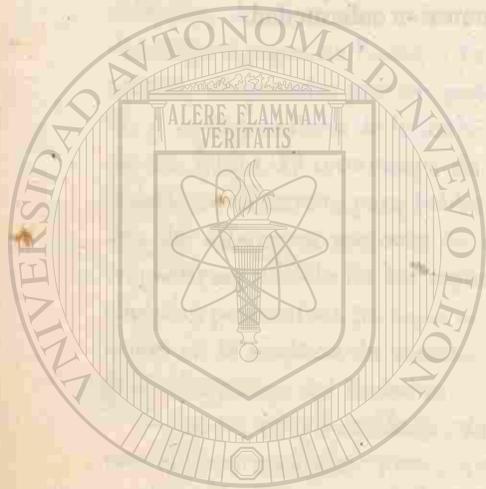
— ¡ Loco le llama vuestra magestad! respondió el baron. Llamadle mas bien Bautista, que viene del desierto á prepa-

rar los caminos al señor. Hase colocado en una de las máquinas militares del campamento, y desde ella está predicando á los soldados, como nunca se ha oido predicar desde los tiempos de Pedro el Ermitaño. Los tercios, alborotados por sus gritos acuden á él, y ya hay millares de hombres pendientes de sus labios. El interrumpe de cuando en cuando su discurso, para hablar á los soldados de diferentes naciones en sus lenguas respectivas, usando de los argumentos mas eficaces y persuasivos, para que se mantengan firmes en la empresa de rescatar de los infieles el sepulcro del Redentor.

— Eso sí, voto á san Jorje, dijo el rey, y viva el buen ermitaño: pero ¿ qué otra cosa puede producir la sangre de Godofredo? El infeliz desespera de su salvacion porque tuvo amores con una monja: hubiese sido una rica abadesa, y el papa le hubiera ya enviado una bula de composicion.

Al decir estas palabras, el arzobispo de Tiro pidió audiencia para rogar á Ricardo que asistiese, si su salud se lo permitia, á un

conclave secreto de los príncipes, y caudillos de la cruzada, y para darle cuenta de los incidentes políticos y militares que habian ocurrido durante su enfermedad.



CAPITULO V.

El arzobispo de Tiro era un emisario muy al propósito para comunicar á Ricardo, noticias y circunstancias que el Corazon de Leon no hubiera podido escuchar en otros abios, sin prorumpir en las mas violentas explosiones de cólera y resentimiento. Aun

con ser tan sagaz y respetable , no fué muy fácil al prelado inducir á Ricardo á que escuchase con paciencia , novedades inesperadas , que destruian todas sus esperanzas de rescatar el sepulcro de Cristo por fuerza de armas , y de adquirir aquella fama y nombradía , que toda la cristiandad estaba pronta á tributarle , como primer campeon de la santa cruz.

El arzobispo puso en noticia del rey de Inglaterra que el soldan Saladino estaba reuniendo toda la fuerza de las cien tribus que obedecian á su voz , y que los monarcas de Europa , disgustados ya , por diferentes motivos , de una expedicion tan aventurada y peligrosa , y que prometia serlo mas cada dia , habian resuelto abandonar y desistirse de su propósito. Dábales el principal ejemplo de esta determinacion, Felipe rey de Francia, el cual habia declarado positiva y solemnemente su resolucion de volver á Europa, protestando antes con la misma solemnidad, que no lo haria sino cuando su augusto hermano el de Inglaterra pudiese retirarse ó

permanecer, segun su gusto , con la mayor seguridad. Su gran vasallo , el conde de Champaña , estaba en las mismas intenciones , y no debia ser de extrañar , que Leopoldo , archiduque de Austria , afrentado y ofendido por Ricardo , pensase tambien en abandonar una empresa , de la cual era gefe su antagonista. Otros varios caudillos habian ya expresado los mismos deseos ; asi que el rey de Inglaterra , segun el aspecto que presentaban las cosas , no podia contar con otros auxilios , en caso de obstinarse en permanecer en Palestina , que con aquellos voluntarios , que á pesar de tan funesta perspectiva , deseasen agregarse al ejército de Inglaterra. En cuanto á las ayudas precarias de Conrado de Monerrate , y de las órdenes militares del Templo , y de San Juan , aunque sus juramentos les obligaban á combatir en defensa del sepulcro , su política debia oponerse á que un solo monarca tomase á su cargo la conquista , porque tanto el marques como los superiores de ambas órdenes , prefiriendo su propio engrandecimiento al bien de la cris-

tiandad, aspiraban á adquirir y establecer dominios independientes en la tierra de Palestina.

No fué necesario echar mano de muy sutiles argumentos para hacer ver á Ricardo cuan crítica y penosa era su situacion. Calmado el primer arrebato de cólera que todas estas novedades excitaron en él, se sentó tranquilamente, bajos los ojos, cruzados los brazos, inclinada la orgullosa cerviz, y oyó con paciencia los racionios y comentarios del arzobispo, sobre la imposibilidad de llevar adelante una cruzada, cuyos sostenedores y apoyos abandonaban la causa que hasta entonces habian defendido. Bastante comedimiento tuvo para escuchar sin interrupcion toda la arenga del prelado, aunque este, envalentonado por el silencio del rey se aventuró á decir que su impetuosidad y altanería habian contribuido en gran manera á desanimar á los príncipes, y á inspirarles el deseo de separarse de la expedicion.

— *Confiteor*, dijo Ricardo, con el mas profundo abatimiento, y con una sonrisa que

indicaba la amargura de su situacion, y el desprecio con que miraba á los otros príncipes cristianos. Confieso, reverendo padre, que tengo algunos motivos para darme de golpes en los pechos, y exclamar á gritos *mea culpa*. Pero ¿no es cosa terrible que algunas pocas miserables flaquezas me hayan valido una penitencia tan severa y dura, y que por dos ó tres raptos de impaciencia, me vea privado de pronto del mas rico de los galardones, viendo marchitarse las abundantes esperanzas que abrigaba en mi corazon, y que debian redundar en gloria de Dios, y en honor de la caballería? No se marchitarán empero. No... lo juro por el alma del conquistador. Mis manos plantarán la cruz en los muros de Jerusalem, ó los soldados de Inglaterra la plantarán en la huesa de Ricardo.

— Vuestra majestad, dijo el prelado, podrá obrar como su valor le dicte: lo que puedo asegurarle es que no se derramará en esta guerra una gota de sangre cristiana,

salvo la de los soldados que inmediatamente dependen de sus órdenes..

— Ni sarracena tampoco, señor arzobispo, exclamó el monarca. ¿ No es verdad? Es asunto tratado ya, y concluido. Las partes estan de acuerdo.

— Harta gloria será para vos, respondió el arzobispo, haber conseguido de Saladino, por fuerza de armas, y por el respeto que vuestra fama merece, tales y tan honrosas condiciones, como son, restituir el santo sepulcro á los cristianos, franquear la Tierra Santa á los peregrinos, establecer fortalezas para su seguridad, y sobre todo, afianzar la de la Palestina, confiando á Ricardo el título de custodio del santo sepulcro.

— ¡Cómo! exclamó Ricardo, centelleando sus ojos con extraordinario brillo. ¡ Yo... yo! ¡ Custodio del santo sepulcro! La victoria mas completa no bastaria á conseguir tanto, ganada con príncipes discordes, y con tropas desunidas. ¡ Y qué dice Saladino! ¡ Conservará sus derechos y autoridad en Jerusalem!

— Como soberano unido, y aliado, y confederado con el poderoso Ricardo, dijo el arzobispo, y, si se le permite, unido á su familia, por medio de un enlace matrimonial.

— ¡ Un enlace! dijo Ricardo sorprendido, mas no tanto como lo temia el prelado. ¡ Ah... sí! Edit de Plantagenet ¿ Lo he soñado yo, ó me han hablado acerca de ese negocio esta misma mañana? Mi cabeza está tan débil con los efectos de la fiebre, mis nervios estan tan agitados. ¿ Fué el Escoces, ó El Hakim, ó el ermitaño el que me dijo algo acerca de ese casamiento?

— Seria probablemente el anacoreta de Engaddi, dijo el arzobispo de Tiro, porque ha trabajado mucho en la materia. Desde que se han manifestado síntomas de descontento entre los príncipes de la cruzada, con anuncios de una inevitable separacion de sus fuerzas respectivas, ha tenido ese santo hombre muchas conversaciones y entrevistas con cristianos y Turcos, para convenir en las principales cláusulas de este convenio de pa-

cificacion, lisonjeándose con la esperanza de poder obtener por este medio, el objeto que toda la cristiandad se ha propuesto en esta guerra.

— ¡Mi prima, esposa de un infiel! exclamó Ricardo, quedando profundamente reflexivo y confuso.

El prelado creyó oportuno no perder tiempo, y prevenir los efectos de su ira.

— El consentimiento del papa, dijo, es lo primero de que se debe tratar, y el ermitaño, que es muy conocido en Roma, se encarga de pedirle, y obtenerle.

— ¡Cómo! dijo Ricardo. ¡ Antes que yo haya dado mi permiso!

— No por cierto, dijo el arzobispo, con voz suave y con tono respetuoso. Nunca se hubiera procedido á negocio tan arduo, sin vuestro expreso mandato.

— ¡ Casar á una doncella de la casa de Plantagenet con un pagano! dijo Ricardo, como dudando aun del suceso que se le acababa de referir, mas bien que reprobando ó desechando abiertamente la proposicion.

¡ Hubiera yo podido pensar en semejante alianza, cuando salté de la proa de mi galera, á la tierra de Palestina, como el leon que se lanza impetuosamente á su presa! Pero, seguid, reverendo padre. Oiré con paciencia cuanto tengais que decirme.

El arzobispo de Tiro vió con indecible satisfaccion que no era tan penosa ni arriesgada la empresa que se habia puesto á su cargo.

Por tanto entró en larga conversacion con Ricardo, sin dar tiempo á que se resfriasen tan buenas disposiciones, citando los matrimonios que en España se habian contraido entre guerreros sarracenos y doncellas cristianas, con la aprobacion y dispensa de la sede apostólica, y ponderando las incalculables ventajas que á toda la cristiandad resultarian de la union de Ricardo y Saladino, por medio de un vínculo tan sagrado. Habló por último, con gran uncion y vehemencia, de la probabilidad que Saladino abrazase la fe de Cristo, en caso de que fuese llevada á efecto la propuesta alianza.

— ¿Ha mostrado el soldan, preguntó Ricardo, alguna disposicion favorable á la ley del evangelio? Si asi es, no hay un monarca en la tierra á quien yo dé con mas satisfaccion la mano de mi prima que al noble, generoso y magnánimo Saladino. No digo mi prima, mi hermana misma le daria sin inconveniente, aun cuando en lugar de cetro y corona, solo tuviera que ofrecer su valiente espada, y su leal corazon.

Saladino, dijo el prelado, ha oido á los ministros de la religion, y aun á mí mismo, y á otros prelados, con dulzura y paciencia; sus respuestas y objeciones han sido blandas y comedidas: tarde ó temprano saldrá de las tinieblas del mahometismo. *Magna est veritas, et prevalebit.* Ademas de esto, el ermitaño de Engaddi, cuyas palabras nunca son vanas ni aéreas, cree que no tardará en haber una gran conversion de musulmanes y otros paganos, de resultas de este casamiento. El buen anacoreta sabe leer el curso de los astros. Las maceraciones de su carne, y su continua residencia en aquellos sitios

elevados, que fueron antes la mansion de tantos varones inspirados por el espíritu de Dios, le han merecido ciertas comunicaciones con el de Elias, santo fundador de su religion, el cual iluminó á Eliseo, hijo de Sofat, cuando le cubrió con su manto.

El rey Ricardo oyó el discurso del arzobispo de Tiro con cierto abatimiento y humildad.

— No sé como entenderlo: dijo, mas páreceme que esos frios y pusilánimes consejos de los príncipes de la cristiandad han comunicado á mi alma una tranquilidad letárgica, que no habia sentido antes. Hubo un tiempo en que hubiera hecho pedazos sin detenerme al primer lego que me hubiese hablado de semejante enlace; y si hubiera sido un eclesiástico, le habria escupido en el rostro, como á un renegado y discípulo de Baal. Confieso que ahora esa proposicion no me parece extraña ni injuriosa. ¿Porqué he de desechar la fraternidad de un Sarraceno valiente, justo, generoso; que aprecia y respeta á su enemigo, como si fuera su amigo

y compañero, en tanto que los príncipes de la cristiandad abandonan á sus aliados, y abandonan la causa del cielo y de la caballería? Pero dejemos esto si hemos de hablar en paz. Que me dejen tan solo dar un golpe en favor de la santa causa que hemos venido á defender, y en bien de esta liga de cristianos, si todavía puede dársele este nombre, y si no me sale bien, volverémos á tratar de ese plan que me proponéis. Por ahora, ni le acepto, ni le rehusó. Vamos al consejo, que ya es la hora señalada. Decís que Ricardo es fiero y orgulloso: vais á verle humilde y sumiso como la oveja.

El rey llamó á los oficiales de su servidumbre, que le ayudaron á ponerse veste y manto, de igual y oscuro color, y sin otra señal de la dignidad real, que una ligera diadema de oro, se encaminó con el arzobispo de Tiro hácia el consejo, cuyos individuos aguardaban su presencia, para dar principio á la sesión.

El pabellon del consejo era una gran tienda, á cuya puerta tremolaban dos ban-

deras. Una era la de la cruz; en la otra se veía la imágen de una muger hincada de rodillas; suelto el cabello, cubierto de dolor el rostro, en símbolo de la abandonada y viuda iglesia de Jerusalem, con una inscripcion que decia: *afflictæ sponsæ ne obliviscaris*: no te olvides de la esposa afligida. Entorno de la tienda, y á muchos pasos de distancia de ella, habia varios piquetes de alabarderos escogidos, afin de que nadie se acercase durante los debates, que á veces daban lugar á acaloradas y ruidosas disputas.

Allí pues estaban los príncipes y caudillos de la cruzada, aguardando la llegada del rey de Inglaterra, y el tiempo que tardó en conversar, como lo hemos visto, con el arzobispo de Tiro, le fué en cierto modo desventajoso, porque sus enemigos y antagónistas le emplearon en censurar su orgullo, altanería y sed de mando, citando muchos lances que lo probaban, y aun alegando también su tardanza, como un testimonio de la superioridad, que sobre todos los

gefes de la cruzada queria ejercer. Fortificáronse unos á otros en sus malévolas intenciones, alegando las circunstancias mas pequeñas é insignificantes, y sin atreverse á confesar, que la superioridad que Ricardo se arrogaba, procedia en gran parte, del respeto involuntario que le tributaban hasta sus mismos malquerientes, como un homenaje que no le podia negar quien conocia sus altas y generosas prendas.

Todos estaban de acuerdo en recibirle á su entrada con fria indiferencia, y sin otra señal de cortesía que la que rigurosamente exigia el ceremonial. Pero cuando vieron aquel elevado y magestuoso continente; aquel semblante, que aunque pálido todavía de resultas de su última dolencia, reunia la gravedad y la dulzura, aquellos ojos que los trovadores y poetas llamaban brillantes estrellas de la batalla, y astros de la victoria; cuando su presencia guerrera y airosa les trajo á la memoria tantas memorables hazañas, tantos rasgos increíbles de fuerza y de valor, todos ellos, sin exceptuar al envidioso

rey de Francia, ni al rencoroso y agraviado archiduque de Austria, se alzaron espontáneamente de sus asientos, y rompieron en altas aclamaciones que decian: «Viva el re y Ricardo de Inglaterra; viva y prospere el grande y valiente Corazon de Leon.»

Ricardo contestó con afabilidad y dulzura, dando gracias por estos testimonios de aprecio, y expresando la satisfaccion que le causaba el verse otra vez en medio de sus nobles hermanos, los caballeros de la cruzada.

— Algunas breves razones quisiera dirigir á esta augusta asamblea, tales fueron las palabras de Ricardo, tocante un negocio, de poca importancia sin duda, pero cuyas resultas, sin embargo, pueden contribuir al bien de la cristiandad, y á la prosperidad de nuestra santa empresa.

Los príncipes se sentaron, segun el orden respectivo de sus dignidades, y mantuvieron un profundo silencio.

— En este dia, continuó Ricardo, celebra le Iglesia nuestra madre, una de sus

grandes festividades, y es propio de cristianos, sobre todo cuando se hallan empeñados en una guerra cuyos fines son tan elevados y justos, reconciliarse con sus hermanos, y confesarse mutuamente sus flaquezas. Nobles príncipes, y padres de esta santa expedición, Ricardo es un soldado; su mano está siempre mas apercebida que su lengua; y su lengua solo habla el idioma de la tosca y dura profesion de las armas. Mas no se menoscabe la gran causa de la redencion de Palestina, por las acciones inconsideradas, y desacordadas razones de Plantagenet. No renuncien tan esforzados capitanes, y príncipes ilustres á la fama que pueden ganar en la tierra, y á las muy mas dignas recompensas celestiales que esta guerra les promete, solo por las imprudencias de un soldado, y por la insensatez de sus discursos, duros como el acero que desde su temprana niñez está manejando. Si Ricardo ha faltado á alguno de vosotros, Ricardo hará la debida reparacion de obra y de palabra. Noble

hermano de Francia ¿he tenido yo la desventura de ofenderte?

— La magestad de Francia no tiene que pedir reparacion alguna á la de Inglaterra, respondió Felipe, con apacible dignidad, aceptando al mismo tiempo la mano que Ricardo le ofrecia. Cualquiera que sea mi opinion sobre la prosecucion de esta empresa, estriba tan solo en razones particulares y en las circunstancias interiores de mis reinos, y no ciertamente en ningun sentimiento de envidia ni enemistad para con mi real y muy valeroso hermano.

— Austria, dijo Ricardo, encaminándose con aire de franqueza y magestad al archiduque Leopoldo, que se puso inmediatamente en pie, á manera de un automóta, cuyos movimientos dependen de un impulso exterior. Austria se cree ofendida por Inglaterra; Inglaterra cree que tiene razones para quejarse de Austria. Perdónense mutuamente sus injurias, á fin de que no se rompa la paz de la Iglesia, ni la concordia de las huestes de la cruzada. Juntos nos hemos alistado, y

juntos combatimos por la mas gloriosa y santa de las banderas : la bandera de la salvacion : dejemos pues á un lado mezquinas rencillas, y odiosas rivalidades acerca de los símbolos de nuestras dignidades terrenas. Solo requiero, y solo pido que Leopoldo de Austria restituya el pendon de Inglaterra si le tiene en su poder, y Ricardo dirá, aunque no tiene para ello otro motivo que el bien de la santa Iglesia, que se arrepiente del colérico arrebató que le indujo á insultar el pendon de Austria.

Leopoldo no dió respuesta alguna á este discurso de Ricardo Sus miradas estaban fijadas en la tierra, y en su rostro se pintaban la confusion, el odio y la incertidumbre; todo lo cual, junto con el natural embarazo y lentitud de su índole, le estorbaba hallar palabras para responder debidamente en tan delicadas circunstancias.

El patriarca de Jerusalem se apresuró á sacarle de su apuro, y tomó la palabra para asegurar, como testigo de vista, que Leopoldo se habia lavado por medio de un jura-

mento solemne, de toda inteligencia y participacion directa ó indirecta en la agresion cometida contra el estandarte de san Jorge.

— Entonces, dijo Ricardo, confesaré que he menoscabado el honor de Austria, y agraviado injustamente al noble archiduque. Imploro su perdon por haberle imputado accion tan indigna y cobarde, y le presento mi mano en señal y prenda de amistad y fraternidad. Pero ¿ qué es esto ? ; Austria rehusa mi mano desnuda, como rehusó antes mi guante de malla ! ; Qué ! ; Ni serémos compañeros en paz, ni enemigos en guerra ! Bien... sea asi ! Tomaré la poca estima en que me tiene, por penitencia del daño que le he hecho en un momento de exasperacion, y nada nos deberémos uno á otro.

Al acabar estas palabras se volvió á su asiento, mirando al archiduque con mas dignidad que desprecio, en tanto que el Austriaco pareció tan aliviado, al verse libre de aquel crítico encuentro, como el tímido muchacho cuando sale de la presencia de su inflexible pedagogo.

— Noble conde de Champaña, continuó Ricardo, ilustre marques de Monserrate, valiente gran maestre de los templarios, aquí teneis á un penitente contrito y humillado. ¿Teneis algunos cargos que hacerme? ¿Alguna satisfaccion que demandarme?

— Yo tan solo tengo que presentar una queja contra el rey de Inglaterra, dijo el boquidulce Conrado, y es que coge para sí todos los laureles que produce la tierra de Palestina, y no deja á sus hermanos una sola rama, con que puedan adornar sus frentes.

— Mi acusacion, si se me da la venia de presentarla ante los nobles príncipes de la cruzada, dijo el maestre de los templarios, es mas grave y de mas consecuencia que la del ilustre marques de Monserrate. Extraño parecerá que solo alee la voz en esta ocasion un fraile soldado, mientras enmudecen tantos altos personages, y acreditados caudillos: pero importa á la hueste entera de caballeros cruzados, y tambien importa á Ricardo de Inglaterra, que se explanen en su presencia, los cargos que en su ausencia con tan

fundadas razones se le hacen. Nosotros todos alabamos, y tenemos en gran aprecio y estima el valor, y las ínclitas proezas del rey de Inglaterra; pero todos tambien desaprobamos, y no podemos sobrellevar esa superioridad que se arroga, esa precedencia que reclama, y de que se apodera, con respecto á unos príncipes independientes, que por ningun motivo deben someterse á tan manifiesta violacion de su igualdad. De nuestra libre y plena voluntad seriamos, sin duda alguna, en gran manera condescendientes con quien ha traído á la hueste de Cristo tanta intrepidez, tanto celo, tanta riqueza y tanto poder; pero cuando exige como legítimos derechos lo que pudiera y debiera aguardar de nuestra cortesía y favor, degrada, menoscaba y envilece á sus hermanos y aliados, cual si fueran sus vasallos y pecheros, humillando á los ojos de nuestros soldados y súbditos, el lustre de nuestra autoridad, como si no nos fuera dado ya ejercerla. Puesto que el valiente Ricardo quiere que se le hable la verdad, puesto que

la pide con tanta sencillez y franqueza, no extrañe ni se enoje al escucharla de uno que ha renunciado á las pompas de este mundo, y á cuyos ojos la autoridad temporal es nada, salvo en cuanto pueda conducir á la prosperidad del templo de Dios, y á la humillacion del leon que ruge en busca de una presa que devorar. La verdad quiere saber, y la verdad he dicho, y esta verdad puede ser confirmada, y lo es en efecto por todos los que me oyen, por mas que les cierre los labios el respeto.

Ricardo mudó muchas veces de color, en tanto que el gran maestro dirigia este violento y descubierto ataque á su conducta. El murmullo de aprobacion con que fué recibido el discurso por los príncipes de la asamblea, le dió á conocer que todos ellos asentian en la justicia de la acusacion. Aunque se hallaba tan resentido como avergonzado, al verse expuesto á las hostilidades de sus enemigos, conoció que si daba rienda suelta á los impulsos de su corazon, facilitaba un triunfo seguro á su frio acusador, que quizas no tenia otro objeto que irritarle

en presencia de los otros caudillos, y estrecharle á salir de la moderacion que tan ilustre reunion de magnates imponia. Por tanto reprimiendo con nuevo esfuerzo la pasion que en aquel momento le dominaba, se mantuvo en silencio, hasta haber repetido en voz baja un paternoster, que era el remedio que le habia dado su confesor, como el mas seguro y eficaz, para calmar los empujes de su ira. El rey habló despues en los términos siguientes, con comedimiento y apacibilidad, pero con algunos visos de amargura, que se notaron sobre todo al principio de su discurso.

— ¿Y no es mas que eso? ¿Y tantas dificultades han hallado mis hermanos en descubrirme las flaquezas de mi índole, y la precipitacion y ceguedad de mi celo, que á veces involuntariamente, y sin intento premeditado, me lleva á dar la voz de mando, cuando quizas seria mas acertado y mas prudente consultar á mis iguales, y obrar de acuerdo con su parecer? Lejos estaba yo de pensar que esas ligeras ofensas, á que alude

6.

el valiente gran maestre de los templarios, y en que la intencion no tiene la menor parte, hubieran echado tan profundas raices en los corazones de unos príncipes cristianos, no menos prudentes que generosos. ¿Podía yo sospechar siquiera que por causa mia alzarían la mano del arado mis compañeros, cuando tan poco espacio queda para acabar el surco? ¿Que solo por mi causa se detendrían á las puertas de Jerusalem, cuando sus aceros han sabido abrirles el camino? En vano me envanecía yo con la esperanza de que mis pobres servicios contrapesarian el recuerdo de mis errores. En vano me consolaba la idea de que siempre he sido el primero en el ataque, y el último en la retirada; si mi bandera ondeaba en los campos conquistados por mi acero, esta era la única ventaja que me satisfacía, en tanto que otros se enriquecían con los despojos. Pude llamar mia la ciudad sometida, y cedí su dominio á otros. Quizas habré formado planes temerarios, pero no he escaseado mi sangre ni la de los míos, para llevarlos á ejecución. Quizas

en la confusion de la marcha ó de la accion, he tomado el mando de huestes ajenas; pero sus soldados han sido tratados como los míos, y con dinero de mis cofres se les han proporcionado víveres y medicinas, que sus propios soberanos no podían suministrarles. Mengua es, señores príncipes, recordar lo que ninguno sino es yo hubiera debido olvidar. Pensemos en cosas de mas peso; pensemos en el porvenir, y no haya miedo que el orgullo, ni la temeridad, ni la ambicion de Ricardo sirvan de obstáculo en el camino á que la religion y la gloria os llaman. No, no, jamas. No sobreviva yo al pensamiento de que mis flaquezas y enfermedades han disuelto y relajado los vínculos de paz y de concordia que ligan á los príncipes del ejército de la cruz. Cortárame la mano izquierda con la derecha, si así fuera preciso para atestiguaros mi sinceridad. Cederé, si queis, todo mando, toda autoridad en las huestes, y aun en las de mis vasallos naturales. Mándelos y gobiérnelos el príncipe que designeis. Su soberano trocará el baston de gefe

por la lanza de aventurero, y se alistaré bajo los órdenes de Beau-Seant, en los escuadrones de los templarios; ó seguirá el pendon de Austria, con tal de que un hombre de pro le conduzca. Empero si estais cansados de esta guerra, y el peso de la armadura os abruma y molesta, dejad á Ricardo diez ó quince mil hombres de las tropas que mandais, para que pueda llevar á cabo el cumplimiento de vuestro voto; y cuando se rescate la ciudad santa, cuando los hijos de la cruz se apoderen de Sion, no se escriba en sus puertas el nombre de Ricardo Plantagenet, sino los nombres de los príncipes generosos con cuyos auxilios se complete la gran obra del triunfo del cristianismo.

La enérgica elocuencia, y la expresion animosa y determinada del heróico monarca, excitaron de pronto los abatidos espíritus de los príncipes cruzados, encendieron su devocion, y fijando todo su interes y todo su celo en el objeto de la empresa que habian jurado llevar á cabo, hicieron avergonzar á muchos de ellos de la parte que habian to-

mado en disensiones fundadas sobre tan frá-giles cimientos. Miráronse unos á otros como si mutuamente se alentasen á la pelea, y muy en breve sus aclamaciones respondieron unánimemente al impulso que habia comunicado á sus almas la voz sonora é irresistible de Corazon de Leon. Todos prorumpieron en el grito de guerra con que Pedro el Ermitaño conmovió la Europa, y cubrió de guerreros cristianos las playas del Oriente. « Dios lo quiere, Dios lo quiere. A Jerusalem, á Jerusalem. » A estos gritos siguieron las expresiones de la admiracion y de la confianza que inspiraban las heróicas prendas del monarca ingles. Todos te seguiremos: mándanos tú con formidable acero. Ninguno es mas digno de guiar á los valientes. ¡ Bendito sea el que nos envia el brazo que ha de ejecutar sus preceptos.

Los gritos mil veces repetidos de los príncipes que estaban reunidos en el pabellon del consejo, llegaron á oidos de los piquetes de alabarderos que formaban la guardia del circuito exterior, y muy en breve resonaron

entre los diferentes tercios del ejército de la cruzada, que sea por efecto de la ociosidad, ó por influjo del clima, habian empezado á desanimarse y á perder el brio que en tantas ocasiones habian manifestado. Pero la presencia de Ricardo y el bélico rumor que de la tienda del consejo salia, bastaron á revivir el entusiasmo amortiguado de las tropas. Millares de voces repetian en confusa algazara y en diferentes idiomas: «A Sion, á Sion. Guerra contra los infieles. A las armas, á las armas. Dios lo quiere: Dios lo quiere.»

Las voces del ejército llegaron á oídos de los príncipes, y redoblaron su fervor. Los pocos que hasta entonces babian permanecido indiferentes, temieron que se sospechase su celo y su religion. Solo se hablaba en el consejo de marchar intrépidamente á Jerusalem cuando terminase la tregua; solo se trataba de medidas necesarias para aprovisionar y aumentar los tercios. El consejo se separó con todas señales de la huena fe y de la resolucion decidida de marchar al enemigo; mas estas intenciones, que nunca habian existido

en los ánimos de algunos príncipes, en breve se resfriaron y desvanecieron en los de los otros.

El marques de Monserrate y el gran maestro de los templarios, que eran los mas opuestos á la prosecucion de la empresa, se retiraron juntos á sus cuarteles, inquietos y poco satisfechos con las ocurrencias del dia.

— Ya te lo habia dicho, marques, dijo el templario, con la amarga sonrisa que caracterizaba su fisonomía: Ricardo romperá la armazon de tus tramas y enredos, como el leon rompe los débiles tejidos de la araña. Ya lo has visto. Con solo abrir la boca, ha hecho lo que ha querido de esa manada de insensatos, como el viento disipa y arrebatá las pajas de una era.

— Cuando el viento ha pasado, respondió el marques, las pajas vuelven á caer al suelo.

— Pero, ¿no ves ademas, dijo el templario, que tú mismo has echado á perder el negocio, y que Ricardo puede aceptar el convenio que tan contrario á sus ideas y sentimientos te parecia? Buena la has hecho,

amigo Conrado. De modo que si esta efervescencia pasa, y los príncipes persisten en retirarse, y Ricardo queda solo y á sus anchas, no por eso dejará de ser rey de Jerusalem, si conviene en ello Saladino, y se estipula asi en el tratado.

— Por Mahoma, y por las barbas de todos los califas, dijo Conrado, ya que no es moda echar juramentos cristianos, que eres un pobre hombre si te imaginas que Ricardo consentirá jamas en unir la sangre de Plantagenet con la de un soldan mahometano. Toda mi política se ha esmerado en introducir en el convenio una cláusula que siempre mirará con horror este altivo isleño, puesto que tan malo seria para nosotros que fuese rey por pacto ó por derecho de conquista.

— Tu política no ha sabido calcular las disposiciones de Ricardo, respondió el gran maestro: yo las conozco, por ciertas cosas que me ha referido el arzobispo. ¿De qué ha servido todo ese alboroto que has fraguado sobre la bandera? El caso que se ha hecho del tal incidente, es el que en realidad mere-

cian dos varas de terciopelo bordado. Marques, tu ingenio, empieza á flaquear, y de ahora en adelante solo pondré confianza en mis propios designios. ¿Tienes alguna idea de esa gente que los Sarracenos llaman charegitas.

— Sí, dijo el marques; son unos entusiasmados devotos y fanáticos que sacrifican la vida al triunfo y á los progresos de su religion... asi... por el estilo de los templarios, con la diferencia de que van de buena fe, y nunca se detienen ni retroceden de su propósito.

— No es tiempo de chanzas, dijo el templario; sabe pues que uno de esos charegitas ha hecho voto de quitar la vida al que ellos miran como el principal y mas formidable enemigo de su religion.

— Excelente Turco, dijo Conrado, y Mahoma le dé el paraiso en galardón.

— Ha caido en manos de uno de nuestros escuderos, dijo el gran maestro, y habiéndolo yo examinado privadamente, ha confesado de plano su proyecto.

— El cielo perdone, dijo Conrado, á

quien le impide llevar adelante su designio.

— Es mi cautivo, continuó el templario, y le tengo separado de los otros y privado de toda comunicacion; pero un cautivo puede escaparse de su prision.

— Por supuesto, dijo el marques, y sobre todo, cuando el que le guarda deja sin remachar la cadena.

— Si en efecto se escapa, dijo el templario, no haya miedo que desista del cumplimiento de su voto, porque estos alanos no abandonan la pieza, una vez que la han husmeado.

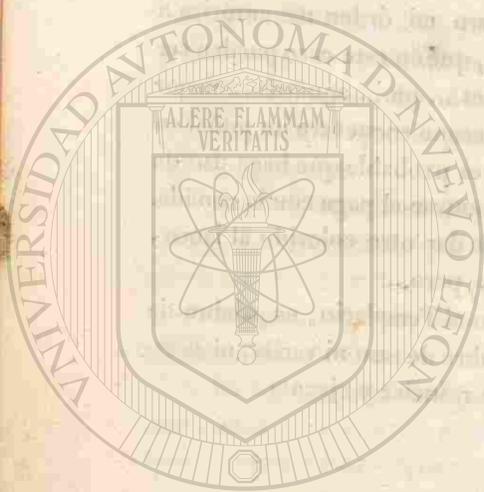
— No hablemos mas, dijo el marques; ya veo adonde vas á parar. El medio es horroso: pero las circunstancias son muy urgentes. El refran dice que los muertos no hablan.

— Dígotelo porque no te coja descuidado el tumulto, continuó el templario; y porque no sabemos donde irá á descargar la rabia de los Ingleses. Hay otro grande inconveniente. Mi page sabe las intenciones de este charegita, y es ademas un mozalvete

presumido y entonado, que quiere que yo vea todo por sus ojos, y no por los mios. Quisiera deshacerme de él, y ojalá lo hubiera hecho antes. Pero mi orden me autoriza á ciertas medidas, que en este caso pueden ser muy couducentes.... no.... aguarda.... mejor será que el Sarraceno encuentre un puñal en su calabozo, y es probable que haga uso de él, cuando vea entrar al page con la comida.

— Eso puede dar otro colorido al lance, dijo el marques, pero...

— Pero, dijo el Templario, es palabra de necios. El hombre de seso ni vacila, ni se retrata; sino que resuelve y ejecuta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPITULO VI.

Ricardo, desprevenido objeto de la negra traición referida al fin del capítulo precedente, persuadido de haber estrechado los vínculos que unian á los príncipes cristianos, y de haber arraigado en sus corazones los deseos de llevar á cabo la gran empresa del res-

cate del sepulchro de Jesucristo, creyó oportuno tratar de restablecer la paz en su familia; y hallándose ya calmada la agitacion que en él habia producido la pérdida de la bandera, se halló dispuesto á indagar con madurez y sangre fria las circunstancias de aquel suceso, y las relaciones que existian entre su prima Edit de Plantagenet, y el caballero del Leopardo.

Sir Tomas De Vaux pasó á la tienda de la reina, y en su presencia, y en la de las damas de su servidumbre, expuso que el rey mandaba llamar inmediatamente á Lady Calista de Montgaillard, primera camarera de Berenguela.

— ¿Qué será de mí? dijo temblando la cuitada doncella. ¿Qué he de responder á sus preguntas? Capaz es de matarme.

— Nada temais, noble dama, repuso el baron; su magestad ha perdonado al caballero escoces, que era el reo principal; y le ha puesto á disposicion del físico sarraceno. No es posible que se manifieste muy severo con una dama, por muy criminal que sea.

— Saca de tu cabeza alguna historia peregrina, dijo la reina. Ricardo tiene sobrado que hacer en asuntos mas graves, y no irá á hacer otras indagaciones sobre la verdad.

— Referid el suceso como ha pasado, dijo Lady Edit, ó si no, lo sabrá de mi boca.

— Con la venia de vuestra magestad, repuso De Vaux, mi opinion es que se adopte en esta ocasion el acertado consejo de lady Edit: porque aunque el rey Ricardo dará entera fe y crédito á lo que vuestra magestad le diga, no creo que tenga la misma condescendencia con lady Calista, en el asunto de que se trata.

— El baron de Gilsland tiene razon, dijo lady Calista, cada vez mas agitada con la idea de su próxima conversacion con el rey, y ademas que aun cuando me fuera posible forjar alguna historia, creo que me faltaria presencia de espíritu, para contarla de manos á boca al rey.

Lady Calista fué conducida por De Vaux á la tienda de Ricardo, y, como se lo habia propuesto, le declaró paladinamente todo lo

que habia ocurrido, sin omitir la menor circunstancia de los artificios de que el pobre sir Kenneth habia sido víctima, disculpando á lady Edit, porque estaba segura que ella sabria muy bien hacerlo, y echando toda la culpa á la reina Berenguela, con cuyo nombre pensaba quedaria bastante escudada la imprudencia. En efecto, Ricardo era un excelente marido; era casi el amante de la reina. El primer ímpetu de su cólera habia pasado, y ya no era tiempo de reñir por lo que no se podia reparar. La diestra lady Calista, acostumbrada desde su temprana juventud á los manejos y enredos de palacio, y á espiar los gestos y las palabras de los personajes, corrió á la tienda de la reina, á prevenirle que Ricardo vendria muy en breve á hacerle una visita, añadiendo de su caudal un largo comentario, fundado en sus propias observaciones y conjeturas, de las que inferia que la intencion del rey era presentarse con aspecto severo, lo bastante para que Berenguela se manifestase arrepentida de su ligereza, en vista de lo cual el rey concederia su perdon

á todas las que habian tomado parte en el negocio.

— ¿Piensas tú, dijo la reina, que el viento sopla ahora por ese lado? Pues cree que por grande que sea la autoridad del rey de Inglaterra, le ha de ser difícil intimidarme, pues como acostumbran decir los pastores de los Pirineos allá en mi amada Navarra: «muchos hay que van por lana, y vuelven trasquilados.»

Habiéndose enterado menudamente de todos los pormenores que Calista le comunicó, Berenguela se vistió con particular esmero, y aguardó sin recelo la venida del heróico Ricardo.

Al entrar este en el pabellon de su esposa, se halló en la situacion de un príncipe que penetra por una provincia sublevada, creyendo que arrepentidos los culpables solo aguardan su presencia para ofrecerle su sumision, é implorar su piedad, y de pronto se halla con nuevas ofensas, nueva desobediencia y nueva insurreccion. Berenguela conocia el poder de su hermosura y de sus gracias; el imperio que ejercia en el corazon de su es-

III. 7

poso, y la facilidad con que le reduciría á su propia voluntad, una vez que hubiera pasado, sin dejar trazas injuriosas, el primer ímpetu de su cólera. Lejos de mostrarse avergonzada y sumisa, mientras Ricardo la reprendía y amonestaba, tomó denodadamente la palabra para defender y justificar lo que habia hecho, como un juego inocente del cual nadie podia agraviarse. Negó con donosos subterfugios que Nectabano estuviese autorizado á sacar al caballero fuera del monte de San Jorge, y en esta parte lo realmente cierto, era que el enano no llevaba orden de introducir á sir Kenneth en la tienda de la reina. Berenguela insistió elocuentemente en esta parte de su defensa, y de aquí tomó pie para reconvenir al monarca por su dureza y crueldad, en rehusar á su esposa la vida de un desgraciado, que por ella sola se habia comprometido, y habia faltado á su deber. Lloró, suspiró, sollozó, y ponderó los tormentos que hubieran atosigado todo el curso de su existencia, si con tan inhumano rigor se hubiese castigado un

crímen, á que ella habia dado inocentemente motivo, ignorando los usos de la caballería, y las leyes de la disciplina militar. «La infeliz víctima, dijo, me habria atormentado en mis sueños, y como tantas veces ha ocurrido en semejantes ocasiones, segun las historias nos dicen, su espectro no se hubiera separado de mi lado en las calladas horas de la noche. Tal era la vida desventurada que me aguardaba, y ¿quién hubiera sido la causa de tan insufrible tormento? Vos... vos, que tantas veces os habeis manifestado dócil á una mirada de mis ojos, y que sin embargo estabais decidido á ejercer un acto de venganza, no ignorando cuáles serian sus resultados.»

Todo este torrente de elocuencia femenina llevó el acostumbrado acompañamiento de lágrimas y suspiros, y el gesto, y el tono de voz de la reina, manifestaban que su resentimiento no procedia, ni de orgullo, ni de obstinacion, sino de la pena que le causaba ver el poco influjo que ejercia en el corazon de su esposo.

El buen Plantagenet se halló entonces en uno de los mayores embarazos de su vida. Procuró en vano entrar en conversacion razonada con Berenguela; mas ella le interrumpia á cada paso, lamentándose de haber perdido el afecto de quien tantas veces se lo habia jurado, y en vano tambien hubiera querido hacer uso de su autoridad, con una criatura tan hermosa, y cuya afliccion parecia tan sincera y profunda. No le quedaba mas recurso que tomar la defensiva, y asi lo hizo, combatiendo suavemente los recelos de su esposa, rogándola que se desenojase, y haciéndole ver sobre todo que era inútil recordarse de lo pasado con remordimiento y con temor de consecuencias sobrenaturales, puesto que sir Kenneth estaba vivo y sano, por la intercesion de un médico árabe, que mas que ningun otro poseia el arte de prolongar los dias de su protegido, y conservar ilesa su salud. Mas esta excusa lejos de suavizar á la reina, aumentó su exasperacion, y le dió lugar á nuevas reconven- ciones sobre la facilidad con que Ricardo

habia concedido á un curandero, á un infiel, la gracia que su esposa le habia pedido de rodillas. A estos nuevos ataques, el rey empezó á perder la paciencia, y aunque refrenó cuanto pudo su mal humor, no pudo menos de responder con gravedad y firmeza: — Berenguela, ese curandero, ese infiel me ha salvado la vida. Si esta vida tiene algun precio á tus ojos, no te ofenderás cuando sepas que el médico no quiso admitir otra recompensa que la vida del Escoces.

La reina vió que habia sacado el mayor partido posible de sus artificios, puesto que los habia llevado hasta donde su propia seguridad lo permitia.

— Ricardo, dijo, ¿porqué no me habeis proporcionado la satisfaccion de expresar á ese sabio mi gratitud? ¿Pensais que no me hubiera sido grato conocer á quien ha salvado la flor de la caballería, la gloria de la Inglaterra, el ancla de las esperanzas, y la antorcha de la vida de la pobre Berenguela?

La disputa matrimonial terminó muy en

breve á satisfaccion de ambas partes, y á fin de satisfacer en algun modo los fines de la justicia, Ricardo y Berenguela quedaron de acuerdo en echar toda la culpa á Nectabano, el cual, con su esposa Ginebra, fué condenado á perpetuo destierro de la corte: medida á que la reina no se opuso por estar ya cansada de los chistes de aquellos personajes. El cuitado enano hubiera recibido además una buena dosis de azotes, á no haber asegurado Berenguela que ya se le habia aplicado castigo corporal. Debiendo enviarse muy en breve un emisario á Saladino, para noticiarle la determinacion que habia tomado el consejo de renovar las hostilidades inmediatamente que espirase la tregua, y queriendo aprovecharse Ricardo de aquella ocasion para remitir un regalo al soldan, en agradecimiento de los servicios de El Hakim, convinieron Ricardo y Berenguela en que los dos enanos formarian parte de aquel don, como curiosidades que por la extrañeza de sus formas y de su humor, podian divertirle en sus ratos de descanso.

Ricardo tuvo que sostener aquel dia otra lucha con un enemigo tan débil como Berenguela, á saber, con Edit de Plantagenet, á quien se propuso hablar con dignidad é indiferencia; porque aunque era hermosa, y gozaba de toda la estimacion de su primo, y aunque este tenia ya suficientes motivos para disipar sus injustas sospechas, al cabo no era ni su esposa ni su querida, y el rey no temia tanto sus reconvenciones, aunque fundadas en razon, como las de Berenguela, con ser tan aéreas y fantásticas. Habiendo deseado hablarle á parte, entró en su alojamiento, inmediato al de la reina, cuyas dos esclavas coptas habian permanecido arrodilladas en un rincon durante toda la entrevista. Edit estaba cubierta de un delicado velo negro, cuyos anchos pliegues envolvian la graciosa y elevada persona de la ilustre doncella; el resto de su trage era sencillísimo y modesto. Alzóse, cuando vió entrar al rey, hizole una profunda reverencia, y por su mandato volvió á tomar asiento. Ricardo se sentó á su lado, y Edit se mantuvo,

callada, esperando que el rey empezase la conversacion.

Ricardo, que solia tratar á Edit con la familiaridad que el parentesco permitia, quedó algun tanto confuso á tan inesperado recibimiento, por lo que se vió embarazado acerca del lenguaje de que debia usar en aquella ocasion.

— Mi hermosa prima, dijo al fin, está todavía enojada. Confíesole que han sido graves y poderosas las circunstancias que me han inducido, aunque sin fundamento real, á sospecharla de una conducta harto diferente de la que ha seguido en el curso de su vida. En este oscuro valle en que estamos condenados á peregrinar algunos años, no es de extrañar que nos extravien las sombras, y nos ofusquen la luz. ¿Será posible que no se le perdone al vehemente Ricardo una falta de este especie?

— ¿Quién puede negar perdon á Ricardo, dijo Edit, si Ricardo logra el perdon del rey?

— Querida prima, dijo Ricardo, ya esta

es demasiada gravedad. Por la vírgen nuestra señora que me asustas con ese aspecto grave y melancólico. Con ese fúnebre velo pareces una viuda, ó á lo menos una tierna amante que acaba de perder al bien amado de su corazon. Na hay motivo para tanta pena: ya debes saberlo. ¿A qué viene pues ese luto?

— Por el honor perdido de Plantagenet, dijo Edit; por la gloria borrada de la casa de mi padre.

— ¡ Honor perdido! exclamó Ricardo, arrugando la frente. ¡ Gloria borrada! Pero tú tienes licencia para decir lo que gustes, y como yo te he tratado con alguna injusticia, sin duda quieres vengarte, tratándome con sobrada dureza. Díme á lo menos cuál es la falta que he cometido.

— Plantagenet, dijo Edit, hubiera debido ó castigar una ofensa, ó perdonarla. Impropio es de su grandeza entregar hombres libres, cristianos, y bravos caballeros á los hierros de un musulman: ageno es de su condicion vender una vida á precio de una

libertad. El último suplicio hubiera sido crueldad, pero con alguna sombra de justicia; la esclavitud es tiranía descarada.

— Ya veo, amada prima, respondió el monarca, que tú eres de las que opinan que á muertos y á idos no hay amigos, y que tanto monta tener al galan lejos, como no tener ninguno. Consuélate: veinte buenos ginetes estan á mis órdenes para ir en pos del desterrado, y sacarte de tu inquietud, si acaso es depositario de algun secreto que haga necesaria su muerte, y peligroso su destierro.

— Basta de chanzas indecorosas, dijo Edit, cubierta involuntariamente de rubor. Valiera mas que te arrepintieras de haber dado rienda suelta á tu ánimo vengativo, con lo que has privado á esta gran empresa de uno de sus miembros mas útiles; has alejado de la cruz uno de sus mas intrépidos defensores; has librado un servidor del Dios verdadero á las manos de los infieles. A tu misma reputacion y buen nombre has hecho daño, puesto que no habrá quien no diga

en todo el campamento: Ricardo se ha deshecho del hombre mas valiente de su ejército por temor de que le eclipsase algun dia su fama.

— ¡Yo, yo! exclamó Ricardo, notablemente resentido. ¿Dónde está el hombre de cuya fama puede tener envidia Ricardo? Quisiera que aun estuviera en el campamento, y nos veríamos las caras. Hombre á hombre, y cuerpo á cuerpo, y dejando á parte los respetos y el esplendor de la corona, saldria á su encuentro en el campo, y viéramos entonces si Ricardo Plantagenet tiene que temer la fama ó las proezas de algun otro mortal. Edit, tú no dices lo que piensas. ¿Porqué has de ser tan injusta con quien desea conservarse en tu buena opinion tanto como en la del que mas? ¿Es acaso efecto del enojo que produce en tí la ausencia de tu amante?

— La ausencia de mi amante! dijo lady Edit. Bien merece ese título quien á tanta costa lo ha pagado. Indigna era yo de su homenaje y adoracion, porque sábete que

yo era la luz que le guiaba en la noble senda de la caballería : pero quien diga que yo he olvidado mi condicion, ó que él ha pasado de los límites de la suya, aunque tenga una corona en la cabeza, falta á la verdad, y calumnia á dos inocentes.

— Palabras me atribuyes, amada prima, dijo Ricardo, que no han salido de mis labios. No he dicho yo que hayas concedido á ese hombre otros favores que los que un buen caballero, sea cual fuere su gerarquía, puede solicitar de la princesa mas encumbrada. Pero por la virgen, que yo sé lo que son amoríos; que empiezan con mudo respeto y tímido catamiento; y luego la ocasion trae consigo la familiaridad, y luego... pero de nada sirve hablar con quien se cree mas juiciosa y mas cumplida que los siete sabios de Grecia.

— Los consejos de mi augusto primo, dijo Edit, me serán siempre gratos, con tal de que no ofendan mi honor ni mi carácter.

— Los reyes, prima mia, dijo Ricardo, no aconsejan, que mandan.

— Los soldanes querrás decir, respondió Edit, que son los que reinan sobre esclavos.

— No es estraño, dijo Ricardo, que tanto desprecie á los soldanes, quien en tan alta estima tiene á los Escoceses : pero has de saber, Edit, que mas confiaria yo en la palabra y en la fe de Saladino, que en la de Guillermo de Escocia, no obstante el sobrenombre de Leon con que pretende ilustrarse. Ya ves en lo que han venido á parar los grandes refuerzos de hombres que tantas veces me ha prometido. Todavía he de vivir lo bastante para ver que prefieres un Turco leal, á un falso Escoces.

— Nunca jamas, respondió Edit, aun cuando el mismo Ricardo, Corazon de Leon, abrazase la falsa religion que ha venido á combatir á Palestina.

— El tiempo quizas te hara pensar de distinto modo, dijo Ricardo, y baste por ahora de Escoceses y soldanes. Nada de lo que ha pasado me estorbará aprovechar las ocasiones de serte grato.

Ricardo se retiró con aspecto apacible y

risueño, aunque nada satisfecho del éxito de su visita.

Cuatro dias habian pasado, despues que sir Kenneth hubo salido del campamento del ejército cruzado, en compañía del sabio y oficioso El Hakim, cuando el rey de Inglaterra se hallaba una tarde sentado en su pabellon, gozando de una agradable brisa, cuya frescura, desusada en aquellos paises, parecia venir de la frondosa Inglaterra, para vigorizar á su intrépido monarca, cuando estaba recobrando las fuerzas que le eran necesarias para poner cima á sus atrevidos proyectos. No le acompañaba á la sazón ninguno de sus fieles é intimos servidores: De Vaux se hallaba en camino de Ascalon, adonde habia ido á conducir refuerzos y municiones, y los otros se ocupaban en los ramos de sus respectivos servicios, disponiendo todo lo necesario para las hostilidades que iban á abrirse de nuevo, y para una previa gran reseña del ejército de los cruzados que debia hacerse en el siguiente dia. El rey escuchaba atento el agitado su-

surro de los soldados, el golpeteo de los yunques, el estrépito de los armeros, y la alegre vocería de los cruzados que parecia animada por el brio y el deseo de combatir, y por la seguridad del triunfo y de la victoria. Mientras Ricardo se deleitaba en esta agitacion tan análoga á su índole, y que fortalecia en su mente las ideas de gloria y conquista que continuamente le alimentaban, entró en su cámara un gentilhombre, con el aviso de estar esperando á la puerta un mensajero de Saladino.

— Dale entrada inmediatamente, dijo el rey, y con los honores debidos.

El gentilhombre introdujo á la presencia del rey una persona que, aunque segun todas las apariencias era un esclavo nubiano, excitó en gran manera el interes y la curiosidad del monarca. Era de soberbia estatura, de simétricas y nobles proporciones, de facciones airosas y expresivas, y aunque su color era como el del azabache, no se notaba en él ninguna de las particularidades que distinguen la mayor parte de las castas de

los negros. Cubria sus cabellos un turbante blanco como la nieve, y su trage se componia de un manto corto del mismo color, abierto por el pecho y por las sobremangas, bajo del cual se descubria una túnica de flexible piel de leopardo, que no le llegaba á la rodilla. Tenia desnudos sus robustos y fornidos brazos y piernas, salvo unas ligeras sandalias que le servian de calzado, y unas argollas de plata que le servian de brazaletes y collar. Llevaba pendiente de la cintura una ancha espada, con guarnicion de madera de box, y vaina de piel de serpiente; en la mano derecha un dardo con ancha y brillante punta de acero, de un palmo de largo, y en la izquierda un cordon de seda y oro, al que estaba atado un alano tan airoso como fuerte.

Postróse el mensagero, descubriendo al mismo tiempo los hombros, en señal de sumision, y habiendo tocado la tierra con la frente, dejó hincada una rodilla, en tanto que presentaba al rey, envuelta en una cubierta de brocado de oro, y esta en otra de

finisima seda, la carta de Saladino, en su original arábigo, con la traduccion en ingles-normando. Este documento decia asi:

«Saladino, rey de reyes, á Melec rey, el Leon de Inglaterra. Ha llegado á nuestra noticia por tu último mensaje, que has preferido la guerra á la paz y nuestra enemistad á nuestra benevolencia y alianza. Hemos admirado tu obstinacion y ceguedad, y esperamos muy en breve convencerte de tu error, con la ayuda de las invencibles fuerzas de nuestras mil tribus. Alá, Dios del profeta, y Mahoma, profeta de Dios, decidirán entre tus armas y las mias. Por lo demas, te tenemos en alto aprecio, y te damos gracias por los dones que nos has remitido, y por los dos enanos, tan singulares en su diformidad como Esopo, y tan alegres como el laud de Isaac. Y en prueba de la gratitud que nos merecen estas prendas del real tesoro de tu bondad, te hemos enviado un esclavo nubiano, llamado Zohauk, del cual no debes juzgar por el color de su cuerpo, segun las ideas erradas que prevalecen entre

los hombres, puesto que el fruto que los rayos del sol han ennegrecido suele tener exquisito sabor. Sábetelo que obedece la voluntad de su dueño, con la prontitud de Rustan de Zablestan, y que es diestro y sabio en dar consejos, como lo sabrás por tu propia experiencia, cuando hayas aprendido á entenderle con él, porque el señor de la palabra ha quedado enmudecido en los muros de marfil de su boca. Te le recomendamos encarecidamente, esperando que no esté lejos la hora en que pueda serte de gran utilidad. Y con esto nos despedimos de tí, rogando á nuestro muy santo profeta te llame al conocimiento de la verdad, que viene con la iluminacion de lo alto; siendo tambien nuestro sincero deseo que se restablezca prontamente tu salud, á fin de que Alá juzgue entre tú y yo en el campo de batalla.

Y la carta estaba autorizada con la firma y el sello de Saladino.

Ricardo observó al Nubiano, el cual estaba ya en pie enfrente del monarca, fijos los ojos en el suelo, cruzados los brazos so-

bre el pecho, semejante á una magnífica estatua de mármol negro, que aguarda la centella de la vida de las manos de Prometeo. El rey de Inglaterra, que gustaba de contemplar y estudiar al hombre, cualquiera que fuera su patria y su condicion, despues de haber examinado la armoniosa simetría de sus formas, el vigor que denotaban sus músculos y huesos, y la esbelta arrogancia de su estatura, le preguntó en lengua franca si era pagano.

El esclavo meneó la cabeza, y poniendo los dedos de la mano derecha en la frente, se hizo la señal de la cruz, para demostrar que profesaba la religion de Cristo; despues de lo cual volvió á su humilde é inmóvil continente.

— Cristiano de Nubia, sin duda, dijo Ricardo, y mutilado por esos perros.

El mudo volvió á menear la cabeza, señaló con el dedo al cielo, y le colocó sobre los labios.

— Ya entiendo, dijo Ricardo, Dios es quien te ha quitado el uso de la palabra, y

no la crueldad de los hombres. ¿Sabes limpiar una armadura y ajustarla?

El mudo hizo una seña con la cabeza, inclinándola ligeramente, y dirigiéndose á una cota de malla que pendia con el broquel y el yelmo de uno de los pilares de la tienda, la descolgó con tanto tino, que el monarca conoció su destreza, inteligencia y hábito en las funciones de escudero.

— Veo, dijo Ricardo, que lo entiendes, y no dudo que me serás útil. Tú servirás en mi cuarto y cerca de mi persona, á fin de que el soldan sepa en cuanta estima tengo sus dones. Si no tienes lengua no llevarás chismes, ni provocarás mi mal humor con importunas respuestas.

El Nubiano se postró de nuevo hasta tocar la tierra con la frente. En seguida se alzó y se colocó á alguna distancia, esperando las órdenes de su señor.

— Bueno es que empieces desde ahora tu oficio, dijo Ricardo, porque veo una mancha de orin en ese broquel; y cuando yo le presente á Saladino, quiero que esté

tan puro y tan brillante como su honor.

Al decir Ricardo estas palabras, se oyó una trompa á la puerta de la tienda; y en seguida entró en la cámara sir Henry Neville con unos pliegos. — De Inglaterra, señor, dijo sir Henry, y puso los despachos en manos del rey.

— ¡De Inglaterra! exclamó Corazón de Leon. ¡De la amada Inglaterra! y se detuvo melancólico y pensativo. ¡Ah! ¡cuán poco saben los Ingleses los males que aquejan á su soberano! enfermedad, pesadumbre, falsos amigos y enemigos disimulados. Despues, abriendo los pliegos: tambien, dijo, vienen de tierra de enemigos. Neville, márchate. Quiero enterarme de su contenido á solas, y á mis anchas.

Neville se retiró, y Ricardo entró muy en breve en los tristes pormenores que sus amigos y confidentes le daban desde Inglaterra, acerca de las facciones que destrozaban aquellos dominios; la desunión y enemistad que reinaban entre sus dos hermanos Juan y Godofredo, y las disputas de ambos con el jus-

ticia mayor Longchamp, obispo de Ely; las opresiones que ejercian los nobles con los pecheros; las revueltas de estos contra sus señores, y las consecuencias de estos disturbios que habian parado en guerra intestina y efusion de sangre. A estas noticias que abatian su orgullo y menoscababan su autoridad, seguian los consejos que le daban sus mas sabios y adictos ministros, que se reducian á que no tardase en presentarse en medio de sus vasallos, puesto que solo su presencia podia salvar aquel pais de los horrores de la discordia civil, de cuyos presagios y anuncios estaban ya aprovechándose Escocia y Francia. Ricardo leyó y volvió á leer las malhadadas noticias con indecible abatimiento y amargura, comparando las circunstancias que en unas cartas se mencionaban con las que se indicaban en las otras, y quedando sumergido en tan profunda distraccion, que parecia insensible á los objetos que le rodeaban, no obstante que para gozar de la frescura de la tarde, se habia puesto á la puerta del pabellon, con la cor-

tina descorrida, de modo que podia ver y ser visto de todos los que estaban en las inmediaciones.

En lo interior de la misma pieza y afanado en la tarea que su nuevo amo le habia impuesto, estaba el esclavo nubiano, vuelto casi de espaldas á Ricardo. Ya habia limpiado y ajustado el peto y la gola, y estaba empleado á la sazón en un ancho paves cubierto con placas de acero, de que Ricardo se servia en los reconocimientos y ataques de las plazas fortificadas, por ser de mas defensa y proteccion contra las armas arrojadas, que el pequeño broquel triangular de que se servia cuando combatia á caballo. Este paves no llevaba ni las armas de Inglaterra, ni ninguna otra emblema ni divisa, á fin de no llamar la atencion de los sitiados contra quienes se dirigia. El armero africano se esmeró pues en bruñirle y dejarle tan brillante como el cristal mas fino. Junto al esclavo, y sin poder ser visto de los que estaban fuera de la tienda, yacia el hermoso perro, que podia con razon llamarse su hermano en esclavitud.

vidud, el cual medio asustado de verse en la morada del poder y de la grandeza, no se apartaba del lado de su dueño, recogidos todos sus miembros, y clavados en tierra las orejas y el hocico.

Mientras el monarca y el esclavo mudo estaban del modo que acabamos de describir, otro actor se presentó en la escena, y se introdujo entre el grupo de los alabarderos de la guardia, de los cuales, los mas inmediatos á la puerta del pabellon se mantenian, contra su costumbre, en profundo silencio, respetando el que guardaba su agitado y melancólico caudillo. No por esto habia particular vigilancia en la guardia. Algunos de los que la componian jugaban con guijarros á juegos de azar; otros conversaban en voz baja acerca de los preparativos que se hacian para las próximas hostilidades; otros en fin se habian abandonado al reposo y al sueño, cubiertos en sus anchas capas verdes.

En medio de estos descuidados custodios de la persona de Ricardo, apareció la ridícula persona de un viejecillo Turco, pobre-

mente vestido como un *marabut*, ó santón del desierto, gente fanática y entusiasta, que solia de cuando en cuando introducirse en el campamento de la cruzada, aunque los soldados los trataban siempre con escarnio; y algunas veces con violencia. El lujo y la ociosidad de los personajes de la cruzada habia atraído á las tiendas y cuarteles, un gran número de músicos, cortesanas, y mercaderes judíos, coftos y turcos, que eran el desecho de las naciones de Oriente. De modo que aunque el castan y el turbante debian ser y eran en realidad objetos de odio y enemistad á los ojos de los soldados, se solian ver con frecuencia en el campamento, sin escándalo ni inquietud. Cuando el viejecillo de que hemos hablado se acercó á la guardia, y fué descubierto por los soldados se quitó el turbante verde que en la cabeza llevaba, haciendo ver que estaba completamente rapada á navaja á uso de los bufones de Oriente, al mismo tiempo que sus facciones desatentadas, y sus contorsiones y visages denotaban el destempe de su fantasía.

— Baila, marabut, dijeron los soldados, que ya conocian las costumbres de aquella clase de vagabundos. Baila ó á fuerza de latigazos no te dejamos hueso sano en el cuerpo. Todos ellos repitieron las mismas palabras, tan satisfechos de tener algo con qué pasar el tiempo, como el muchacho que descubre una mariposa en el jardín, ó un nido de gorriones en el árbol.

El santón, que parecia muy dispuesto á dar gusto á sus espectadores, empezó á dar saltos y cabriolas, con tanta ligereza y soltura que parecia una hoja arrancada por el viento, y movida en prontos giros por sus remolinos. Salia de su desnuda cabeza una sola trenza de negros cabellos, que en medio de todas estas agitaciones se mantenía constantemente erguida, como si por ella le agarrase y sostuviese la mano invisible de un genio; y en efecto todos sus ejercicios y contorsiones parecian efecto de una causa sobrenatural, puesto que apenas podia percibirse cuando fijaba la punta del pie en el suelo, para tomar nuevo impulso. En medio

de estas muestras de su extraordinaria ligereza, mudaba continuamente de sitio, dirigiéndose á uno y á otro lado del círculo que formaban los alabarderos, y salvando con sus brincos considerables distancias, de cuyo modo logró aproximarse insensiblemente á la entrada del pabellon del rey, asi que, cuando cayó exausto y sin fuerzas en tierra, despues de haber dado dos ó tres saltos superiores á todos los que hasta entonces habia ejecutado, solo se halló á distancia de treinta varas de la persona de Ricardo.

— Dadle un jarro de agua, dijo un guardia, que estos saltimbanquis siempre tienen sed despues de la danza.

— ¡ Agua dices, Long Allen ! exclamó otro. ¿ Quisieras tú refrescarte con brebaje de fuente despues de un ejercicio como ese ?

— Léveme Satanas, dijo un tercero, si prueba una gota. Es menester que el bailarín aprenda á ser buen cristiano, y que empiece su conversion con un buen trago de vino de Chipre.

— Buena idea, dijo un cuarto, y si acaso

se resiste traeremos el cuerno de Dick Hunter, con el que le da los brebages á la yegua cuando le entra el torozon.

Los soldados formaron entonces un círculo en torno del fatigado y exausto dervis, y mientras uno le tomaba en sus brazos, como si fuera un rollo de esteras, otro le presentaba un enorme jarro de vino. El viejo estaba tan abatido que no le fué posible proferir una palabra, mas con los gestos de su mano, y con los movimientos de su cabeza, dió á entender el horror que le inspiraba la vista del licor prohibido por el Profeta. Sin embargo, los militares no se hallaban muy dispuestos á ceder en sus instancias.

— Venga el cuerno, exclamó uno de ellos. Poca diferencia hay entre un Turco y un caballo. El cuerno puede servir á uno como á otro.

— Por San Jorge, vais á escandalizarle, dijo Long Allen, y ademas es un pecado mortal dar á un perro infiel una racion que puede muy bien restaurar el estómago de un cristiano.

— Hombre, respondió Enrique Woodstall, dígame que no conoces la índole de estos Turcos. Verás como el vino le produce un efecto contrario que á nosotros. El vino le dará juicio como ó nosotros nos le quita. ¡Escandalizarse! Sí, como la perra negra del caporal cuando ve una libra de manteca.

— Bueno es que eche un trago de vino en este mundo, dijo Tomas Blacklees, el que por toda una eternidad no ha de tener una gota de agua que calme su sed rabiosa.

— ¿Y qué ha hecho el pobre, preguntó Long Allen, para merecer ese suplicio? Es Turco y cree en Mahoma, porque su padre, y su abuelo, y su tatarabuelo eran Turcos, y creían en Mahoma. Si hubiera nacido cristiano, y vuelto casaca, eso es otra cosa. Entonces el rincon mas caliente de los profundos, debería servile de cuarteles de invierno.

— Calla por Dios, Long Allen, dijo Enrique Woodstall; ¡qué lengua! Acuérdate de las regañaduras de fray Francisco, cuando aquello de la Egipcia de ojos negros. Si el

padre llega á saber lo que has dicho, no te aguarda mal enjabonado. Pero aquí viene el cuerno. Vamos á la maniobra. Tenedle abierta la boca con una guarnicion de espada.

— ¡Ola, ola! dijo Tomas, no le gustan los preparativos, y prefiere el vaso. Dádselo pronto. Bien empieza, y no es esta la primera zorra que ha desollado. Hasta arriba. Vaya que el Turco tiene trazas de ser un buen cristiano.

En efecto, el marabut se tiró á pechos sin resollar todo el vino de Chipre que el jarro contenia, y cuando le apartó de los labios, y se estuvo algunos minutos saboreándose y relamiéndose, prorumpió, cerrando los ojos, y cruzando los brazos sobre el pecho, en la exclamacion favorita de los de su clase: Alá Kerim, ó Dios es misericordioso. Las carcajadas universales de los guardias al ver toda esta escena, sacaron al rey de su distraccion, el cual levántandose enojado, los reprendió severamente por el poco orden y disciplina que guardaban.

Calláronse todos, amedrentados y confusos, porque conocian el temple de Ricardo, que á veces gustaba de familiarizarse con sus compañeros de armas y peligros, y á veces, aunque no con mucha frecuencia, exigia el mas humilde respeto de sus tropas. Los guardias se alejaron de la real persona, procurando llevarse consigo al marabut, el cual, incapaz de dar un paso, sea por la fatiga que aun le duraba de sus piruetas, sea porque el vino habia aletargado todas sus potencias, hizo una tenaz resistencia con sus gestos y con sus gruñidos.

— Dejadle quieto, dijo en voz baja Long Allen á sus compañeros. Quédese ahí junto al centinela, y quitadle la daga por si acaso, que no tardará en dormirse como una piedra.

El monarca hizo otra señal de impaciencia y enojo, y todos se retiraron precipitadamente, dejando al dervis en el suelo, en la aparente incapacidad de menear una sola coyuntura. Un momento despues todo quedó tan tranquilo como estaba antes que hubiese venido el marabut.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UANL

CAPITULO VII.

Durante un cuarto de hora, ó mas, despues del incidente que se ha referido al fin del capítulo anterior, reinó el mayor silencio en torno del pabellon de Ricardo. El rey leia y meditaba á la puerta; detras y con la espalda

8.

vuelta á la entrada, estaba el esclavo nubiano ocupado todavía en bruñir el ancho paves de su dueño. Enfrente, y á cien pasos de distancia se veían los alabarderos de la guardia, sentados ó extendidos por el suelo, jugando ó conversando en voz baja, y procurando no turbar la quietud de su soberano. En la explanada que mediaba entre ellos, y la puerta de la real habitacion, yacía el marabut, inmóvil como un haz de leña.

Pero el Nubiano se servía del paves como de un espejo, con cuyo auxilio podía descubrir fácilmente todo lo que pasaba por afuera, y en su bruñida superficie observó, no sin extrañeza é inquietud, que el marabut alzaba cautamente la cabeza, como para examinar el sitio, con apariencias de estar en su sentido, y de abrigar alguna siniestra intencion. Volvió á reclinarse, como si estuviera seguro de que nadie le observaba, y empezó á arrastrarse lentísimamente hácia la tienda, deteniéndose de cuando en cuando, á guisa de araña que se aproxima á su presa, y queda de pronto inmóvil, y como muerta cuando

ve que ha llamado su atencion. Este movimiento pareció sospechoso al Nubiano, que, sin hacer el menor ruido ni ademan que pudiese ser notado por el rey, se preparó á todo lo que ocurriese, y se puso en actitud de colocarse de un salto, con su acero en la mano, á la puerta del pabellon, y al lado de su dueño.

El marabut al mismo tiempo continuó su maniobra, cada vez con mas precaucion y silencio, como la culebra que se arrastra entre las matas, sin menear ninguna de sus hojas; y cuando estuvo á diez varas de distancia del rey, se puso de pronto en pie, saltó hácia la puerta, con el ímpetu y la ligereza de un tigre, llegó á espaldas del monarca, y blandió sobre su cuello el *cangiar*, ó puñal, que hasta entonces habia tenido oculto en una de las mangas de su vestido. La presencia de todos los tercios del ejército de Inglaterra, no hubiera sido parte á salvar al heróico monarca de aquel inesperado golpe: pero los movimientos del Etiope habian seguido uno á uno á los del asesino, y los habia cal-

culado con tanta puntualidad y exactitud, que antes que pudiera descargar el golpe funesto, le pudo detener el brazo, que habian armado el entusiasmo y el fanatismo. Volviendo entonces toda su rabia contra el que se habia interpuesto entre él y su víctima, el Charegita, que este era en realidad el fingido santón, dió con su puñal un golpe al Nubiano, hiriéndole aunque superficialmente el brazo, lo que no le estervó valerse de la superioridad de su fuerza, y arrojarle al suelo con violencia. Ricardo se levantó de pronto, y con pocas mas señales de sorpresa, de odio, ó de terror, que las que expresaria un hombre cualquiera, al aplastar una abispa importuna, alzó el escaño en que hasta entonces habia estado sentado, y le lanzó á la cabeza del malvado, exclamando tan solo « ¡ Ah perro ! » El golpe partió el cráneo del Charegita, el cual despues de haber pronunciado dos veces en voz alta, aunque interrumpida por el dolor, « Alá ackbar ó Dios es victorioso, » espiró á los pies del monarca.

— Cuidadosos centinelas sois en verdad, dijo Ricardo á sus guardias, los cuales empezaron á levantarse atropelladamente, y á acudir á la tienda del rey, aterrados y confusos, aunque inciertos de lo que habia dado lugar al rumor. Fieles servidores, que dejan á su dueño en las manos de un verdugo. Callad, insensatos, y no me aturdaís con inútiles clamores. ¿ Es esta la primera vez que habeis visto un Turco ? Andad y quitad de aquí ese perro muerto, y echadle fuera del campamento, cortándole antes la cabeza, y clavándola en una pica con el rostro hácia la Meca, para que pueda mas fácilmente decir al profeta impostor, que sin duda le inspiró su designio, cuan felizmente le ha dado cumplimiento. Y tú, mi celoso y callado amigo, añadió volviéndose hácia el Nubiano, pero..., ¿ qué veo ? ¿ herido estás y con una arma envenenada ? Sí : envenenada debia de estar, pues el solo golpe de tan débil mano, no era parte á privar de vida á un leon. Chupad el veneno de la herida uno de vosotros ; ese veneno es inocente en la

boca, aunque mortal cuando se mezcla con la sangre.

Los guardias se miraron confusamente unos á otros, sin atreverse á obedecer al rey, pues los que en tantas ocasiones habian arrostrado los mayores peligros, se horrorizaban á la voz veneno, y no daban crédito á las expresiones con que Ricardo queria disipar sus temores.

— ¡Cómo es esto, insensatos! exclamó Ricardo, ¿esos remilgos haceis y tanto miedo teneis á la muerte?

— No tenemos miedo á la muerte, respondió Long Allen, con quien el rey se habia encarado al pronunciar sus últimas palabras: pero en verdad, señor, que los soldados de vuestra magestad no son ratones para morir con arsénico, y sobre todo por salvar la vida á una res de mercado, que se vende y se compra como los bueyes en la feria de mi tierra.

— Vuestra magestad, dijo otro alabardero, habla de chupar ponzoña, como de tragarse una ciruela.

— No, dijo Ricardo; yo nunca dejo hacer á los otros lo que puedo hacer por mí mismo.

Y sin mas ceremonia, y en despecho de las instancias generales de todos los que se hallaban presentes, y de la comedida resistencia del mismo esclavo, el rey de Inglaterra aplicó sus labios á la herida de aquel infeliz, burlándose de los que se lo querian estorbar, y venciendo la oposicion del Etiope. Apenas habia empezado su ocupacion, cuando el Nubiano se apartó respetuosamente, y poniendo una faja sobre el brazo, manifestó con sus gestos, el firme propósito en que estaba de no permitir que el rey continuase tan humilde servicio. Long Allen tambien intervino diciendo que antes que ver renovar al rey una operacion tan impropia de su dignidad estaba pronto á poner á disposicion del negro su lengua, sus labios y sus dientes, y aun á comersele á bocados si era preciso.

Neville, que entró á la sazón en la cámara, se unió con los otros, para oponerse al designio de Ricardo.

— Todo ese clamor es inútil, dijo el rey, puesto que ya está todo concluido, y el riesgo ha pasado. La herida no ha sido mas que un arañó, propio de un gato traidor y medroso. Apenas ha salido sangre, y con tomar yo una dracma de orvietano, no tengo que temer nada, aunque tambien lo juzgo inútil.

Así habló Ricardo, algo avergonzado quizas de su condescendencia, y de una accion que estaba de acuerdo con la humanidad y con la gratitud. Pero, cuando Neville continuó haciendo comentarios sobre los riesgos de la real persona, el rey le impuso silencio, diciéndole:

— Calla Neville, y no se hable mas del asunto. Yo enseñaré á esos necios como se han de ayudar unos á otros, cuando dejen entrar en el campamento dervises asesinos, con puñales envenenados. Lo que importa por ahora es que te llesves ese Nubiano á tus cuarteles. He mudado de opinion acerca de él. Guídale y atiéndele con esmero, pero no le dejes escapar. Ese hombre es mas de lo

que parece. Déjale libre, pero que no pueda salir del campamento. Y vosotros, mastines ingleses, que solo sabeis comer carne de vaca, y agotar jarros de vino, tened de ahora en adelante alguna mas vigilancia con la persona de vuestro rey. No creais que estais en vuestra tierra, donde los hombres hablan antes de herir, y se dan la mano de amigos antes de pelear. Allí el peligro marcha á cuerpo descubierto, y desafia al enemigo que intenta atacar. Pero aquí lo emplaza con guante de seda, que no con manopla de malla; aquí degüella el asesino con una pluma de palomo; aquí se mata á un hombre con una jaculatoria en los labios, y se ahorca con un cabello. Idos... tened los ojos abiertos y cerrados los labios: bebed menos, y velad mas, ó veréis que pronto os pongo á pan y agua, como los anacoretas del desierto.

Los alabarderos avergonzados y confusos, se retiraron á sus puestos, y Neville empezó á conversar con su amo acerca del riesgo en que acababa de verse, de la negligencia de

los guardias en permitir que un Turco se aproximase á la tienda, y á la persona del rey de Inglaterra, y de la necesidad de hacer un castigo ejemplar, y de tomar las medidas mas severas para que no se repitiese un acaecimiento cuyas resultas hubieran podido ser tan fatales. No hables de eso, dijo Ricardo interrumpiéndole. ¿Quieres acaso que castigue con mas severidad el riesgo de mi persona que el honor de la bandera de Inglaterra? Esta joya de nuestra patria ha sido robada por un ladron, ó vendida por un traidor infame, y todavía no se ha vertido la sangre del delincuente. Buen Etiope, dijo Ricardo, dirigiéndose al Nubiano, tú sabes explicar grandes misterios, segun la carta del soldan. Si asi es, te ofrezco todo tu peso en oro, con tal que me descubras al perverso, de alma mas negra que tu rostro, cuya mano sacrilega osó profanar los timbres de mi nacion. ¿Qué me dices?

El Nubiano manifestó deseos de hablar, mas solo pudo arrojar un grito imperfecto,

como hacen ordinariamente los mudos en momentos de agitacion ó de impaciencia. Despues cruzó los bazos, y clavó sus miradas en el rey, como dándole á entender que estaba pronto, y era capaz de hacerle el servicio que le demandaba.

— ¡Como! dijo Ricardo con prontitud y alegría. ¿Puedes descubrir al autor del delito?

El Nubiano repitió los mismos movimientos.

— Pero ¿cómo nos hemos de entender uno á otro? preguntó el rey. ¿Sabes escribir, camarada?

El esclavo bajo la cabeza.

— Dad recado de escribir, dijo Ricardo, si acaso los hay en mi tienda, como los habia en la tienda de mi padre, y si acaso el sol no ha secado la tinta. Este hombre es verdaderamente una alhaja, Neville, es un diamante negro.

— Será todo lo que vuestra magestad quiera que sea, repuso el caballero, pero si he de decir lo que siento, yo no me fiaria

de él. Ese hombre es astuto y entendido, y parece que solo ha venido aquí para servir de provecho á los infieles, y quizas sembrar zizana en el trigo, y puede ser tam-

— Basta Neville, dijo Ricardo. No te fi-

bien... gures que estás cazando allá en tus parques de Inglaterra, y que puedes detener tu jauria de podencos, cuando corren en pos de la liebre que han echado. Plantagenet no se detiene cuando ha puesto el pie en el camino que le conduce á la reparacion de su honor ofendido.

El esclavo, que durante toda esta conversacion habia estado escribiendo, con una facilidad que probaba su inteligencia y costumbre en aquel ejercicio, se levantó, y alzando el papel hasta la frente, se postró humildemente ante el rey, antes de entregársele. Lo escrito, estaba en frances, aunque Ricardo habia dirigido siempre la palabra en lengua franca. Su contenido era como sigue:

« A Ricardo, el conquistador é invencible

rey de Inglaterra, el mas humilde de sus esclavos. Los misterios son las arcas cerradas de los cielos: pero la sabiduría tiene la llave con que se abren. Si vuestro esclavo pudiera colocarse en un sitio en que viera pasar sucesivamente y en orden, á todos los gefes y caudillos de la hueste cruzada, no dudes que hallándose entre ellos el que hizo agravio á tu pendon glorioso, haria manifiesta su iniquidad, aunque le ocultasen siete veos. »

— Por san Jorge, exclamó el rey, tu oferta viene ahora muy al caso. Neville, ya sabes que en la reseña de mañana, los príncipes han convenido, para lavar la afrenta que Inglaterra ha recibido con el robo de su bandera, en pasar uno despues de otro delante de la nueva, que está ya plantada en el monte de San Jorge, y hacerle la debida reverencia y acatamiento. No es regular, ni yo lo creo, que el traidor enmascarado falte á tan solemne vindicacion, puesto que su ausencia bastaria para hacerle sospechoso. He de colocar junto á mí á este buen consejero,

á si sus artes pueden descubrir al villano, déjalo por mi cuenta que no tendra que arrepentirse.

— Señor, dijo Neville, con la franquesa natural de un baron ingles; tened cuenta con lo que haceis. La concordia de nuestra santa liga va á ser renovada mañana. ¿ Quereis, sin mas motivo que las sospechas que un esclavo negro pueda inspiraros, abrir de nuevo las heridas que aun no estan bastantemente cerradas? La solemnidad de mañana no tiene otro objeto que la reparacion de vuestro honor, y el restablecimiento de la unanimidad entre principes discordes. ¿ Iréis á sacar de tan favorables auspicios nuevos motivos de enemistad, de agravios y de rencillas? Eso seria lo mismo que retractar la formal declaracion que vuestra magestad ha hecho en el consejo de los principes.

— Neville, dijo el rey, tu celo te alucina, y te hace traspasar la línea de tus obligaciones. Nunca he prometido yo abstenerme de los medios que puedan conducirme al descubrimiento de la mano traidora que

vilipendió el honor de Inglaterra. Antes de haber aventurado tan infame promesa, hubiera renunciado á la corona, y aun á la vida. Todas mis declaraciones, todas mis protestas han supuesto esa indispensable condicion. Solo en el caso en que el Austria hubiera confesado su delito, y pedido perdon, se lo hubiera concedido, porque somos cristianos, y no por otro motivo.

— Pero, señor, continuó el baron, ¿ qué seguridad tiene vuestra magestad para creer que ese hombre no le engaña? ¿ Es otra cosa al cabo que un confidente de Saladino?

— Tú te crees muy entendido, Neville, dijo el rey, y en resumidas cuentas, eres un necio hecho y derecho. Piensa en hacer lo que te he dicho con el esclavo. Tus pobres alcances no bastan á comprender lo que en él se encierra. Y tú, diestro consejero, prepárate á desempeñar la ardua tarea que has tomado á tu cargo, y el rey de Inglaterra te promete, bajo su palabra de honor, el galardón que tú mismo escojas y determines.

Pero mira, Neville, otra vez se pone á escribir.

El mudo escribió en efecto, y entregó al rey, con las mismas formalidades que antes una tira de papel, en que estaban escritas las siguientes palabras: « La voluntad del rey es la ley de su esclavo. El descargo de su pleito homenaje, es el único prez que solicita. »

— ¡ Prez y pleito homenaje ! dijo el rey, interrumpiendo su lectura, y hablando en ingles con Neville ; estos pueblos de Oriente van aprovechándose ya de su frecuente trato con los cruzados : ya van familiarizándose con el lenguaje de la caballería. Observa, Neville, qué turbado y descompuesto parece el pobre Nubiano : si no fuera por su color veríamos en sus mejillas los tintes de la vergüenza. No sería extraño que hubiera entendido todo lo que hemos estado hablando : porque entre ellos hay muchos que saben gran número de lenguas.

— El pobre no puede acostumbrarse á estar tan inmediato á la persona de vuestra

magestad, respondió Neville, y no es otra la causa de su turbacion.

— ¡ Ola ! dijo el rey, que habia continuado leyendo el papel que el Nubiano le habia presentado ¿ Sabes lo que dice ? que viene comisionado de parte de Saladino con un mensaje para lady Edit Plantagenet, y pide permiso y oportunidad de desempeñar su encargo. ¿ Qué piensas tú, Neville, de semejante proposicion ?

— No sé, respondió el baron, qué opinion formará vuestra magestad de la libertad que el soldan se toma : lo que sé decir es que si el esclavo llevase semejante mensaje á Saladino de parte de Ricardo, no daba yo cinco sueldos por su vida.

— Na haya miedo que tal cosa suceda, dijo Ricardo, porque gracias á Dios no apetezco ninguna de las houries que el soldan tiene enmuralladas en su harem : y por lo que hace á castigar á ese desgraciado por querer obedecer las órdenes de su señor, justamente cuando acabo de deberle la vida, es cosa en que debo mirarme muy despacio.

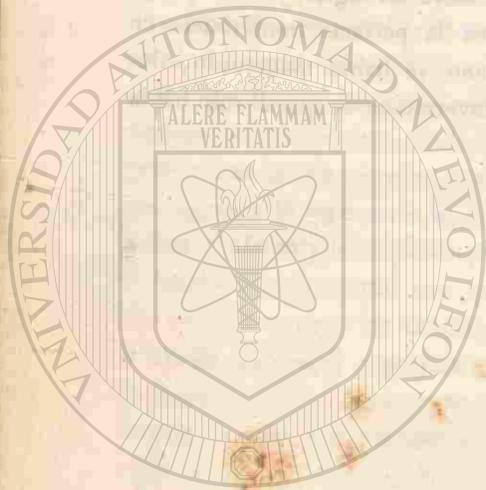
Voy á decirte un secreto, Neville, porque aunque esté presente el Nubiano, y dado caso que nos entienda, carece de los medios de propalarle. Digo, pues, que hace quince días que estoy como encantado por algun nigromante, y quisiera que me exorcisaran, á ver si acababa con dos mil de á caballo el hechizo. Apenas alguno me hace un servicio importante, me quita la ganas de recompensarle, haciéndome inmediatamente un agravio, que convierte mi gratitud en resentimiento. Al contrario, si otro ha merecido que le dé muerte con mis manos, por alguna traicion ó insulto, seguro es que ese mismo no tardará en serme de gran utilidad y provecho, quitándome las ganas de imponerle el castigo que merece, y obligándome en honor y conciencia á perdonarle, y aun á darle gracias. Ya ves que de este modo estoy privado de la parte mas noble de mis atribuciones reales, puesto que no me es dado ni castigar al que me ofende, ni recompensar al que me sirve. Hasta que pase el maléfico influjo de este planeta, nada diré acerca de la

proposicion que por medio de ese hombre me hace Saladino, sino es que me parece aventurada en demasía, y que lo que puede hacer para mitigar el enojo que semejante negocio debe inspirarme, es que redunde en gloria y provecho mio el descubrimiento que se ha ofrecido á hacer. Entre tanto, Neville, no olvides lo que te he encargado acerca del trato que debes darle; y de camino, dijo estas palabras al oido del baron, busca á ese ermitaño de Engaddi donde quiera que esté, y tráele cuanto antes á mi presencia, sea santo ó diablo, loco ó cuerdo

Neville se retiró del pabellon de Ricardo, haciendo seña al esclavo que le siguiese, y lleno de extrañeza y admiracion por todo lo que habia visto y oido, y especialmente por la conducta que habia observado el rey, tan contraria á sus hábitos y al temple ordinario de su carácter. No habia cosa mas fácil que descubrir los sentimientos, opiniones y deseos de Ricardo; mas á veces era dificilísimo calcular su duracion, porque las olas del mar que vienen á romperse contra las peñas

de la orilla, no son mas movedizas ni instables, que lo eran las resoluciones y partidos que sus pasiones le dictaban. Pero en la ocasion presente, se notaba en sus modales y palabras, cierto aire misterioso y reservado, cuya significacion no podia entenderse; ni tampoco se sabia si en la conducta que observaba con su nuevo servidor, y en las miradas que de cuando en cuando le dirigia, dominaban el afecto y la confianza, ó el recelo y el disgusto. La prontitud con que el rey habia acudido á cortar los funestos efectos de la herida, parecia el pago justo y debido de la deuda que con él acababa de contraer, debiendo la vida á la ligereza y presencia de espíritu con que detuvo el brazo del asesino: pero al mismo tiempo, se conocia que Ricardo se hallaba en la posicion del que tiene que ajustar con otro, cuentas dudosas y enredadas, y que no sabiendo si resultará deudor ó acreedor, se mantiene inactivo y suspenso, sin reclamar lo debido, ni ofrecer el pago. En cuanto al Nubiano, el baron no sabia como habia adquirido el conocimiento

que parecia poseer en los idiomas Europeos; pero estaba convencido de que no entendia una palabra del ingles, y su conjetura se fundaba en la perfecta indiferencia en que el Nubiano se habia mantenido, durante una conversacion de que él solo habia sido asunto.



CAPITULO VIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tenemos que retroceder con nuestra historia á varios sucesos, poco anteriores á los últimos que hemos referido; á saber, á la época en que, como debe tenerlo presente el lector, sir Kenneth del Leopardo, entregado por orden de Ricardo al médico árabe,

mas bien como esclavo que de otro modo, fué desterrado del campamento del ejército de la cruz, en cuyas filas se habia distinguido tantas veces, por su intrepidez, valor y destreza. El Escocés siguió á su señor, porque lo era en realidad, á las tiendas moriscas en que estaban su acompañamiento y su equipage, como un hombre que cae de la cima de un precipicio y escapa milagrosamente con vida, conservando tan solo fuerzas bastantes para salir de la hondonada, incierto todavía del daño que ha recibido. Cuando llegó á la tienda se arrojó sin desplegar los labios sobre una piel de búfalo que su conductor le indicó, como el asiento que le estaba destinado, y cubriéndose el rostro con las manos, se puso á sollozar amargamente, como si el corazón se le quisiese salir del pecho. El físico le oyó mientras hablaba á la turba de esclavos que le servia, para darles la orden de preparar su salida, que debia verificarse en la mañana siguiente de romper el dia, y movido á compasion, se aproximó á él, se sentó á su lado, cruzadas

las piernas, y empezó á administrarle los consuelos que su posicion exigia.

— Amigo; le dijo, ten buen ánimo, y no desmayes ni caigas en abatimiento, porque, come dice el poeta: mas vale ser esclavo de un buen señor, que de pasiones violentas. Ruegote encarecidamente que cobres valor y confianza. Escrito está que Isouf Ben Yagoube fué vendido al rey por sus hermanos, el cual rey lo era de Egipto, y se llamaba Faraon; y tu rey te ha dado á un dueño que te tratará no como siervo, sino como hermano.

Sir Kenneth hizo un esfuerzo para dar gracias á El Hakim, pero su corazón estaba demasiado oprimido y en gran manera turbadas todas sus facultades, asi que solo prorumpió en sonidos confusos, é interrumpidos por sus sollozos y suspiros, y el médico desistió del empeño de consolarle, pareciéndole que aun no estaba dispuesto á escuchar la voz de la amistad. Dejóle pues tranquilo para que se abandonase sin empacho á su dolor, y habiendo tomado todas las medidas necesarias para su viaje, tomó asiento

sobre una alfombra á la puerta de la tienda, donde sus esclavos le sirvieron algunas sencillas viandas. Despues de haber concluido su merienda mandó que llevasen los mismos manjares á sir Kinneth: mas aunque se le dió á entender que al dia siguiente seria muy tarde cuando se haria el primer alto para tomar algun refresco, no le fué posible vencer su repugnancia, y solo se consiguió de él que bebiese un jarro de agua fria.

Despertáronle, aunque ciertamente no lo necesitaba, porque no habia gozado de un momento de sueño, mucho tiempo despues que los Arabes habian hecho sus acostumbradas oraciones, y en seguida se notó el movimiento de los esclavos, que, sin hablar palabra y haciendo poquísimo ruido, empezaron á cargar los camellos y á disponerse para la marcha. Todos estaban ya en pie menos el médico y sir Kenneth, al cual se acercó el mayordomo de la comitiva para anunciarle que era hora de ponerse en camino. Levantóse sin responder, y siguió al mayordomo, á la luz de la luna, hasta el sitio

en que se hallaban los camellos, todos cargados ya y apercebidos, excepto uno solo que se mantenía arrodillado, aguardando los fardos que debían completar su carga.

A cierta distancia de los camellos se veían algunos caballos embridados y ensillados, en uno de los cuales montó El Hakim con toda la ligereza que la gravedad de su carácter le permitía, dando orden á los esclavos para que presentasen otro que señaló, á sir Kenneth. Un oficial de los tercios ingleses aguardaba á la comitiva para escoltarla por el campamento; y evitar que fuese molestada é insultada. Al mismo tiempo los sirvientes desarmaron el pabellon con singular ligereza, y las estacas y cubiertas de que se componía formaron la carga del último camello. Todo estaba ya en orden, y dispuesto para romper la marcha. Entonces el médico pronunció con voz grave y sonora este verso del Koran: «Dios sea nuestro guia, y Mahománuestro protector en el desierto y en el campo regado,» con lo que toda la cabalgada se puso en movimiento.

Al atravesar el campo del ejército cristiano, las centinelas les dieron el quienvive, dejándolos pasar cuando recibían la respuesta del oficial inglés que los escoltaba. De cuando en cuando se oía tal cual maldición contra Mahoma, proferida por alguna centinela devota. Al fin, se abrieron las últimas barreras, y la comitiva se formó en orden militar para emprender la marcha. Dos ó tres ginetes se adelantaron para descubrir el camino, á guisa de vanguardia: uno ó dos quedaron detras, á tiro de flecha de los viajeros, y cuando el terreno lo permitía, se destacaban otros para guardar los costados. De este modo procedían tranquilamente, mientras sir Kenneth volviendo la vista á las tiendas de los cristianos, iluminadas de lleno por la luz suave de la luna, solo pensaba en la suerte injusta y funesta que le habia privado de su honor, y de las esperanzas de gloria y de engrandecimiento, arrancándole á las banderas bajo las cuales habia combatido, y alejándole para siempre

de la cristiandad, de la caballería y de Edit de Plantagenet.

El Hakim, que caminaba á su lado, le dijo en su acostumbrado tono de amistad y de consuelo: De nada sirve mirar hácia atras, cuando el camino está delante, y al decir esto el caballo de sir Kenneth dió un tropiezo, que podia muy bien servir de comentario al documento moral del sabio.

El caballero conoció entonces que debia estar algo mas atento al manejo de la bestia que le habia tocado en suerte, la cual era una yegua, de paso comodísimo, ligero é igual, pero que de cuando en cuando necesitaba de la ayuda del freno.

—La condicion de ese animal, dijo el sabio, es como la de la fortuna del hombre, pues cuando mas ligero anda, mas cauto debe ser el ginete, y con mas esmero debe evitar la caida, y del mismo modo, cuando mas nos favorece la prosperidad, mas despiertos y advertidos debemos estar, afin de que no nos coja desprevenido el infortunio.

El apetito satisfecho no recibe sin repug-

nansia los mas exquisitos manjares, y no es extraño que el caballero escoces, aburrido y despechado, y harto de desventuras, recibiese con impaciencia aquellas continuas aplicaciones de símiles y alegorías á los últimos lances de su vida; documentos que, aunque discretos é ingeniosos, le parecian cansados é importunos en aquella ocasion.

— Paréceme, dijo con algun enfado, que no necesito yo por ahora nuevos comentarios sobre la inestabilidad he las cosas humanas. Por lo que hace al caballo, te doy gracias, señor Hakim, por tu bondad, aunque mayores las merecias si me hubieras escogido otro que tropezara menos.

— Hermano, respondió el sabio árabe, con imperturbable gravedad, hablas como uno que está privado del uso de la razon. Dices en tu corazon que el sabio hubiera debido destinar á su huésped, el mejor y mas jóven de todos los caballos, reservando el mas viejo para su uso. Sabe que los defectos del caballo viejo se corrigen con la energía del ginete jóven, en tanto que la

violencia y fogosidad del potro, requieren la prudencia y la índole fria y reflexiva del anciano.

Asi habló el sabio, mas á esta observacion, no dió sir Kenneth respuesta alguna que pudiese servir de pie á la conversacion, con lo que el físico, cansado de administrar consuelos á quien no los queria admitir, hizo seña á uno de los Turcos de la comitiva.

— Hassam, dijo, ¿ no tienes nada con que distraer el fastidio del viaje ?

Hassam, historiador y poeta de profesion, apretó espuelas al caballo, y se acercó á El Hakim, para ejercer su ministerio. Señor del palacio de la vida, dijo, dirigiendo la palabra al físico, tú, ante quien el ángel Azrael esparce sus alas al viento, y huye de la habitacion del que padece; tú mas sabio que Solimaun Ben Davud, en cuyo sello está grabado el nombre verdadero del que domina los espíritus de los elementos, no permita Alá que mientras viajas por el camino de la benevolencia, dando salud y

esperanza donde quiera que llegas, te falten historias y cantos que distraigan tu mente, y alivien tu imaginacion. He aquí á tu lado á tu humilde siervo, dispuesto á abrirte los tesoros de su memoria, como la fuente envía sus cristales al sendero, para refrescar los pasos del que viaja.

Después de este exordio, Hassam alsó la voz, y empezó á referir un cuento de hechizos y de amores, con intermedios de hazañas heróicas, y abundantes citas de los poetas persas, en cuyas composiciones parecia muy versado. La comitiva del físico, exceptos los hombres que guiaban á los camellos, se acercó al historiador, guardando sin embargo la distancia que los respetos del amo requerian, para gozar del inefable placer con que los orientales oyen siempre las ficciones poéticas.

Si sir Kenneth se hubiese hallado en otras circunstancias, á pesar de su imperfecto conocimiento de la lengua árabe, hubiera podido oír con interes una relacion, que aunque dictada por la imaginacion mas extra-

vagante, y expresada en lenguaje hinchado y metafórico, tenia mucha semejanza con los remances de caballeria, entonces tan á la moda en Europa. Pero en medio de los males que le oprimian, apenas sabia lo que pasaba en torno de sí, á pesar de que el orador, ó poeta, ó historiador, que de todo tenia, estuvo por el espacio de dos horas modulando su voz en los diferentes tonos que su narracion exigia, excitando ora un murmullo de aplauso, ora exclamaciones de espanto ó de admiracion, ora lágrimas y suspiros, y, lo que todavía es mas difícil, un tributo de sonrisas, y aun de carcajadas.

Durante toda esta larga narrativa, lo único que atrajo la atencion del caballero, y le sacó de la profunda distraccion en que iba envuelto, fueron los aullidos de un perro, que iba encerrado en una jaula, sobre uno de los camellos de la comitiva. No tardó en conocer que procedian de su fiel alano, y por el tono plañidero y expresivo de este inteligente animal, se veia que habiendo descubierto á su amo entre los otros viajeros,

imploraba su auxilio, para sacarle de la prision en que se hallaba.

— ¡ Ah, pobre Roswal ! dijo sir Kenneth ; tú pides ayuda y proteccion á quien se vé en mas dura esclavitud que la tuya. ¿ De qué me sirve mirarte ? ¿ De qué me serviría acercarme á tí y recibir tus caricias ? De sentir mas amargamente la separacion que nos amenaza : mas vale que no hagamos caso uno de otro.

Asi pasaron las largas horas de la noche ; y el espacio de incierta y rápida claridad que forma el crepúsculo en aquellos ardientes climas : pero cuando la primera línea del disco del sol empezó á despuntar en la última barrera del horizonte, y cuando sus primeros rayos empezaron á reflejar variados tintes y fugitivos vislumbres en las gotas de rocío que humedecian el desierto, al cual habia llegado ya la comitiva, la voz sonora de El Hakim, imponiendo silencio á la del historiador, anunció á los Arabes que era llegada la hora de la oracion, como lo hacen los muezines desde las torres de las mezquitas.

— A la oracion, decia, á la oracion. Dios es el verdadero Dios. A la oracion, á la oracion. Mahoma es el profeta de Dios. A la oracion, á la oracion. El tiempo huye de nosotros. A la oracion, á la oracion. El juicio se acerca.

De pronto echaron pie á tierra todos los musulmanes, volvieron el rostro á la Meca, y sirviéndose, para las acostumbradas abluciones de arena en lugar de agua, dirigieron fervorosamente sus votos al cielo, implorando la proteccion, y pidiendo el perdon de sus pecados al Dios del profeta, y al profeta de Dios.

Sir Kenneth, estaba acostumbrado á mirar con odio y abominacion las ideas religiosas de los musulmanes, y que ademas, por lo que de ellas sabia, las consideraba como un tejido de absurdos y necedades, no pudo menos de mirar con cierto respeto la sinceridad de su extraviado y fanático celo. Estimulado por su fervor, alzó su corazon al Padre de las luces, y rogó, y oró devotamente, como si quisiera desagra-

viar al Dios de los cristianos, de la idólatra profanacion que de su nombre se hacia, en aquella tierra de milagros, primer oriente del astro que trajo á los hombres la vida y la salvacion.

Este homenaje religioso, que, aunque tributado en circunstancias tan extraordinarias, procedia de los sentimientos sinceros y naturales del Escoces, calmó y suavizó la agitacion que en su alma habian producido tantos y tan repentinos sucesos. La elevacion del alma del cristiano hácia el trono de la Divinidad, le da lecciones de sublime paciencia en sus aflicciones y calamidades. El que murmura de sus decretos, el que resiste á su voluntad la insulta cuando la implora. El que expresa en cada una de las palabras que le dirige la mezquindad y pequeñez de las cosas mundanas y terrestres, quiere engañar al que lee en los corazones de los hombres, y mira en el fondo de ellos el imperio que ejercen las pasiones y las pequenezes humanas. No eran estas las disposiciones en que se hallaba sir Ken-

neth. Despues de haber presentado al criador el humilde sacrificio de su resignacion, despues de haberse puesto enteramente en manos del padre de las misericordias, conocia que le animaba una fuerza irresistible, y se sintió dispuesto á someterse tranquilamente á todas las amarguras y tribulaciones que le tuviese preparadas la Providencia.

Los Arabes, terminadas las ceremonias de la oracion de la mañana, montaron á caballo, y se volvieron á poner en camino, mientras Hassam tomó el hilo de su narracion. Pero sobrevino muy en breve otra interrupcion inesperada. Uno de los ginetes, que iba de descubierta, y que habia llegado á una pequeña altura situada á mano derecha del camino, volvió á rienda suelta hácia El Hakim, y le habló al oido. Inmediatamente se adelantaron otros cuatro ó cinco, y toda la comitiva, que podria constar de veinte ó treinta personas, fijó atentamente los ojos en ellos, como si de sus movimientos dependiese la determinacion que deberian tomar. Hassam, que vió que su auditorio

estaba distraído por cosas de mayor interés, y que pareció también interesado en las resultas de aquel pronto movimiento, puso fin á su declamación, y el silencio profundo que reinaba en todo el acompañamiento, era tan solo interrumpido por tal cual observación que los Arabes se comunicaban unos á otros en voz baja, sobre la ocurrencia que excitaba la curiosidad y la atención de todos.

Esta suspensión continuó hasta haber pasado una línea de montecillos de arena, que ocultaba el objeto, origen de aquella inquietud. Sir Kenneth pudo entonces distinguir, á distancia de milla y media, una línea oscura, que se movía rápidamente en el seno del desierto, y por su conocimiento práctico de los sucesos militares, vió que era un cuerpo de caballería. Eran europeos, como lo denotaban su formación y sus maniobras, y su número parecía superior á la partida de El Hakim.

Las miradas ansiosas que dirigieron entonces á este todos los que le seguían, in-

dicaban que no estaban muy tranquilos, y que aquel descubrimiento les inspiraba graves recelos. Él, con la misma gravedad inturbable, con que había llamado á sus hermanos á la oración, despachó dos hombres bien montados, con orden de acercarse, tanto cuanto la prudencia lo permitiese, á aquellos viajeros del desierto, y observar atentamente su dirección, sus movimientos, y, si posible fuese, sus designios. La proximidad del peligro sirve de estimulante á los ánimos abatidos y apáticos. Sir Kenneth salió de su distracción, y pensó en su situación, y en sí mismo.

— ¿Qué tienes que temer de esos, que según todas las señales, parecen cristianos? preguntó á El Hakim.

— ¡Temer! respondió el Turco con desdenosa sonrisa; el sabio no teme á nadie; sino aguarda que los malos hagan todo lo peor que pueden hacer.

— Son cristianos, continuó el caballero, y estamos en treguas. ¿Qué razón hay para que los molestes?

— Son dijo El Hakim, los frailes militares del templo, y sus votos les prohiben observar treguas, y celebrar tratados y convenios con los fieles de Islam. ¡Maldígalos el profeta, y arranque de esta tierra tan mortífera planta! Su paz es guerra, y su fe es falsía. Los otros invasores de la Palestina observan á veces las leyes de la cortesía y de la humanidad. El leon Ricardo perdona á los vencidos; el águila de Francia pliega las alas, cuando se ha apoderado de su presa, y aun el mismo oso de Austria, duerme y reposa cuando está harto de manjares y de vino: mas estos insaciables lobos no ponen jamas término á sus rapiñas. ¿ Ves como han destacado ya una columna del cuerpo principal, y como cambian de direccion, y se encaminan hácia Oriente? Esos son sus pages y escuderos, iniciados en sus misterios detestables, y que tratan de cortarnos la retirada. Mucho se engañan si creen llevar adelante su intencion. Nosotros conocemos mejor el modo de pelear en el desierto.

Terminada esta conversacion, dió algunas

órdenes á uno de los principales de la comitiva, y cambió su aspecto de flématica compostura, en la actividad y prontitud de un militar diestro y animoso, que ha previsto el riesgo, y confia en su superioridad.

La crisis que se aproximaba se presentaba bajo un aspecto muy diferente á los ojos de sir Kenneth, y cuando el Turco le dijo que no se separase de su lado, contestó resueltamente que no le obedecería.

Esos, dijo el Escoces, son mis hermanos y compañeros. He jurado del modo mas solemne pelear por la misma causa que ellos defienden, y bajo la misma bandera que ellos tremolan. El signo representado en ella es el de mi salvacion. ¿ Quieres que abandone la cruz por la media luna?

— ¡Insensato! exclamó El Hakim, su primer movimiento será castigado con tu muerte. Tú expiarás su perfidia.

— Tendré paciencia, respondió sir Kenneth: sufriré el yugo de los infieles, hasta que se me presente la primera ocasion de sacudirle.

— Me seguirás por fuerza, dijo El Hakim.

— ¡Por fuerza! dijo sir Kenneth. Si tú no fueras mi bienhechor, ó á lo menos, si no hubieses obrado como tal, y si no debiera á tu mediacion la libertad de estas manos, que hubieras podido cargar de prisiones, si tal hubiese sido tu voluntad, yo te haria ver que, aun desarmado como estoy, no sé ceder á la fuerza de ningun hombre.

— Basta, respondió el Turco: estamos perdiendo el tiempo, y ahora nos es muy precioso.

Al decir estas palabras, extendió el brazo, y prorumpió en un grito agudo y prolongado, que era la señal de que en semejantes casos se servia. Obedecieronla inmediatamente todos los Turcos, dispersándose por el desierto, cada uno en direccion diferente, como las perlas que se desensartan sobre una mesa de mármol. Sir Kenneth no pudo observar lo que siguió á este movimiento, porque cuando empezó, El Hakim tomó por las riendas el caballo que montaba el Escocés, y apretando espuelas al suyo, ambos se

lanzaron son una prontitud comparable solo á la del relámpago; y tal fué la velocidad de este arranque, que el ginete europeo casi perdió la respiracion, siendo enteramente inútiles todos los esfuerzos que hacia para detener el ímpetu que involuntariamente le arrebatava. Sir Kenneth era diestrísimo ginete, y desde su niñez estaba acostumbrado al manejo de aquel noble animal, que formaba una de las principales defensas del caballero y del soldado; pero los mejores caballos que habia visto en su vida, eran tortugas comparadas con los del sabio Arabe. Nubes de arena salian de entre sus cascos; parecia que iban á devorar el desierto, y mientras mas espacio atravesaban, mayor era su ahinco, y mas holgados y libres sus movimientos. Tenian la respiracion tan segura como cuando iban á paso natural. Su carrera, tan cómoda para el ginete como pronta, era semejante á un vuelo no interrumpido; sin sacudimiento, sin desigualdad; sin producir otro inconveniente que el temor de una caída, y la dificultad de respi-

rar, en el que no estaba acostumbrado á tan violento ejercicio.

Una hora habia durado este admirable esfuerzo de destreza y agilidad, cuando El Hakim, viéndose ya libre del alcance de sus enemigos, moderó el escape, galopó suavemente, y con voz tan sosegada como si no se hubiera movido en todo aquel tiempo, empezó á ponderar la excelencia de sus caballos árabes dirigiendo la palabra á sir Kenneth, el cual atolondrado y confuso apenas podia entender las palabras de su compañero.

— Estos animales, dijo, son de la casta llamada *de las alas*, y á ningun otro ceden en la carrera sino es al Horak del profeta. Se alimentan con la cebada dorada de Yemen, mezclada con especeria, y con carne ahumada de oveja. Son tan incansables en la vejez como en la juventud, y los reyes de Oriente dan provincias enteras por poseer uno de ellos. Tú, Nazareno, eres el primer infiel que ha montado una bestia de tan noble y privilegiada raza, la cual fué dada por el profeta mismo al bendito Alí, su pariente y segundo

en mando, justamente apellidado el Leon de Dios. Tan poca impresion hacen los años en estos generosos cuadrúpedos, que la yegua que tú montas ha comido ya la yerva de veinticinco primaveras, sin haber perdido un ápice de su vigor y rapidez. Solo se le conoce la edad, en que necesita la ayuda del freno, cuando la monta un ginete mas diestro y acostumbrado que tú. ¡ Mil veces alabado sea el profeta que ha dado á los verdaderos creyentes los medios del ataque y de la retirada, mientras sus enemigos ceden al enorme peso del inútil hierro que los cubre! ¡ Cuán estropeados y mustios deben hallarse á la hora esta los caballos de esos perros templarios, que sin embargo no han andado ni la vigésima parte del terreno que los nuestros se han dejado atras, sin tener una gota de sudor en su fina y reluciente piel, mas suave que el terciopolo!

El caballero escoces, que habia empezado á recobrase de su sobresalto y agitacion, no podia menos de reconocer la gran ventaja que daban á los Arabes, unos animales tan útiles

en el ataque como en la fuga, y que además parecían tan sufridos y dóciles en las penalidades del desierto, y tan acostumbrados á su arenosa superficie. Pero no quiso aumentar la vanidad de El Hakim; conviniendo en sus enfáticos elogios; así que, guardó silencio, y examinando el país en que se hallaba, vió que no le era enteramente desconocido.

Las tristes orillas, y las fangosas aguas del mar Muerto, la cadena de desnudas y escarpadas rocas que se elevan á la izquierda, los dos ó tres palmeros que interrumpen por aquella parte la uniforme aridez del desierto, estos objetos, que, vistos una vez no pueden olvidarse, dieron á entender á sir Kenneth, que iba aproximándose á la fuente llamada Diamante del Desierto, que en otra ocasión había sido la escena de su encuentro con el emir sarraceno Shirkohf ó Ilderim. En efecto, poco tiempo después llegaron los viajeros á la fuente, donde El Hakim convidó al Escocés á echar pie á tierra, para desconsar un rato en aquel sitio tan agradable como seguro.

Toda la comitiva desmontó, y los ginetes quitaron las bridas á los caballos, pero El Hakim dijo que no era necesario cuidarlos, puesto que no tardarian en llegar algunos de sus esclavos, que se encargarian de darles agua y pienso.

— Entre tanto, dijo á sir Kenneth, poniendo algunos manjares sobre la yerva, come y bebe, y no te desanimes. La fortuna eleva ó abate al hombre vulgar: pero el sabio y el guerrero saben ponerse fuera de sus alcances.

El caballero escocés procuró manifestar su agradecimiento, siguiendo los consejos del Arabe; é ya iba á tomar algun alimento, cuando se le presentó á la imaginacion el contraste de su situacion, con las circunstancias en que se había hallado en el mismo sitio, cuando le era lícito hablar de sus triunfos en la guerra, y cuando los príncipes y los reyes le habían honrrado con su confianza. Este recuerdo fué una nube que contristó su alma, y le echó un nudo en la garganta. La tristeza, la debilidad y el can-

sancio abatieron las pocas fuerzas que le quedaban. El Hakim examinó la agitación de su pulso, el color encendido de sus ojos, el calor extraordinario que despedían sus manos, y la dificultad de su respiración.

— El alma, dijo se fortifica velando: pero su hermano el cuerpo es de un material más tosco, y necesita descanso y sueño. Lo que debes hacer ahora es dormir, y para que el sueño te aproveche, debes tomar un vaso de agua, con algunas gotas de elixir.

Sacó entonces del pecho una redomita de cristal cubierta de un forro de filigrana, y echó en una copa de oro llena de agua, una pequeña porción de un licor oscuro y espeso.

— Esta, dijo, es una de aquellas admirables producciones que Alá ha dado al hombre para su bien, aunque él la ha empleado muchas veces, en daño, muerte y perdición. Sirve de cortina á sus ojos, como el vino del Nazareno, cuando el sueño le niega sus beneficios, y aligera la pesadumbre que agobia su corazón: pero el que abusa de su

virtud: y se sirve de ella para halagar su sensualidad, lo que hace es destruir la fuerza de sus nervios, debilitar su entendimiento, y emponzoñar la fuente de la vida. No temas que te haga daño, porque el fuego en manos del sabio calienta y vivifica, y en las del necio, quema la tienda y el campamento.

— Hartas pruebas me has dado, dijo sir Kenneth, de tu extraordinario saber: no me toca disputar contigo, sino someterme ócilmente á tus preceptos. Dijo estas palabras, bebió la medicina y envolviéndose, según las instrucciones del médico, en el *haik*, ó capa morisca, que hasta entonces había estado atada al pomo de su silla, se recostó á la sombra, á esperar el reposo prometido. Al principio no se sintió inclinado á dormir, sino que todos sus nervios se conmovieron en suave y deliciosa agitación. A esto siguió una especie de suspensión, durante la cual no le era posible darse cuenta de su existencia, ni de las circunstancias que le rodeaban: antes bien consideraba los últimos su-

cesos de su vida sin susto y sin amargura, como si estuviera viéndolos representar en un teatro, ó como si el alma, separada del cuerpo, los contemplara desde una region mas pura y elevada, libre y exenta de los sobresaltos y penalidades de la realidad. Sus pensamientos, que con tanta indiferencia se fijaban en lo pasado, abrazaban con ardor la vasta escena del porvenir, que á pesar de todo lo que hubiera podido oscurecerla, en vista de las escenas anteriores, le ofrecia la mas lisonjera perspectiva, cual nunca la habia concebido aun en las épocas en que su ambicion se hallaba satisfecha, y en que la fortuna sembraba de flores el sendero de su juventud. En lugar de esclavitud, destierro y deshonor, solo veia como realidades palpables, libertad, fama, y amor feliz y recompensado, habiendo desaparecido de un todo las barreras que siempre habian contenido é imposibilitado sus audaces esperanzas, y sus temerarios deseos. A medida que sus potencias se embargaban, todo este encantador aspecto se cubria de una nube ligera, como la

que se eleva del lago cuando le hieren los primeros rayos del dia. Al fin sir Kenneth quedó sepultado en tan profundo sueño á los pies de El Hakim, que solo por su respiracion podia distinguirse de un cuerpo inanimado.

FIN DEL TOMO TERCERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Solous. margarita

